

NOTICIAS DE LIBROS

INDICE

Teoría e Historia política. — Página 283.	Temas hispanoamericanos.—Pág. 315.
Sociología.— Pág. 293.	Historia.—Pág. 321.
Temas del marxismo y comunismo.—Página 305.	Economía.—Pág. 330.
	Filosofía.—Pág. 334.
	Varios.—Pág. 345.

TEORIA E HISTORIA POLITICA

ALEXIS DE TOCQUEVILLE: *Inéditos sobre la revolución*. Madrid, 1973; 262 págs.

Como es sabido, el gran pensador francés escribió muy poco para el público. En efecto, aparte de los dos volúmenes de *La democracia en América*, su obra más famosa, sólo vieron la luz el primer volumen sobre *El antiguo régimen y la revolución* y su trabajo acerca del estado social y político de Francia antes y después de la revolución, así como un estudio jurídico en colaboración con G. de Beaumont que fuera el resultado de su viaje de estudios a Norteamérica, para estudiar el régimen penitenciario de aquel país. Sin embargo, su obra es mucho más amplia afortunadamente, pese al incalculable valor de la publicada. En primer lugar, dejó completamente redactados los *Souvenirs* de la revolución de 1848, uno de los testimonios más impresionantes de estos acontecimientos; y, por otra parte, hay que mencionar sus trabajos y discursos parlamentarios y algunos diarios de viajes, al lado de una extensa correspon-

dencia con notables personajes de su tiempo y que, en opinión de Ortega, es lo mejor de su obra. Además, al final de su vida inició o, quizá mejor, prosiguió los trabajos, cuya primera parte concluyó, acerca del antiguo régimen y la revolución, quedando como resultado una serie de documentos, datos, fichas, anotados y comentados e incluso importantes capítulos redactados. Esta obra constituye, empero, un desarrollo del artículo citado en torno al *Estado social y político de Francia*, y en la presente publicación se han añadido, a la traducción de este último, de por sí meritoria, textos relacionados inéditos.

Entre unos y otros permiten formarse una idea clara, tanto del concepto toquevilliano de revolución, como de su interpretación en concreto, de la francesa, la cual sirve, por otra parte, para elaborar aquél.

No se limita el pensador francés a explicar los acontecimientos, estableciendo

correlaciones más o menos afortunadas, sino que en su concepción, en último término, éste, igual que todo trabajo intelectual tiene que ser interpretado en el sentido de pensado. La auténtica historia, igual que otra disciplina, tiene que ser obra del pensamiento —atenido, por supuesto, a las realidades empíricas— y no un mero ensamblaje de datos. Y esto, tal vez de manera muy peculiar en historia, donde, en último término, hay que penetrar en los resortes psicológicos que mueven las acciones humanas. Con ello resulta obvio el punto de vista de Tocqueville: son los individuos humanos quienes hacen la historia, pues son sus pasiones, sus deseos, sus ideas los que impulsan el movimiento, los cambios. Mas, no se trata de un modo de hacer historia ciertamente psicologista; esos individuos están condicionados por la vida colectiva. En realidad, cabría decir que son las ideas colectivizadas las que dan sentido coherente a sus acciones, las que configuran sus pasiones y sus anhelos. Hasta el punto que la censura de la revolución que deja ver suavemente el francés, débese al predominio excesivo de ideas colectivizadoras, contrarias al desarrollo social, pero ahora difundidas por la masa de la sociedad y que, al mismo tiempo, se intentan llevar a la política sin la menor crítica.

Para Tocqueville, en efecto, una revolución es, ante todo, lo mismo que para Comte, para Hegel, etc., un fenómeno que pertenece esencialmente al orden intelectual. He ahí la razón de la índole de los datos de que se sirve el pensador francés. En la línea de Montesquieu, lo que le importa es la situación, el espíritu humano que, en vísperas del gran acontecimiento se halla violentamente agitado a la par que confuso: agitación cuya vaguedad se desvaneció, de pronto, en Francia, en «pasión positiva». ¿Por qué en Francia precisamente? He ahí cómo adquiere forma concreta una situa-

ción general, pues resultaría equívoco y desorientador pensar que ese estado del espíritu se limita a aquel país. Por el contrario, insiste siempre que se trata de un espíritu europeo y no francés, aunque aquí se vea afectado por determinadas condiciones estructurales que favorecen que se desarrolle hasta sus últimas consecuencias, ayudadas a la vez por otros sucesos fortuitos o accidentales.

El esquema de Tocqueville es el mismo de *La democracia*, con la única diferencia, cabría decir, que la de aplicar a un caso concreto y práctico las conclusiones abstractas desarrolladas en aquél: hay un estado de civilización que se circunscribe al mundo eurocristiano y cuya marcha determina los estados del espíritu colectivo. Pero las formas concretas que adopta aquella dependen de las condiciones estructurales y, por supuesto, intervienen también factores secundarios incidentales —*Zufällige*, como le gustaba decir a Hegel, cuya concepción no difiere sustancialmente de la del francés salvo en el lenguaje y en el empaque filosófico—. Según explica en los *Souvenirs*, hay siempre unas causas profundas de los acontecimientos históricos. Como supuesto general el estado de espíritu y, junto a él, el estado de sociedad, su estructura; actuando en medio de todo ello, las causas accidentales o secundarias que, en otro contexto, no hubiesen producido efecto alguno. En el caso de Francia, sus condiciones sociales modifican de por sí el estado de espíritu, sensibilizando en extremo a los individuos; de ahí el poder que adquieren esos hechos fortuitos, inesperados, que cambian en apariencia el curso de los acontecimientos. El pensador francés pone, pues, de relieve, cuál es el espíritu concreto de la Revolución francesa; cómo su peculiar estructura —el antiguo régimen o, en otro sentido, el Estado estamental— hace que ahí la marcha de la civilización se desvíe por

caminos distintos a los que cabría esperar; cómo el lenguaje significa algo distinto de lo que en principio parece que connota; cómo, en estados de exaltación colectiva la emotividad sobrepasa a la razón y luego deja exhaustos a los hombres; cómo todos, revolucionarios y antirrevolucionarios, participan de las mismas ideas y pasiones colectivas; en fin, el papel —en cierto modo secundario,

aunque determina quién es el protagonista principal— de los intereses, si bien cuando los hombres están causados, solamente éstos rigen sus actos y les predisponen a tolerar cualquier amo con tal que les deje tranquilos. En esta obra, pues, bien traducida pasando a otro orden de cosas, queda ampliamente reflejada la interpretación toquevilliana de la gran revolución. —D. N.

JEAN HAUPT: *Proceso a la Democracia*. Fuerza Nueva Editorial. Madrid, 1973.

Bajo tan expresivo título, Jean Haupt ha logrado reunir en un conjunto que pretende ser armónico, toda una serie de datos y hasta de propias vivencias encaminadas a destruir lo que muy bien puede llamarse el «mito» de la democracia.

He de confesar, de entrada, mi deleite y hasta mi aplauso ante razonamientos que me son evocadores y ante los sólidos fundamentos empleados para lanzar tan radical como acertada requisitoria contra la doctrina democrática.

Se cuida el autor de ir sometiendo a un riguroso examen crítico la esencia y la finalidad de los tan cacareados principios democráticos. Es justamente al encararse con la libertad, donde el poder de evocación ha subido de tono. Ante la condena de una libertad abstracta, formalista y vacía, uno recuerda trabajos publicados en nuestra patria bajo el talante tradicionalista, que no se cansan en hacernos ver lo estéril de dichas proclamaciones de principios ante la realidad del hombre concreto. Que continuamente llaman la atención, como también lo hace el autor de *Proceso a la democracia*, acerca de la naturaleza del hombre, que no da ni en un optimismo antropológico ni tampoco en un pesimismo antropológico. Que el hombre es un «ser desfalleciente», que diría Elías de Tejada, o

un «ser en vías de realización», secularizando a la europea el pensamiento cristiano por parte de Ortega y Gasset y alguno de sus seguidores más recientes, como Guillermo A. Nicolás.

Y es justamente en esa condena de los principios democráticos y en esa mirada a la auténtica naturaleza del hombre, donde reside, para quien escribe, el enorme valor y la importancia de este librito, escrito, creemos, con el corazón en la mano.

No cabe duda que otras conclusiones a que llega el autor merecerían ya de por sí un juicio acertado de su meditada obra. Tal, por ejemplo, esa sutil distinción entre técnicos y tecnócratas, o esa nadería que es a la postre el llamado partido de centro en sentir del autor.

Pero repito mi adhesión a la parte de fundamentación de la condena democrática. Sobre todo, por lo agradable y la intencionada selección de textos en que apoya sus propias conclusiones. Agradable porque es justamente con un pensador tradicionalista con el que se inicia un largo trecho de citas (aunque hemos de confesar que alguno de los nombres citados podrían haber sido suprimidos e incorporar otros más en consonancia con el contexto de la obra. Por ejemplo, ¿por qué no Vázquez de Mella?). Nos referimos al polígrafo portugués Ramalho Or-

tigão, que una y otra vez es utilizado por el autor como pórtico de sus ideas. Libro, pues, que puede sin desdoro y tal vez puliendo algunos extremos, in-

sertarse en el pensamiento tradicional, por lo que su autor merece, como dicho queda, nuestro reconocimiento y nuestro aplauso.—JOSÉ F. LORCA NAVARRETE.

ISIDRO MOLAS: *El sistema de partidos políticos en Cataluña (1931-1936)*. Colección Ediciones de Bolsillo, 321. Ediciones Península. Barcelona, 1974; 184 págs.

Nacido en 1940, este autor catalán se ha colocado, en pocos años, en la primerísima fila de los tratadistas de problemas políticos catalanes de la historia contemporánea, especialmente del período republicano segundo. La obra que lo consagró fue su *Lliga Catalana (1933-1936). Un estudi d'estasiologia*. El libro aprovecha materiales de sus múltiples investigaciones, dando una brillante síntesis y coherencia al sistema de partidos políticos que rigió en Cataluña desde la proclamación de la República hasta el estallido de la guerra. Publicado en castellano un año después de la edición catalana, es el perfecto vademécum con argumento que hace inteligible no sólo la existencia de una multiplicidad de partidos y fuerzas políticas (incluyendo las pretendidamente «apolíticas» de masas sindicalistas), sino el por qué de su fluidez, sus éxitos y sus fracasos. Difícilmente se podría decir tanto en tan mínimo espacio. Un libro parecido espera que sea capaz de decir lo mismo para el conjunto español.

La introducción plantea el profundo alcance que significó la reforma del sistema electoral por la República, así como el planteamiento del juego de partidos en la región catalana. Los demás capítulos, en número de siete, los agrupa bajo grandes etiquetas: la derecha, el partido mayoritario de derecha (Lliga Catalana), el centro, el republicanismo de izquierdas, el socialismo, el comunismo y, por último, el anarquismo y el anarcosindica-

lismo. A partir de la página 125 inserta un amplio apéndice que reúne los resultados de las elecciones celebradas afectando a las Cortes de la República o al Parlamento autónomo catalán, y que tuvieron lugar entre el 28 de junio de 1931 y el 26 de abril de 1936.

Desde luego, cada capítulo es desarrollado a través de epígrafes concretos, lo que lo hace también una obra de consulta rápida. Una nutrida y selecta bibliografía acompaña sistemáticamente a la temática y puntos concretos. Con todo, lo que posiblemente provoca la entrega al autor, es el grado de alejamiento y frialdad con que se abre paso a través, no tanto de una jungla sofisticada como de las pasiones que tal paso suelen inevitablemente suscitar. Si cuantitativamente muchos aspectos dados por supuesto, al menos comúnmente, se desmitifican, su interpretación personal saca las conclusiones que difícilmente podrán ser alterables, a no ser que se demuestre fehacientemente otra cosa. El progresivo debilitamiento del anarquismo y anarcosindicalismo catalán, su actitud ante elecciones concretas, el espléndido capítulo sobre la Lliga, son botones de muestra. El ridículo sistemático de los comunistas en el período no tiene vuelta de hoja. El condensado epígrafe dedicado al separatismo separatismo es clarificador en grado extremo, y altamente recomendable para los que confunden la historia con la fantasmagoría. La pequeña obra de Molas constituye no sólo un instrumento utili-

tario de primera magnitud para el político y el historiador, así como para el lector interesado en esta suerte de problemas, sino también un prototipo de lo

que muchos debieran hacer antes de lanzarse a otras aventuras que no por los aparatosos arrojan más luz.—TOMÁS MESTRE.

JUAN MAFESTRE ALFONSO: *Hechos y documentos del anarco-sindicalismo español*. Miguel Castellote, editor. Madrid, 1973. 141 págs.

El libro que presentamos —dice el autor en el prólogo— fue primitivamente un trabajo aparecido en 1965 en la *Revista de Trabajo* con el título «Movimiento anarcosindicalista». Al publicarse ahora como libro «se respeta el cien por cien del texto que en su día apareció en la publicación del Ministerio de Trabajo; de ella no se ha cambiado ni un punto ni una coma; no se han hecho ni tan siquiera algunas correcciones de estilo». Siendo así, quiere decir que el libro tiene el mérito de haberse adelantado a las ya numerosas y recientes publicaciones aparecidas, en España y en el extranjero, sobre el anarquismo español. Porque en 1965 «no había nada en España —descartando ataques y propaganda— similar a este trabajo, y, por tanto, se puede decir que supuso una significativa aportación a la interpretación y conocimiento de unos acontecimientos cuya importancia y transcendencia sobrepasaba buena parte de todos esos hechos que habitualmente ocupan un puesto importante en nuestros tradicionales textos de historia».

Ese es el contenido del libro: el conocimiento documentado de unos acontecimientos de tanta importancia en España como fue la organización y actuación del anarquismo.

Empieza el autor por exponer la base socio-histórica, la difusión obtenida por el anarquismo en España, su expansión de «una magnitud y una potencia inigualada», sólo comparable a la obtenida en la Rusia anterior a la revolución soviéti-

ca. Como causas de esta expansión en España del anarcosindicalismo no descarta el autor el individualismo ibérico y la psicología revolucionaria española, pero enmarca estas condiciones subjetivas en el ambiente y condiciones objetivas que «eran óptimas para la gestación y difusión del anarquismo y del socialismo». El analfabetismo y la incultura eran un fenómeno casi general en el proletariado; el divorcio entre la autoridad y las clases dirigentes con las clases populares, fueron, entre otras causas, el terreno abonado que encontraron los primeros propagandistas del anarcosindicalismo llegados a España, a quienes no fue difícil aprovecharse de la revolución industrial como fuente de disturbios para introducir aquí las primeras ideas colectivistas de Fourier.

Las uniones y huelgas reivindicativas, las asociaciones y luchas violentas de los obreros contra la burguesía, las clases dirigentes y contra la autoridad, favorecidas por la aparición de publicaciones socialistas, y hasta el bandolerismo en Andalucía y en algunas partes del Norte de España, que había constituido un *modus vivendi* de gran arraigo y difusión, fueron otras tantas causas del anarquismo español.

Como origen del anarquismo señala el autor el año 1868, en que el diputado italiano Fanelli vino a España, en donde encontró el clima óptimo para la difusión de las ideas de la Internacional, tanto anarquistas como socialistas, en Valencia, Madrid y Barcelona, que luego se exten-

dió a Baleares, cuyos primeros anarquistas hacen profesión de fe de ser «en política, anarquistas; en economía, colectivistas, y en religión, ateos», escueto y terminante programa que fue reiterado en el primer Congreso Nacional celebrado en Barcelona en junio de 1870: «Queremos que cese el imperio del capital, del Estado y de la Iglesia, para construir sobre las ruinas la anarquía y la libre federación de libres asociaciones de obreros». Este programa y los Estatutos de la Alianza de la Democracia Socialista fueron publicados dos años más tarde.

A partir de entonces y hasta el Congreso de Zaragoza reunido el 1 de mayo de 1936, la C. N. T.-F. A. I. fue extendiéndose rápidamente y, lo que es más significativo, manteniendo, salvo algunas raras desviaciones (como la de Pestaña al crear el partido sindicalista), el primitivo programa y línea de actuación violenta para llevarlo a la práctica. El Congreso de Zaragoza, además de marcar las futu-

ras directrices ante una inminente e inevitable revolución, recoge todos los aspectos del pensamiento anarcosindicalista haciendo un análisis de las actividades, de las alianzas revolucionarias, del problema agrario, el concepto del comunismo libertario, etc., que son todo un programa e ideario al cual ha sido fiel —es preciso reconocerlo por muy distanciado que se esté de compartirlo— el anarquismo español.

Fue acaso durante los años de la guerra civil cuando más se puso a prueba esta consecuente trayectoria anarquista que, en atención a las circunstancias y con la única finalidad común de ganar la guerra, hizo concesiones y realizó alianzas con otros partidos y sindicales que terminaron violentamente a tiros en los trágicos sucesos de mayo, en 1937, en Barcelona, y hasta colaboraron en el Gobierno de un Estado y una República que repudiaban.—
EMILIO SERRANO VILLAPAÑE.

INSTITUT BELGE DE SCIENCE POLITIQUE: *Politique belge "68": les evenements, les hommes, les attitudes politiques*. Bruselas. 408 págs.

Política belga "68", es la historia de los principales acontecimientos de la actualidad política de Bélgica, analizándolos en una serie de capítulos confiados a eminentes especialistas.

La introducción la hace el profesor de la Escuela Real Militar, Maurice Boeynaems, quien desarrolla el tema, «1968: Año de crisis del poder».

«Las elecciones del 31 de marzo de 1968», por Wilfried Dewachter, es el capítulo primero. Y el segundo, del doctor Mieke Claeys-Van Haegen-Doren, «La formación del Gobierno Hyskens-Merlot» (abril-junio 1968).

El sociólogo M. P. Herremans verifica el capítulo tercero, cuyo título es «El

año 1968 desde el punto de vista comunitario y lingüístico».

El secretario general del Instituto Belga de Ciencia Política, André Philippart, desarrolla el cuarto capítulo sobre «La cuestión universitaria en Bélgica: fenómeno de politización». Tema muy emparentado con el del quinto capítulo, «Los movimientos universitarios en Bélgica», por Michéline Creteur.

«La política exterior de Bélgica» es el tema-capítulo sexto, por Gerard-Libois. Y el séptimo, de René De Schutter, «Optica económica y social». Y, finalmente, Hugo Van Hasel es el autor del capítulo octavo y final, «Sistema político-administrativo del Gobierno, en 1968».

Los títulos de los diversos temas dan clara idea de lo que se propone este libro del Instituto Belga de Ciencia Política. Por él desfilan los fundamentales sucesos políticos desarrollados en el año 1968.

En política interior figuran: el famoso asunto de Lovaina, que polarizó la atención del mundo, sobre las relaciones entre las comunidades belgas (estas comunidades, como sabemos, se dividen en varios niveles: lingüístico, cultural y, también, económico); el no menos famoso asunto del estatuto de Bruselas, que produjo una crisis del Gobierno, de cuyas elecciones resultantes salió el nuevo Gobierno Eykens-Merlot, especie de Gobierno «político-administrativo».

Dedica el libro gran espacio a la «contestación» en la Universidad. El *ghetto* universitario planteó, en nuevos términos, los problemas de la expansión y de la renovación de la Universidad, y volvió a poner en primer plano los problemas de participación en el seno de las orga-

nizaciones políticas y sindicales, es decir, en el seno de la sociedad capitalista liberal.

También el año 1968 produjo un cambio de horizonte desde el ángulo económico y social, planteando nuevos problemas en la coyuntura económica y en la evolución estructural de la economía. Hubo también críticas sobre ciertas decisiones del Gobierno, sobre todo en lo relativo a las relaciones entre Flandes y Walonia, sobre la vida de las organizaciones sindicales y de las Empresas, todo ello, visto desde la perspectiva abierta por la «contestación».

En cuanto a la política exterior, un examen claro y preciso de sus condicionamientos aporta una visión auténtica de la política no sólo a escala europea, sino incluso de la política mundial.

El libro finaliza con una magnífica cronología de los acontecimientos de 1968 y una «Declaración del Gobierno».—TOMÁS ZAMORA.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN: *La penetración americana en España. Cuadernos para el Diálogo*, S. A. Madrid, 1974; 439 págs.

Vázquez Montalbán, destacado periodista catalán, aborda en las páginas que suscita el presente comentario crítico el análisis de un viejo tema, a saber: *la influencia norteamericana en la vida española*. Al emplear la expresión «vida» lo hacemos plenamente conscientes de la gravedad del vocablo, puesto que, como perfectamente subraya el autor de estas páginas, esa «influencia» apenas si respecta área alguna. Consecuentemente, como en este libro-documento se pone de relieve, la presencia norteamericana denota claramente su presión en esferas tales como, por ejemplo, la vida política internacional, la economía y cultura. Una incógnita que, a nuestro modo de ver,

queda sin despejar satisfactoriamente es la concerniente a determinar si, en estos momentos, la influencia norteamericana —fenómeno a todas luces innegable— registra su máximo auge o, por el contrario, han existido épocas en las que esa «presencia» se acentuaba más rabiosamente. El autor, en verdad —al exponer casi al final del libro una interminable lista de Empresas españolas que trabajan con capital norteamericano (cuando menos en parte muy considerable)—, parece sostener la tesis de que la influencia estadounidense es mayor en las horas presentes que lo ha sido en el no muy lejano pasado. De todas formas, conviene subrayarlo, esta apreciación como tantas

otras de las contenidas en estas páginas quedan al buen criterio del lector. Vázquez Montalbán, eso sí, acumula material suficiente —material que inserta equitativamente repartido a lo largo de su libro— para que nadie le pueda desmentir, cuando menos, la veracidad del título de su obra.

Se llevarán, sin embargo, una sorpresa quienes —tal vez influenciados por esa literatura periodística al uso— acudan a la lectura de este libro pensando que van a tener ante su vista sensacionalismo, descubrimientos de altos secretos o exposiciones concernientes a negocios o actividades escabrosas. Sin pretender imprimirle un aire rigurosamente científico, que no había razón alguna para proceder de esta manera, Vázquez Montalbán sí actúa con la suficiente seriedad como para tomar muy en cuenta las advertencias que se nos hace. El autor, en todo caso —sin duda para no suscitar la polémica en orden a posible malévolas interpretaciones—, cuando el tema se torna espinoso no vacila ni un solo segundo en recurrir a la exposición de los juicios emitidos por los propios protagonistas —al máximo nivel responsable— de la política internacional, de la política económica o de la política cultural española —abundan, pues, los testimonios directos de ministros, directores generales y hombres de letras de primera fila—. Cabe, por lo tanto, preguntarse: ¿Qué es lo que ha tratado Vázquez Montalbán de demostrar con su libro...? Las variaciones sinfónicas sobre este tema son infinitas y, especialmente, partiendo de la base de que, para un mediano lector de periódicos, ninguno de los materiales aquí insertados era desconocido. El autor lanza muy pocas flechas personales, aunque, señalémolo, todas hieren el corazón del blanco...

Quizás, pensamos, su empeño mayor radique en demostrar algo que, igualmente, es perfectamente conocido: la

presencia imperialista. No rompamos, sin embargo, la ilusión del autor y recojamos en toda su integridad la salutación con la que, excepción realizada del texto del *Convenio de Amistad y Cooperación entre España y los Estados Unidos de América* (suscrito por España y los Estados Unidos de América el 6 de agosto de 1970), se inicia este libro: «Quiero aclarar, pues, que empezar iluminando la existencia objetiva del imperialismo, me parece un paso imprescindible para entender la penetración norteamericana en España. Bajo calificaciones más piadosas (la denominación *imperialismo* está cargada de peyoratividad) hasta los máximos apologetas del sistema hablan del imperialismo sin llamarle así, pero admitiendo su existencia. Hay que precisar que esta denominación es una herencia de la historia mundial de las dominaciones de unas naciones sobre otras en busca de lucros casi nunca identificados con esa entelequia metafísica llamada bien común, sino con los lógicos intereses de los sectores sociales dominantes. El bien común es un concepto hipotético o una verdad coyuntural que unos pueden imponer y otros no tienen otro remedio que hacer ver que aceptan».

Campea en el libro, y se trata de una opinión personal y, por lo tanto, posiblemente errónea, una singular atención por cuanto sucede en el ámbito de la política internacional norteamericana. No es que se desprecie o se reste importancia a las cuestiones de índole económica o cultural, es que, sencillamente, resulta prácticamente imposible —y en absoluto criticamos negativamente al autor por ello— desoír los cantos de sirena que la cosa pública internacional emite. Cuesta bastante trabajo, cosa que el futuro lector de estas páginas advertirá inmediatamente, el sustraerse de penetrar en el campo señalado y fijarnos en otras partes del libro, sobre todo, cuando las tesis más brillantes y elocuentes de cuantas

defiende Vázquez Montalbán inciden, precisamente, sobre la problemática internacional. Así, por ejemplo, entendemos que es muy sugestiva la interpretación que el autor realiza del dramático acontecimiento de la segunda guerra mundial. Acontecimiento que, a juicio del autor, acentuó el desequilibrio dentro del mismo sistema internacional capitalista. El vencedor absoluto de la citada contienda fue, en rigor, los propios Estados Unidos, puesto que, y seguimos al pie de la letra la concepción de Vázquez Montalbán, «la guerra propició un mayor intervencionismo por parte del Estado, la acentuación del capitalismo monopolista de Estado: El fin de la segunda guerra mundial es óptimo para el capitalismo y el Estado norteamericano por una serie de circunstancias: salían más enriquecidos que nunca y, en cambio, compartían la victoria política con naciones debilitadas que habían padecido la guerra en su propio territorio, a las que se imponía un largo período de reconstrucción. La estrategia general norteamericana a partir de 1945 fue, ante todo, sentar un principio de patria potestad sobre el mundo, basado en la autoridad que concedía el potencial nuclear demostrado en Hiroshima y Nagasaki. Esto, naturalmente, aconsejaba el contribuir a la reconstrucción económica de Occidente y, al mismo tiempo, debilitar el imperio francés e inglés en beneficio del americano. Se conseguiría mediante la infiltración económica de Estados Unidos en Europa, mediante la satelización sustancial de la economía europea, que así quedaría americanizada, pero potenciada para hacer frente a posibles intentos revolucionarios de los movimientos obreros internos o a un posible avance estratégico de los soviéticos más allá de los límites fijados en los acuerdos de Yalta y Postdam.

»El imperialismo se había convertido ya en un sistema universal a la defensiva. La cuestión tenía para el propio capitalismo

una dialéctica interna: se trataba tanto de mantener un ritmo de expansión, como de defender esa expansión de los avances del comunismo. Se pensó que la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki jugaría en beneficio del jugador que repartiera las cartas. Se desarrolló la ideología y la estrategia de guerra fría para propiciar tras su cortina defensiva el renacimiento capitalista de Europa y la progresiva expansión de Estados Unidos en el mundo a costa de los imperios tradicionales.

»Se había iniciado la guerra de trincheras imperialista a escala universal. Se había iniciado la que podía proclamarse como última guerra de redivisión. Se había iniciado el largo, retardado, constante estallido de la tercera guerra mundial.»

Considera Vázquez Montalbán que, en rigor, la segunda guerra mundial ha tenido una larga prolongación más allá de lo que, teóricamente, puede considerarse como su final legal. La Humanidad ha vivido décadas de intensa preparación para la guerra como lo prueba, y no faltan estadísticas plenamente sinceras, los grandes dispendios económicos realizados en pos de la constante puesta a punto y pertinentes modificaciones novedosas del armamento nuclear. En efecto —subraya el autor, «desde 1945 hasta la actualidad se ha construido con armónico esfuerzo una comprensión teórica de la situación de emergencia perpetua en la que vivía la Humanidad tras el último disparo legal de la segunda guerra mundial. La psicosis de defensa ha servido para sentar las prioridades de la seguridad y el orden por encima de cualquier otra aspiración comunitaria. El maniqueísmo que ha guiado siempre la falsa conciencia histórica había alcanzado su máxima polarización: era bipolar y universal. En amplias zonas de la tierra se ha vivido, se vive en aparente paz, pero el Poder se comporta como si viviera en estado de sitio, justificado por una moralidad de estado de guerra. En

Suiza es obligatorio disponer de refugios atómicos unifamiliares o vecinales, con periódica renovación de alimentos. El "enemigo" está en todas partes, son esos "inaprensibles seres" de que nos habla el poema de Gil de Biedma. Su peligrosidad radica precisamente en su apariencia de ciudadanos corrientes, como en el caso tratado por la serie televisiva de "Los invasores". Son el mal, pero es tal su poder que no es posible aniquilarlos, vigilarlos de cerca. Esperar un desfallecimiento significativo.»

Especialísima atención, evidentemente, consagra Vázquez Montalbán al tema de las relaciones entre España y los Estados Unidos. El análisis de esas relaciones se efectúa a través de los documentos diplomáticos más representativos y, ciertamente, también a nivel de las diferentes reacciones experimentadas en determinados medios informativos. La conclusión final no es, no puede serlo, de cariz optimista dado que ninguna de las posibles soluciones es completamente idónea. Consecuentemente, a modo de recapitulación, insinúa y pone de manifiesto el espinoso camino por el que esas «relaciones» inexorablemente tienen que pasar. El sentido común hace ver, a la altura de nuestro tiempo, que en esas «relaciones» jamás ha imperado lo que podríamos considerar como posición altruista norteamericana. «Yo me adhiero con toda el alma —son palabras de nuestro embajador Aznar— a quienes sostiene que los acuerdos de 1953 entre Washington y Madrid, con todos sus inconvenientes, fueron un factor de primera magnitud en el trámite, a veces doloroso y difícil, de la reconstrucción de España, y aún más en el progreso de nuestra reincorporación a la grande y profunda convivencia internacional. Preguntémosnos lealmente si podíamos hacer entonces cosa distinta de la que hicimos, y la respuesta será: "no". De la virtualidad y eficacia de aquellas acuerdos se han derivado

consecuencias indudablemente fecundas para España.

»Pero, siendo esto así, no podemos olvidar que los Estados Unidos no vinieron aquí movidos de un sentimiento de amor, como va el enamorado hacia la enamorada, ni espoleados por el placer de hacernos más felices, sino porque a ellos, a su política, a su estrategia, a su situación respecto de la Unión Soviética, el despliegue de su poderío militar convenía acordar con España ayudas recíprocas; y así, los documentos firmados hace quince años fueron, como irremediablemente habían de ser, expresión directa y concretísima de dos conveniencias, de dos ventajas: la ventaja nuestra de contar con la colaboración y ayuda de los Estados Unidos y la conveniencia norteamericana de instalar en territorio español una parte de su gigantesca maquinaria militar.»

Lo realmente penoso del caso es que, como es bien sabido, el célebre Convenio entraña otra serie de fines que no acaban de cumplirse de un modo claro, es decir, que existe sobre los citados intercambios de textos diplomáticos cierta innegable confusión. Como ha dicho un agudo pensador contemporáneo —pensador que conoce a las mil maravillas la vida norteamericana en todos sus aspectos—, el texto del Convenio es un sugestivo e impresionante ejercicio de retórica diplomática. Otros observadores, marginando el concepto concerniente a la problemática de la seguridad y del régimen más o menos militar de ciertos aspectos, especifican —con muy buena voluntad— que, en rigor, «la dimensión más original de los convenios está en los proyectos de orden educativo, técnico, espacial y agrícola». Pero, como hemos visto —y el libro que comentamos constituye un magnífico exponente—, tales «proyectos» no comprometen absolutamente a nada y, aparte la diplomática función contextual, se limitan a expresar unos «buenos deseos». El senador Pell (ABC del 27 de agosto de 1970) lo ha

dicho mejor: «Los acuerdos son una obra de artesanía diplomática, susceptibles de ser interpretados como convenga.»

La verdad es, conclusión final a la que llega Vázquez Montalbán, que el *estilo de vida americana* lo ha penetrado todo. Consecuentemente, si prescindimos de la política, nos es dado observar que, quiérase o no, Norteamérica domina, en estos momentos, intensas áreas ideológico-culturales. En efecto, «se trata de uno de los niveles más complejos de la aprensión de la penetración americana. Por ser el más evidente es también el menos clarificado por los datos. La colonización cultural se transmite sobre todo a través de la subcultura y tiene a los *mass media* como

soporte: cine, televisión, literatura de consumo, radio, canción, etc.».

Vázquez Montalbán advierte, finalmente, el serio peligro que puede originar la pérdida de *la identidad nacional*. Y esta advertencia, ciertamente, es realizada a lo largo de estas páginas con una impresionante nobleza. No existe desgarramiento alguno, no existe vulgaridad, no existe insulto para la política cultural de Norteamérica. Existe, eso sí, una llamada de atención —muy al estilo de Maeztu— sobre el hecho de que, en verdad, *ser es defenderse*. Hay, pues, en estas páginas algo más de lo que el autor, con ejemplar modestia, considera mera síntesis informativa.—J. M. N. DE C.

S O C I O L O G I A

P. SALVUCCI: *Adam Ferguson. Sociología e filosofía política*. Urbino, 1972; 615 páginas.

La presente obra es, sin duda, una de las más completas acerca del famoso, pero relativamente poco conocido, pensador escocés. Por otra parte, hay que señalar que viene a sumarse al creciente movimiento de revalorización de los escritores y filósofos morales escoceses del siglo XVIII, entre los cuales sólo D. Hume y, en cierto modo, A. Smith, han estado ininterrumpidamente presentes en el interés de los intelectuales. Tal es el caso de Ferguson (1723-1816), tan influido por Montesquieu —de quien se considera discípulo— como interesado por Rousseau y que, por varios y diversos títulos puede reclamar en la ciencia social un puesto casi paralelo al de Smith en la ciencia económica. Basta pensar que este escocés de «segunda fila» fue conocido —y leído— por los idealistas alemanes (Garve tradujo la *History of*

Civil Society que leyeron Schiller y Hegel), por los positivistas franceses (Comte lo tiene siempre muy en cuenta) y, desde luego, por sus compatriotas y sus vecinos ingleses.

La obra de Salvucci, abundante en textos y con repertorio bibliográfico muy interesante para el estudioso, no sólo en relación con Ferguson sino con su época, divídese en cuatro amplios capítulos en los cuales se examina el pensamiento del escritor inglés dentro de una vasta panorámica de su tiempo, aunque es el primero el que se destina específicamente a situarlo en ella. En el segundo confronta su Antropología y su Sociología, dentro del movimiento inspirado en Newton a quien tomaban como modelo, su época y su escuela (Hume, Smith, lord Kames, Beattie, Robertson, etc.), con el fin de conferirle carácter científico a sus

investigaciones sobre el hombre y su sociedad. En el tercero se inserta la obra del escocés en el contexto de la realidad sociológica de los clanes escoceses y el nuevo mundo de la industria y del comercio, entre el «salvajismo y la barbarie» y la civilización; el cuarto y último capítulo se ocupa de la dialéctica entre la Sociedad y el Estado entrevista por el pensador inglés.

En efecto, la figura intelectual de Ferguson resulta inseparable del gran movimiento intelectual de las Universidades de Escocia (Glasgow, Edinburgh)— en agudo contraste con las inglesas— del cual brota la primera Ilustración, en fecunda interacción con la cultura francesa, la suiza y la holandesa. Allí, la Universidad y el naciente mundo industrial no se daban la espalda, hasta el punto que ya en 1655 Glasgow había introducido como materias obligatorias la economía y la política. La creciente actividad comercial y manufacturera de Escocia nutren el pensamiento de Ferguson y sus paisanos, que perciben la complicación de las relaciones interhumanas, cada vez más acusada en las ciudades, frente a la aparente simplicidad de la organización comunal de los clanes, de manera que la fidelidad contrastaba ya con las actitudes «egoístas» típicas de la creciente división del trabajo. Ferguson es, en suma, un «filósofo mundano», según insinúa ya su sucesor como profesor de Filosofía natural en la Universidad de Edinburgh, Dugald Stewart: «Ferguson — escribe Salvucci—, vive en profundidad el drama del hombre de su tiempo», pero con «lúcido realismo». Su motivación, es decir, su ideal era el de una nación que «una la virtud pública con el comercio».

La crisis que da lugar al decaimiento de la virtud pública es lo que lleva a Ferguson a investigaciones antropológicas sobre qué fundamentar científicamente la sociología, y para él, igual que

para su tiempo —bastaría recordar a Kaut— Newton era la ciencia. La antropología de Ferguson y de sus contemporáneos, igual que la de sus sucesores directos, obedece a la búsqueda de la ley de la gravedad del mundo histórico-social. Las relaciones entre la moral, la política y la economía son objeto del mayor interés en la época, pero para entenderlo es preciso destacar el papel desempeñado por el concepto de civilización. Aceptando la opinión expresada ya por Hume, critica Ferguson la ficción especulativa del estado de naturaleza, primer paso necesario para una investigación científica de la naturaleza humana, la cual es siempre para él, por cierto, idéntica a sí misma, cualesquiera que sean sus manifestaciones.

El futuro humano depende, por ende, del conocimiento de las leyes del sistema animal e intelectual del hombre y, en consecuencia, polemiza contra Hobbes, el principal teórico del estado de naturaleza. El autor trata en ese capítulo diversos puntos: la teoría del pensador escocés sobre el lenguaje y su origen, la naturaleza de la sociedad (que considerara el modo natural de la existencia humana), las diferencias propias de la naturaleza humana y la naturaleza de los motivos de las acciones humanas (bien entendido que los modelos de comportamiento del hombre dependen del nivel cultural alcanzado por su sociedad), la idea de felicidad, la concepción de la monarquía mixta, etc.

En el capítulo siguiente plantéase el autor el tema de la cultura y de la civilización: para Ferguson no es el individuo sino la comunidad el portador de la cultura y de la historia, pues «la naturaleza humana no existe en ningún lugar, dice el escocés, en abstracto». Por eso establece la distinción entre *rude nations* y *polished societies*. De ahí que el único método legítimo y fecundo sea

el histórico-empírico. La historia y los historiadores antiguos son objeto de exámen por parte de Ferguson: ahí aparecen constantemente las expresiones «salvaje» y «bárbaro» y en relación con ellas, ocupando por cierto un sitio central, el tema de la propiedad —que para él constituye una cuestión de progreso— y el de si los grupos humanos, teniendo unidad política poseen, no obstante, un gobierno político; la esclavitud, la división del trabajo, el político como detentador de una sabiduría que no posee la naturaleza, la propiedad y sus consecuencias, las causas de la fuerza de las naciones, fenómenos como el lujo y la corrupción política, la extensión del territorio, la privatización de la vida, la civilización como resultado de la actividad comercial (equivalente, pues, a *civil society*, aunque tampoco la restrinja exclusivamente al mero comercio)... son las cuestiones consideradas ahí.

El capítulo cuarto de esta obra casi exhaustiva, versa, según queda dicho, sobre la sociedad y el Estado. Ferguson

no acepta la idea de J. Steuert, expuesta el mismo año en que publica su *Essay* sobre la sociedad civil, de que el espíritu público sea más superfluo en quienes son gobernados y, en cambio, muy fuertes en los hombres de Estado. Pero eso mismo le lleva a esbozar la diferencia sociedad-Estado que profundizará en Alemania Schlözer y, tras éste, Hegel. El escocés comienza por atacar la teoría del origen contractual del gobierno en el sentido de Hume: son circunstancias históricas las que determinan y, en cierto modo, pues, guían la acción humana, ya que ni el Gobierno ni las instituciones son producto de la acción solitaria y aislada. Los objetivos básicos de la política son el fomento y la seguridad de la población y la acción sobre el carácter moral y político del pueblo, pues de él depende la corrupción, si bien se cuida de denunciar la política de poder. La administración de la justicia constituye el segundo objetivo fundamental del Estado, siendo el tercero la consideración y la prosperidad interna del Estado. — D. N.

G. POGGI: *Images of Society. Essays on the Sociological Theories of Tocqueville, Marx and Durkheim*. London/Stanford, 1972; 267 págs.

Las tres partes en que se divide este importante libro son fruto de cursos lectivos. No se trata, intencionadamente, según explica el propio autor, de una investigación destinada a enriquecer la historia del pensamiento social, sino de exponer lo que ha aprendido él mismo leyendo a esos pensadores, sin insistir, por lo tanto, antes bien, dándolos por sabidos, en los tópicos más conocidos de cada uno de ellos. Así, pues, no se toma aquí en consideración la doctrina tocquevillana de la tiranía de la mayoría ni su hipótesis de que las revoluciones sobrevienen cuando menos se las espera; ni se mencionan apenas las doctrinas de

las clases, de la ideología o de la plus valía de Marx; tampoco la concepción de la anomia o la doctrina específicamente sociológica sobre la religión de Durkheim.

El estudio acerca de Tocqueville se centra, pues, en tres temas: el orden aristocrático, el orden democrático y el antiguo régimen.

De los dos principales ingredientes de la «gran transformación» (K. Polanyi) que tuvo lugar a fines del siglo XVIII, la revolución industrial y la revolución francesa, consideró Tocqueville este último mucho más significativo, pues implica el advenimiento de una especie en-

teramente nueva de sociedad. En *De la démocratie en Amérique* habrían establecido el contraste entre los dos tipos de régimen: el aristocrático y el democrático, mientras *El antiguo régimen y la revolución* vendría a ocuparse de un caso típico en el cual se percibe la transición de uno a otro. Examina el francés los dos tipos de régimen desde el punto de vista de la nación (suele decir un pueblo), como unidad sociológica fundamental, ofreciendo una amplia selección de los rasgos que caracterizan uno y otro régimen: «Capítulo tras capítulo muestra cómo las sociedades aristocráticas y democráticas difieren en cada aspecto separado de la vida social.» Pero esa división se apoya en que Tocqueville tiene como punto de referencia, no la Europa del feudalismo «heroico», sino el *Ständestaat* que termina con los derechos feudales tradicionales; si bien no llega el francés a determinar ese «individuo histórico» (según la terminología de O. Hintze). La sociedad aristocrática, tal como la concibe Tocqueville, constituye, después de todo, un amplio sistema sociopolítico unificado, no una aglomeración de comunidades adyacentes, estructuralmente similares pero completamente reclusas en sí mismas.

En contraste, no cabe atribuirle a la tipología de la sociedad democrática un lugar geográfico preciso, pues aquél pertenece al pasado, ésta constituye una realidad incipiente en evolución pero destinada a constituir el único sistema de sociedad, sustituyendo al antiguo, y cuyo futuro no cabe, empero, predecir. Como base empírica toma Tocqueville la Francia postrevolucionaria y Estados Unidos, pero como dos variedades posibles. Igual que respecto al orden aristocrático, examina por separado el autor la «sociedad política» y la «sociedad civil» en la democracia, si bien se extiende aquí, en el dilema percibido por el

escritor francés en relación con la democracia, etc.

En *El antiguo régimen* abandona éste el nivel de abstracción alcanzado en la obra anterior para establecer, pues, la naturaleza de un acontecimiento histórico particular: la Revolución francesa. ¿Por qué tuvo lugar en Francia y no en otro país? aquí tuvo lugar la degeneración progresiva del orden aristocrático, debido al triunfo y al ascendente, cada vez mayor, del absolutismo monárquico. La concepción toquevilliana de la sociedad civil y de la sociedad política en este régimen es examinada con atención.

K. Marx es estudiado bajo los epígrafes «la naturaleza de la realidad social» y «La teoría de la sociedad moderna».

Igual que Tocqueville, parece referirse, sobre todo, el alemán, a la primera cuestión. Pero a continuación presenta Poggi una pormenorizada consideración acerca de cómo es posible la sociedad. El autor prefiere ocuparse, en efecto, de estos temas marxistas generalmente olvidados, quizá en la misma medida en que exceden al campo propio de la sociología e implican argumentos especulativos. Acude el autor a textos juveniles donde se preocupa Marx hondamente de la relación hombre-naturaleza, cuyo punto crítico radica en la eliminación de la simetría Naturaleza-animal y Deidad-hombre, que implica el dualismo Naturaleza-Deidad que trasciende toda la realidad. Marx acaba por poner a la Naturaleza como aquello que gobierna tanto al hombre como al animal. Al mismo tiempo desustancializa el concepto sociedad, ya que considera ésta producto de una elección; si bien paradójicamente le concede un gran poder en orden a constreñir la actividad del sujeto colectivo. Empero, lo característico del modo humano de actividad es la acción. ¿Cuáles son sus rasgos distintivos? En primer lugar la no-inmediación; luego la conciencia, la crea-

tividad, la consciencia de su personalidad, gracias a la cual puede percibir el hombre su propia vida y actividad como objetos; la socialidad del sujeto, la *proxia*, la objetualidad (toda acción tiene un objeto), la negatividad, la retroactividad de la acción.

Pasa después el autor a ocuparse de la idea de alienación y de la prioridad que se le otorga a la economía.

La segunda parte del estudio sobre Marx se refiere, según se ha dicho, a la teoría de la sociedad moderna que, en una primera aproximación cabrían considerar, de acuerdo con el filósofo alemán, caracterizado por el egoísmo, la abstracción, la accidentalidad, la dialéctica libertad-igualdad, el secularismo, la reificación y sus manifestaciones subjetivas, mientras que en una segunda aproximación la economía de mercado sería como la anatomía de la sociedad civil. En un tercer nivel de examen, se trata del problema del orden social: ¿puede persistir la sociedad civil como una sociedad? La cuarta pregunta importante se relaciona con la plus valía y la sociedad de clases —las clases serían para Marx las auténticas unidades de la sociedad moderna.

Ocupase, por último, Poggi, de los pronósticos de Marx acerca de la sociedad futura.

En cuanto a Durkheim, divide el autor el ensayo en tres partes: la relativa a la tipología de las sociedades, la primacía de las normas, la religión y la teoría de las instituciones, y agregan, finalmente, alguna observación crítica.

El problema del orden no sólo constituye uno de los principales intereses de Marx, sino que llegó a convertirse en uno de los temas capitales de la sociología, especialmente en Francia. Ese tema unifica la investigación de Durkheim hasta el punto que, gracias a su influjo, sigue siendo uno de los puntos cardinales de la sociología, si bien a fines del si-

glo XIX no se trata de dar una respuesta a un trauma personal, como en el caso de Hobbes en el siglo XVII y en el de los pensadores franceses postrevolucionarios. Enfrentóse Durkheim a la teoría individualista, sustancialmente en su versión utilitaria; para él depende el orden de la existencia y operación de componentes subjetivos de la acción individual, irreductibles a la ventaja de uno mismo. No resulta el orden de la acción individual, sino que ésta lo presupone. Por otra parte, la tipología de Durkheim, basada en las clases de solidaridad, es paralela a la de Tocqueville, pero aquél es un analítico, de manera que incluye nuevos elementos. Entre ellos destaca el autor las variables morfológicas, institucionales, de solidaridad, y paralelamente a esta consideración estática pone la dinámica, apareciendo el tema del cambio social en relación con cada una de esas variables.

Por otra parte, si la sociedad no se reduce a sus individuos; si Durkheim rechaza la versión utilitaria, explícase entonces la primacía que le confiere a las normas, precisamente a través del ataque (en la famosa obra sobre el suicidio) al punto de vista individualista, pero no utilitario, sin embargo, de Tarde, frente al cual, en las *Reglas del método sociológico* despliega también su posición epistemológica. Para Durkheim, pues, constituye la sociedad un reino autónomo de la realidad, cuyos componentes es preciso desentrañar analíticamente. Vuelve a aparecer entonces la superioridad de las normas, entre las cuales destaca algunas capitales y, en consecuencia, si la sociedad depende de las normas, conviértese en tema capital el de la conducta normada y la anormal, es decir, el de la anomia.

Una de las obras capitales de Durkheim, la más importante de la última parte de su vida, pretende explicar las causas de las instituciones, de sus fun-

ciones y de sus leyes evolutivas. ¿Cuál es, pues, el lugar de la religión; este aspecto «esencial y permanente de la Humanidad»? Durkheim se ve obligado a distinguir radicalmente entre lo profano y lo sagrado, la asimetricidad de cuyas relaciones cabe detectar empíricamente. En suma, respecto a las demás instituciones se puede resumir así la posición a este respecto del pensador francés: 1), la religión como institución paradigmática; 2), la religión como proto-

institución; 3), como meta-institución. El altruismo es, en último término, la base fundamental de la vida social.

Cabría decir que en la presente obra el autor, teniendo en cuenta el estado de las investigaciones referente a cada uno de los sectores estudiados — lo que le da solidez, por cierto — apunta, en estas excelentes lecciones, una visión personal de la teoría sociopolítica de los autores estudiados susceptible de ulteriores consideraciones.—D. N.

JEAN ROUX: *"Et demain... la machine à gouverner?" (Le pouvoir et l'ordinateur)*. Editions Byrolles. París, 1972; 203 págs.

¿Dirigirá un ordenador gigante la sociedad del mañana? Con esta apasionante pregunta se abre el libro de Jean Roux. Muchos han sido los cambios que se han producido desde que en 1944 la sociedad IBM presentaba a la Universidad de Harvard la máquina Mark I, que iba a ser utilizada con fines militares, y desde que en 1951 la división UNIVAC, de la sociedad Sperry Rand comercializaba el primer ordenador. Pero si el cambio producido hasta el momento ha sido verdaderamente espectacular, de aquí a veinte años los sociólogos y futurólogos prevén la utilización generalizada de los ordenadores, no ya a nivel de grandes y medianas Empresas y Ministerios, sino incluso al del gobierno global de los grandes Estados modernos. El autor nos pone de manifiesto cómo en Francia, con la tecnología actual, un centenar de grandes unidades de informática conectadas a un calculador central, que sirva de monitor, puede tratar la totalidad de la información de carácter social, o sea, trece mil millones de informaciones de base.

Pues bien, a partir de estos vastos bancos de datos, podría ser obtenida automáticamente la totalidad de las in-

formaciones sociales, esto es, los anuarios de estadísticas, la contabilidad nacional y regional, la lista completa y ponderada de todos los fenómenos irracionales o antieconómicos sobre los que deberán incidir los planes reorganizadores, e incluso, una planificación óptima que tenga en cuenta las aspiraciones de todos los individuos en función de las fuerzas productivas disponibles y de los principios de gestión racional de las sociedades humanas.

El libro, según el mismo autor, desemboca en una gran síntesis de los fenómenos sociales a través de la cual se dibuja un porvenir fantástico para la Humanidad.

La obra que comentamos se halla dividida en tres títulos: El primero («Cibernética, informática y sociedad») hace referencia a las nociones básicas esenciales sobre la cibernética y la informática disciplinadas que, según el autor, constituyen el espíritu y el medio técnico de un sistema informático de gestión integrada. El segundo («La gestión integrada de las sociedades humanas») nos expone la estructura y los aspectos técnicos del anterior sistema informático de gestión. Por último, el tercero («La

dirección científica de las sociedades humanas): trata de ponernos de relieve cuál es la finalidad práctica del sistema que comentamos; es, sin lugar a dudas, la parte menos técnica y más sociológica de todo el libro, y creemos que la de mayor interés.

Para Jean Roux, dos grandes revoluciones han caracterizado la evolución económico-social en el campo de la gestión de las Empresas privadas: la organización científica del trabajo y la informática. La primera de ellas tiene como efectos más característicos el aumento de la productividad del trabajo humano, el crecimiento y el progreso económicos, cuyos aspectos más notorios son el aumento del nivel de vida y la disminución del horario de trabajo anual. La segunda sobreviene en el mismo momento en que los ejecutivos de las Empresas privadas y públicas se encuentran desbordados por la creciente complejidad de las relaciones económico-sociales y por el conjunto de informaciones a asimilar antes de la toma de toda decisión racional. Pues bien, la posibilidad de una gestión de las sociedades humanas por medio de ordenadores va a obligar a todos los especialistas de las ciencias sociales a replantear sus disciplinas particulares en función de esta nueva utilización de sus trabajos.

La última parte de la obra (título tercero) que comentamos está dividida en cuatro capítulos diferentes. Se contempla primeramente un conocimiento teórico de los fenómenos sociales, dándonos una visión de conjunto de los mismos en sus aspectos estático y dinámico. Inmediatamente, el autor se centra en el conocimiento práctico de los fenómenos sociales, y así nos habla de las estadísticas, la contabilidad nacional, la prospectiva, el tratamiento práctico, por medio del ordenador, de la documentación jurídica... Se centra Roux a continuación en el estudio crítico de los fenó-

menos sociales. Las informaciones sociales, y en particular gubernamentales, se como mínimo, la totalidad de los des-critica sistemática en función de las necesidades y deseos de los hombres y de las condiciones de una sociedad bien equilibrada y racionalmente administrada.

«Los factores, las formas y las consecuencias de la irracionalidad y de la injusticia que caracterizan las sociedades humanas son largamente conocidos y denunciados; ahora bien, una de las causas principales que paralizan la lucha para reducirlos y hacerlos desaparecer provienen de la incoherencia y del carácter parcial que presiden su conocimiento, su presentación y su difusión.» Pues bien, sentada esta afirmación, el autor indica que el poder revolucionario o reformador concreto sería multiplicado por cien si en cada sociedad, y cada año como mínimo, la totalidad de los des-equilibrios e irracionalidades fuera inventariada, clasificada y centralizada en una completa compilación. Esto puede hacerlo posible la cibernética.

Por último, se contempla en la obra la acción sobre los fenómenos sociales. Conocidas las condiciones, formas y aspectos prácticos de los fenómenos sociales, estaremos ante un conocimiento que nos va a servir de medio para la elaboración de decisiones racionales que a su vez van a ser seguidas por la acción práctica que permitirá la transformación de la realidad social y la marcha hacia una sociedad equilibrada y racional. La política económica y la planificación pueden, según el autor de la obra, ser consideradas como los dos aspectos: el primero, esencialmente doctrinal e ideológico, y el segundo, esencialmente práctico, de la acción del hombre sobre los fenómenos sociales. Roux cree que los planificadores pueden elaborar el plan óptimo en función del conjunto de los fenómenos sociales que se presentan, y con ayuda de los ordenadores, siguiendo el siguiente

te método: a), elaboración de un plan técnicamente ideal; b), examen de los obstáculos jurídico-financieros, y c), elaboración de un plan realizable en la práctica.

Concluye la obra haciendo referencia a lo que Roux considera como «tres ideas políticas nuevas», que caracterizan el gobierno de todos los Estados modernos. Son éstas:

1.^a Todos los gobernantes, y quienes les asisten o les critican, están sumergidos en la masa colosal y la diversidad de conocimientos e informaciones que es preciso asimilar y reunir antes de toda decisión. Ello comporta que les sea cada vez más imprescindible asistirse en la elaboración de las decisiones racionales por un vasto organismo de centralización y tratamiento de la información social.

2.^a Los pueblos tienen diversas necesidades, deseos y opiniones que expresar y satisfacer; pues bien, la satisfacción de las mismas en función de los recursos disponibles y de la estructura global de la sociedad necesita previamente el conocimiento total y permanente de las necesidades, deseos y opiniones de todo el pueblo, así como de los sacrificios que está dispuesto a padecer como contrapartida a su satisfacción. Lo anterior presupone la necesidad de crear un vasto

organismo de centralización y tratamiento de las informaciones referentes a las necesidades, deseos y opiniones del pueblo. Dicho de otro modo, la voluntad popular, en sus múltiples aspectos, debe ser objeto de un sondeo global, permanente e imparcial, destinado a poner de relieve a los dirigentes políticos las orientaciones a tomar para satisfacer del mejor modo posible la voluntad del pueblo en función de los medios disponibles.

3.^a Todos los especialistas de las ciencias y técnicas sociales trabajan en un aislamiento relativo, y el resultado de la discriminación de los trabajos de investigación se traduce en una inmensa anarquía y una incalculable pérdida de energía, lo que conlleva nuevamente a la necesidad de un amplio organismo de investigación fundamental y aplicada, en el que todas las ciencias y técnicas sociales estén relacionadas a una sociología total, concebida para la acción y al concepto de formación social y económica que las sintetice a todas.

En definitiva, y esta es la conclusión final que se desprende de la obra que comentamos, es precisa la constitución de un organismo encargado de hacer pasar progresivamente al dominio de las realidades cotidianas un sistema informático de gestión integrada a escala nacional.—FRANCISCO FERNÁNDEZ-SEGADO.

Varios autores: *La crisis de la agricultura tradicional en España (La nueva Empresa agraria)*, Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, Madrid, 1974; 372 páginas.

Justamente famosas son ya las Mesas Redondas del Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos y unánimemente celebrados los «Anales de Moral Social y Económica» en los que, cada año,

se van recogiendo las conferencias y trabajos que han sido presentados y estudiados en las respectivas reuniones.

El libro que presentamos, volumen XXXIV de los Anales, corresponde a la

XXXIV Mesa Redonda (septiembre de 1973), en la que, entre más del centenar de asistentes especialistas en los temas tratados, una docena de prestigiosas figuras catedráticos, economistas, sociólogos y juristas, agrónomos, empresarios y trabajadores del campo han expuesto sus penencias sobre el problema que da nombre al libro: *La crisis de la agricultura tradicional en España*. Y lo han abordado bajo todos los aspectos: económico, social, jurídico y político.

En primer lugar, el profesor Camilleri Lapeyre, de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de Madrid, expone (págs. 47-71) el proceso de las crisis de la agricultura tradicional española, que aun cuando se ha presentado antes de forma parecida a la española en otros países desarrollados, sin embargo, según él, «determinadas características de la agricultura española permiten tratamientos políticos diferentes». Señala seguidamente los seis caracteres que distinguieron a la agricultura española en el primer tercio del siglo XX, entre los que merece destacar una incipiente capitalización del campo, una mano de obra muy abundante, tecnología muy rudimentaria y una agricultura protegida, pero aún muy poco ayudada y con unos mercados interiores de bienes agrarios prácticamente libres. Durante los años de la República existían grandes problemas de excedentes en los principales productos agrícolas, iniciándose la organización de lo que luego fue el complejo montaje de ayuda al sector.

Después de la guerra, en un primer período que duró hasta 1952, se acentuaron las características de la agricultura de la preguerra; sigue un período de recuperación, hasta 1960, y da comienzo «el cambio profundo que está conduciendo a una nueva agricultura».

En los períodos en que el autor ha dividido la evolución se enuncian una serie de medidas políticas que más bien

que a las verdaderas causas, han atendido a los efectos de los problemas agrarios. En un cuadro esquemático son enumerados por Camilleri: 1) De 1931 a 1935: regulación de mercados agrícolas mal instrumentados. Reforma agraria. 2) 1940-52: Política de mejora tecnológica y ampliación de mercados agrícolas. 3) 1952-60: Casi completa regulación de mercados agrícolas y se inicia la política de regadíos y de tecnificación. 4) 1960-72: Casi total regulación de mercados agrarios; F. O. R. P. A.; sigue la política de regadíos; la concentración parcelaria, la ordenación rural y la comercialización.

La agricultura —dice el profesor Lamo de Espinosa en el estudio «La agricultura en el desarrollo económico»— tiene un papel esencial que cumplir en el desarrollo y evolución de nuestra sociedad y de nuestra economía y reafirmará su importancia en los próximos años, como lo prueba la hora actual. Pero lo que sea el camino en el futuro se deberá, en gran parte, a los resultados de la planificación del desarrollo económico y de la participación de la agricultura en dicho desarrollo.

Las funciones de la agricultura en el desarrollo económico de nuestro país, son de índole diversa: el crecimiento de la renta *per capita* exige una creciente demanda de alimentos y una amplia diversificación de los mismos, ya que cuanto más acelerado es el ritmo de crecimiento, mayores son las variaciones que se generan en las demandas de productos alimenticios; favorablemente al cambio de la demanda interior, se producen cambios en las demandas y en la oferta exteriores de materias primas de alimentos. También debe contribuir la agricultura al desarrollo económico, no sólo general, sino incluso al propio del sector, mediante la transferencia de la mano de obra, lo cual no sólo es beneficioso para el sector industrial y de servicios, sino que

contribuye a la mejora de las rentas de los agricultores que permanecen.

En los Planes de Desarrollo se presta gran atención a la agricultura por lo que ella contribuye a la dinámica del desarrollo general. En unos cuadros comparativos (págs. 20-46) expone el autor las medidas de política agraria en el ámbito legislativo de la planificación española, las directrices de política agraria, y otros datos de interés económico, referidos al I, II y III Planes de Desarrollo.

Los profesores y economistas García Delgado y Roldán Pérez, en su trabajo conjunto «Las rentas agrarias en el contexto de la crisis de la agricultura tradicional española», hacen un amplio y documentado análisis en el que parten del «marco de la agricultura tradicional», y de sus condiciones de estabilidad y estudian los factores desencadenantes de la crisis de la misma (trasvase masivo de población activa desde el sector primario hacia los mercados de trabajo urbanos e industriales españoles y europeos, la elevación de salarios, el aumento y diversificación de la demanda de productos alimenticios, etc.).

Seguidamente analizan los autores los efectos que se han deducido de la fuerte disminución de la población activa agraria y del encarecimiento salarial de los diversos tipos de explotaciones agrarias, así como de la creciente demanda de productos agrarios. Y todo ello llevará hacia nueva configuración de la realidad agraria española y a la problemática de las rentas agrarias en la que tanta influencia tiene la ruptura del equilibrio y de las condiciones tradicionales en que se ha desenvuelto históricamente la empresa agraria.

Porque —como dice Ballarín Marcial en *La nueva empresa agraria* (págs. 105-126)— cada régimen agrario se ha caracterizado por apoyarse en un tipo de empresa. Y dado que la empresa es un microcosmos, reflejo de la macrosociedad en

que se inserta, de cuyo tejido económico-social es la célula básica, plantearse el tema de la empresa agraria equivale a plantearse el tema económico-social más fundamental e importante, porque en aquel microcosmos se reflejarán las tensiones sociales, allí actuarán los últimos avances técnicos, y en cada tipo de empresa agraria se adivinará el espíritu de la época.

Con la competencia, reiteradamente demostrada por Ballarín Marcial sobre Derecho y problemas agrarios, parte —según él mismo dice— de una posición reformista, estimando que a la nueva empresa agraria, cuando sea necesario, habrá que llegar por evolución de los tipos actuales. Por eso hace un estudio de la situación actual en España, analizando cada tipo de empresa de las existentes y sus tensiones evolutivas, que responden a leyes internas de las propias empresas en continua acción. Estudia seguidamente —y no podemos seguirle en una limitada reseña— la empresa pública agraria; los servicios municipalizados; la empresa mixta; la empresa privada (tipos de empresas privadas —la empresa comunitaria y la asociativa en general, la gran explotación y la explotación familiar—); las unidades supraempresariales, y la agricultura sin empresa (cultivo de huertos familiares).

Como conclusión de su trabajo llega el autor a la solución pluralista, respetuosa con la autonomía individual. «Pluralismo —dice— no uniformismo ni, a estas alturas, la esperanza milenarista en una única fórmula salvadora.»

La problemática laboral y social del campo es estudiada por Lample Operé, que es una de las voces más autorizadas del campo español, y también por Gamiz López, profesor de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de Madrid y del Instituto de Estudios de Administración Local.

«El nuevo empresario» (autor F. de El-

zaburu Márquez), «El sindicalismo en el campo español» (L. Mombriedo de la Torre), «La formación del agricultor» (J. L. García Gutiérrez) y «La agricultura y la C. E. E.» (J. L. Cerón Ayuso) son otros tantos documentados trabajos

que completan el libro que presentamos y que forma en la ya larga y honrosa lista de los «Anales de Moral Social y Económica» del Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

PASCUAL GISBERT: *Preliterate man. A synthetic view of "primitive man"*. Bombay, «Manaklatalas», 1974; 292 págs.

Como es sabido, el padre Pascual Gisbert, de la Compañía de Jesús, español residente en la India desde hace muchos años, escritor bilingüe (en castellano y en inglés), ha publicado numerosos trabajos relacionados con temas de carácter sociológico y también antropológico, algunos de estos volúmenes muy conocidos en los ámbitos correspondientes.

El libro que vamos a comentar comentamos subrayando que brinda, más que el estudio para especialistas en antropología, documentado análisis dirigido al sociólogo, pedagogo, economista, jurista, filósofo y científico de toda rama o faceta que oriente su interés hacia las ciencias humanas en general. La publicación contiene, además de prólogo, bibliografía e índice de materias, sendos capítulos concernientes a los temas que se indican a continuación: pariente, matrimonio y familia; la posición de la mujer; ganaderos y cazadores; pastores y agricultores; prosperidad y personalidad; la ley de la jungla; ley y orden; el *homo faber*; el *homo artifex*; la madre tierra; la religión y lo sobrenatural; la depravación humana; el estudio de la evolución del hombre; la conformación de las cosas.

Veamos cómo se ofrece, en el libro, la exposición sintética del llamado hombre «primitivo». Se sostiene la tesis de que el adecuado conocimiento de las ciencias sociales y humanísticas, de la sociología, de la economía, psicología o filosofía no es posible sin que se llegue a conocer

el camino que han seguido hombres primitivos como los que se aluden, con sus costumbres e instituciones, éxitos e infortunios y, por ende, teniendo muy presente los cambios introducidos en torno a los mismos. Al propio tiempo, el autor pone de manifiesto cómo algunos de estos caminos aún permanecen. Reducido número de aquellas sociedades se advierte que continúan intocables, sin que para nada las hayan afectado las nuevas civilizaciones.

Para Pascual Gisbert la diferencia más acusada entre la era que él gusta denominar de la preescritura o precivilización y esta que se ha convenido en llamar época de la civilización, se basa, sin duda alguna, en el uso de la escritura. Esta es la razón por la que el autor ha elegido el calificativo de preliterarios para referirse a los hombres de los períodos denominados, anteriormente, de muy distintas y significativas formas: salvajes, bárbaros, inciviles y primitivos. Lapsos anterior al descubrimiento o introducción de la escritura.

La familia, en los tiempos anteliterarios que describe el padre Gisbert, resulta institución fundamental, tanto en la faceta social como humana de la vida. El matrimonio se encuentra ya delimitado como unión permanente de hombre y mujer, con casi análogas finalidades a las naturales del matrimonio actual, tales como procreación y preparación de los hijos en la vida, satisfacción del amor y

de las tendencias del sexo, cooperación económica, mutua ayuda y otras funciones secundarias o derivadas de las anteriormente enunciadas. Claro que no siempre el matrimonio era monogámico, sino que frecuentemente era poligámico: a veces polígnico y, en raras ocasiones, poliándrico.

Otra importante observación del autor es que el trabajo reina sobre la tierra hace miles de años, un millón de años; antes, por supuesto, de que las gentes entraran en contacto con la civilización del uso de la escritura. Claro está que aquellos hombres iletrados trabajaban, y no mediante actividad que pueda considerarse de forma aislada, sino de manera básica, en acción continuada e implicando modalidades de actividad profesional que revestían elementos integrales de la existencia humana, dando significación y coherencia a la vida del hombre, con la debida influencia de este factor trabajo en la correspondiente estructuración social del país. Agrega Gisbert, valiéndose de expresión tomada de R. Redfield: el trabajo, en parte, en cierto modo, es religión entre los pueblos primitivos.

Obvio es que cada sociedad tiene sus propias peculiaridades. Pero en todas ellas hay unos cuantos caballos de batalla en el área de lo social. El sistema de propiedad es factor común, tema conflictivo, en cuantos sistemas y comunidades existen. Para el autor, los regímenes de propiedad en general, y en particular el de la propiedad de la tierra, en la época que se describe en el libro como preliteraria, resultan características fundamentales, tanto en el enfoque de razones individuales como sociales.

Estima el autor del volumen que ya va siendo hora de descartar de plano los términos y concepciones de hombre salvaje, infrahumano, primitivo y todos los

demás epítetos semejantes, que han venido constituyendo los usuales tópicos con los que de antiguo venía designándose al hombre de la época o sociedad iletrada. Insiste también en que debemos fijar ahora nuestro interés y la completa atención en los siguientes problemas de fondo: historia y tradiciones de aquellas gentes, junto con el examen del juego de lógicas e inconsistentes razonamientos sin fundamentación, así como sobre todo el aparato de los signos culturales y sociales que en medio de su atraso se permitirían, en profunda investigación al respecto, en el comercio de los recursos y de las relaciones, transcendencias y posibilidades. Este es, para el autor, el noble núcleo que deberá constituir la inmediata tarea a realizar por cuantos hombres de ciencia, de una forma u otra, se ocupen de estas materias sociológicas y antropológicas.

Procede que formulemos breve resumen crítico del volumen de Gisbert: ha realizado, creemos, cuidadosa selección de temas, en el vasto temario que esta temática ofrece, delimitando bien los hechos y delineando claramente las instituciones coetáneas, con la debida precisión, no exenta de amenidad, discurriendo en torno a los principales y característicos modos de vida de aquellas gentes, en amplia, rica y general gama de prácticas, usos y costumbres de la comunidad, de la humanidad que en común se inserta en las descritas sociedades de iletrados, hombres para quienes, pese a ésta su lamentable condición negativa concerniente al analfabetismo, cabe el orgullo de que se destaquen, positivamente, las realizaciones y hechos de las actividades laborales, de los quehaceres de aquellas personas que supieron, incluso, penetrar en la sutileza de la distinción entre trabajo-arte, trabajo-recreo y trabajo-industria.—GERMÁN PRIETO ESCUDERO.

TEMAS DEL MARXISMO Y COMUNISMO

EMMANUEL MOUNIER: *Comunismo, anarquía, personalismo*. Editorial Zero. Bilbao, 1974; 208 págs.

Toda la vida intelectual de Emmanuel Mounier, por cierto desconsoladoramente breve, estuvo vinculada a la revista *Esprit*, por él fundada, en la que generosamente dio a la publicidad sus páginas más entrañables. No creemos exagerar lo más mínimo si afirmamos que sin *Esprit* no perduraría, con la intensidad que podemos advertir, el recuerdo de su persona y de su obra. No hace mucho tiempo, su propia esposa —compañera ejemplar también en el quehacer literario de Mounier— declaraba, entre otras muchas cosas, lo siguiente: «... Yo diría que la fundación de la revista fue algo esencial e inesencial. Esencial, porque Mounier, que en 1929 tenía veinticinco años, vivía la crisis fundamental que acosaba tanto a América como a Francia misma. Se trataba de la crisis económica de Wall Street, de incalculable repercusión económica mundial. Mounier veía esta crisis, considerándola no solamente económica, sino también social, espiritual y religiosa. En esta perspectiva la fundación de la revista tuvo algo de esencial, porque tras el análisis de esta crisis de civilización fue cuando Mounier trató de dar una respuesta». Por otra parte, en rigor, la fundación de *Esprit* entraña algo de inesencial, a saber: «¿Por qué fundar una revista? ¿Por qué preferirla a la enseñanza universitaria a la que como profesor agregado estaba Mounier destinado? Porque la crisis del momento le parecía tan grande, que hacían falta medios más importantes que la enseñanza. Buscaba junto con otros amigos influir en la élite intelectual francesa y extranjera, y para ello faltaba un medio de reflexión co-

mún: ¿por qué no hacer ellos mismos esa revista que faltaba?».

La revista, pues, sería como una llamada a la inquietud. Una denuncia, sincera y reflexiva, del desorden reinante en Francia, a la vez que debería servir de toque de alarma al mundo entero. Si hace falta una oposición —escribirá— por la que defender y salvar a la persona, nosotros nos contamos en esa oposición. Porque el *desorden* es un hecho, está ahí, en la sociedad, hecho que el marxismo comprueba. El desorden se da en toda sociedad establecida, también en la Iglesia. El catolicismo aparece ante el mundo, ante la mirada del obrero, como solidarizado con el poder. Aparece como una sociedad capitalista. En definitiva, conviene repetirlo una vez más, difícilmente podría ser comprendida la figura egregia de Mounier sin tener presente lo que significó *Esprit* en su vida. Todos sus esfuerzos girarán en torno a la revista. Todo lo sacrificará: la carrera universitaria, su dinero, su tiempo y su futuro, con tal de asegurar la publicación continuada de *Esprit*. En aquellas páginas, detrás de unas letras impresas, se buscará dar respuesta a la llamada angustiosa de los que sufren en la vida.

El año 1930 es decisivo para Mounier y para su obra intelectual. Una obra que, desde entonces, profundamente se resentiría de la crisis que el mundo sufrió por esas fechas: Mounier, efectivamente, no sólo percibía la amplitud de la crisis, sino que veía también cómo se cernía después de cuatro siglos de historia de Europa. Cuatro siglos en que, después de todo, desde el Renacimiento,

la civilización y las condiciones del hombre habían cambiado poco a poco esclerotizándose en el poder del dinero y del estricto individualismo. Entonces Mounier pretendió dos cosas: denunciar la crisis de civilización de que hablamos y que aún nos afecta hoy, siendo la fecha de 1930 el momento de sus primeras sacudidas —crisis que no es otra sino la de la civilización industrial—, y denunciarla siendo consciente de que no se trataba sólo de una crisis de civilización de la cual el hombre privado estaría a salvo, sino que *era una crisis del hombre mismo*. Esto se veía perfectamente claro en los años treinta, en que se imponían en Europa los fascismos de Hitler y Mussolini, aplastando, en esa crisis de civilización, los valores del hombre. Crisis del hombre, crisis de civilización: Mounier quería responder y proponer otros asideros.

A la vista de cuanto antecede es posible que alguien piense que Mounier fue un activista político. Nada más lejos de la realidad, puesto que, como infinidad de veces declaró, jamás pensó en entrar directamente en la vida política, tal como se entiende ésta, como partidos políticos. Por el contrario, desconfiaba de la estructura política de los partidos tal como funcionaban. Tenía gran deseo de comprometerse no en una forma de vida política estricta, sino en una acción política amplia, de denuncia social de injusticias y de todos los problemas sociales, en nombre de su concepción del hombre. Tendía, pues, a una acción en cierto sentido profética en cuanto debía hacerse, denunciando las falsedades y animando, por tanto, una especie de revolución, en sentido amplio, en el campo personal y en la sociedad misma.

Los propósitos de Mounier que acabamos de enunciar se cumplen al pie de la letra en las páginas de este libro, de profundo y sugestivo título, que ahora se nos ofrece. Abrigamos la creencia de que Co-

munismo, anarquía, personalismo es, sin duda, una de sus obras más representativas. No se trata, por supuesto, de una antología más o menos lograda de sus trabajos, sino, por el contrario, de tres ensayos que el propio Mounier había estructurado meses antes de su muerte. Resulta, pensamos, relativamente fácil extraer las líneas esenciales de su ideología socio-política.

Mounier se apresura a denunciar, en el estudio que consagra al anarquismo, lo que podríamos considerar como las «infidelidades» que los representantes del pueblo han cometido con el mismo: No le falta al pueblo, decía Proudhon, más que la palabra. Quienes han hablado por él han añadido muchas pretensiones escolares o políticas al pensamiento inexpressado que ellos tenían el deber de traducir: el pueblo no se hubiese, empero, reconocido en sus discursos, si estos traductores no hubiesen captado algunas de sus aspiraciones más profundas bajo un farrago de filosofía burguesa. Apenas nacidas, y nacidas parcialmente de él, estas doctrinas han vuelto de nuevo al pueblo por las vías menos racionales. Han vuelto, tras una corta carrera en el pensamiento discursivo, mezcladas con la carne de sus sufrimientos, de sus instintos, de sus esperanzas. Si pudiésemos penetrar, bajo la fe marxista, en el corazón mismo de las conciencias de esos millones de hombres oscuros a los que dicha fe anima, encontraríamos, sin duda, mucha fe, mucha más que en los más virulentos polemistas burgueses, y muy poco de marxismo, en el sentido de estas certezas y de estos errores propiamente diseñados, rigurosamente encadenados, que tienen por oficio pensadores, polemistas o teólogos.

Para Mounier la expresión «anarquía» necesita de ciertas matizaciones inequívocas, a saber: «anarquía» no debe generar confusión. A primera vista, nos atrevemos a subrayar, la palabra evoca

tres ideas radicales: individualismo, negación total y desorden. Contrariamente a la idea extendida, nos indica Mounier, el anarquismo obrero no es una exaltación del individuo. El anarquismo obrero, en cierto sentido, repugna incluso al individualismo.

Mounier, por otra parte, destaca lo que él considera como la extraña «condición» de los decantadores de la anarquía: Los polemistas de la anarquía son frecuentemente menos filósofos de lo que se pavonean, y hacen en todo caso muy mala filosofía. Y, sin embargo, al lado de algunos marxistas y de su seriedad científica, estos diablos de hombres son unos inspirados: los problemas morales y religiosos les fascinan, sus tesis les quemán, sus combates les consumen. Mientras que los socialdemócratas acaban su carrera parlamentaria con un gran entierro de masas, ellos escupen sus pulmones en las estaciones suizas o mueren solitarios al borde de los lagos lombardos. Moralistas son siempre, mucho más que doctrinarios, estos anarquistas: esto es lo que deja pasar frecuentemente en sus análisis tanta verdad humana a través de las elucubraciones ideológicas más extravagantes. Pero incluso cuando hacen crítica moral y política, la hacen como desafío, y gustan de celebrarla con relámpagos brotados de sus combates titanescos con el cielo.

Evidentemente, resulta obvio el indicarlo, Mounier profundiza en el análisis de las tres nociones filosóficas que el anarquismo defiende a ultranza, a saber: *la dignidad humana, la revolución y la emancipación*. La dignidad humana consiste —escribe Mounier— en que el sujeto, honrándose a sí mismo y antes que a otro, afirma entre sus iguales su acuerdo consigo mismo y su supremacía sobre todo el resto. La dignidad está muy por encima de la caridad, pues nosotros no somos libres de amar, pero sí lo somos siempre de respetar. Noción muy kantiana,

como se ve, que, finalmente, se identifica con el derecho y la justicia unilateralmente miradas. ¿Pero cuál es su contenido? ¿De qué le vale al hombre? La revolución es la sublevación del hombre contra lo Absoluto, contra la obediencia a los poderes: una especie de acto total, inexplicado, de afirmación y de iniciativa primera, y una salvación, en el sentido casi religioso del término. Pero a fin de cuentas, y desde el momento en que se reabsorbe en la inmanencia general de la naturaleza física, ¿cómo podría ser más que un bello gesto vano? La emancipación es otra de las finalidades esenciales de la vida del hombre, es decir, el camino a la suprema libertad.

Las tres notas que anteceden cristalizan en un mismo empeño: la igualdad económica. Las masas están animadas por la igualdad económica, no lo están por las querellas de los políticos. Hay allí una especie de sutura vital entre lo material y lo espiritual verdadero, por encima de los vanos fantasmas de los hombres. Por ello, las revoluciones son cortes menos netos, inversiones de la realidad social menos profundas de lo que se cree. Una revolución endereza la sociedad como un árbol joven: «En este enderezamiento debe constituir toda la innovación revolucionaria: no puede ser la cuestión el afectar a la sociedad misma, a la que debemos considerar como un ser superior, dotado de una vida propia, y que, por consiguiente, excluye por nuestra parte toda reconstrucción arbitraria.» El anarquismo es en este punto profundamente antiutopista. «No quiera Dios —dice Proudhon— que yo pretenda alguna vez haber inventado una idea.»

Otro de los temas que con toda soltura analiza Mounier —casi fue una de las principales constantes de toda su existencia— es el referente a la popularización de la revolución: Los revolucionarios, pues, no han de hacer la revolución

por decretos, sino provocarla en las masas. No centralizar, sino provocar, «meter el diablo en el cuerpo a las masas», decía Kropotkin, expresando en términos de acción violenta lo que otros han llamado en el terreno de las ideas y de las creencias método de inmanencia. Así hicieron los convencionales cuando la «Francia del Estado» estuvo perdida: enviaron a la «Francia del pueblo», incluso hasta a la misma aldea, y no a sus jefes, comisarios encargados de reanimar su llama «empujándola en la dirección de sus propios instintos». Sin esta especie de motín permanente del pueblo francés, que brama de 1788 a 1793, la revolución sólo hubiese sido burgueso-conservadora. Precisamente por este sesgo, pasaron los anarquistas a la táctica levantista.

Una vez más, también aquí, fueron asistemáticos. Para la formación de hombres, creyeron: demasiado alegremente que preparar «en los flancos de la Internacional» un embrión de sociedad futura bastaría para que la sociedad nueva y erécida derrumbara a la antigua debilitada en sus propias fuerzas: sorprendería por la espalda la debilidad y la inercia. En la acción, son responsables de una cierta mística de la agitación permanente que acoge tanto al reagrupamiento de los temores y de las fuerzas de resistencia como al mantenimiento en buena forma del movimiento de reivindicaciones populares. Pero todo no iba a considerarse perdido en lo que concierne a su mensaje.

El marxismo, cosa que no vamos a descubrir a estas alturas, constituyó una enorme preocupación para la mente de Mounier. El nos dijo algo realmente sugestivo: que la finalidad más destacada del marxismo de la época era, precisamente, la de luchar contra el idealismo: El marxismo forma parte de la gran corriente de reacción contra el idealismo y el subjetivismo que personalismos y

existencialismos han desarrollado —tal vez vez menos profundamente que él— en el análisis del *homo faber*, pero que han llevado en direcciones esenciales, abandonadas por él. Descripción aguda del *status social* y técnico del hombre, el marxismo es una filosofía grosera en las otras incidencias. En cuanto a la comprensión del mundo económico-social, de su desarrollo político, de las técnicas de acción, verdad es que en pocos puntos está «sobrepasado» y tiene aún mucho que decirnos. ¿Existen muchos marxistas, y especialmente comunistas que no objetarían si se diese otro aire filosófico a sus conclusiones prácticas, dado que éstas quedan intactas en lo esencial? Es difícil decirlo. Se ve claro en todo caso lo que les lleva actualmente a desconfiar de toda propuesta de «sobrepasar el marxismo» o de buscar el «más allá del comunismo», es que todas esas propuestas van, en general, a destruir el resorte mismo de una acción revolucionaria. El marxismo, por otra parte, no es para la inmensa mayoría de los militantes sino un revestimiento justificativo recibido por autoridad, incluso cuando trata de ser comprendido por la razón.

Mounier acaba afirmando que si el marxismo no es de fiar se debe, ante todo, a la facilísima «maleabilidad» de su ideología: Verdad es que se puede padecer este drama y estas dudas y ser a la vez adherente del partido comunista. Un acto político es una apuesta sobre el porvenir tanto o más que la adhesión a un dato. Basta con que se juzgue al comunismo maleable, y con que se cuente con él desde el interior para conducirlo por las vías deseadas. Es con esta voluntad, me imagino, con la que ciertos jóvenes se adhieren a él. No creo que sea ésta la única restricción mental posible de introducir bajo su carnet de adherente, hoy día en que la adhesión al partido está bastante ampliamente abierta. Otros ven allí una solución de espera, sea porque sienten —con la imposibilidad moral de no

insertarse en ninguna otra parte— el remordimiento de permanecer inactivos, sea porque vayan a buscar en el partido una fuerte escuela política y las virtudes del contacto popular esperando darles un uso, sea —en fin— que esperan allí una dislocación y reagrupación de fuerzas más a su gusto. Ninguno de estos modos de adhesión satisfaría —naturalmente— la intransigencia de un fanático, pero pueden ir parejos con una perfecta lealtad respecto a un partido vivo y en movimiento.

Dos reflexiones más de Mounier debemos de evocar antes de poner punto final al presente comentario: las condicionantes del imperio de la violencia y el trágico hechizo que implica el ejercicio del mando político.

Por cuanto al primer extremo concierne, Mounier nos dice que, efectivamente, las operaciones vigentes de la historia no se hacen más que con violencia, y la violencia lleva hacia ella a quienes aman la violencia por su fuerza de ruptura y a quienes la adoptan por las probabilidades que da a las pasiones. Sádicos, ambiciosos, demagogos y cortesanos son un cortejo sin grandeza en toda revolución. Una revolución es también una enfermedad. Pero no es la enfermedad la que responde de la enfermedad, son los desórdenes antecedentes del organismo. Los excesos de los revolucionarios les incumben en la medida en que se complacen en ellos, incumben también a todas esas conciencias tranquilas que injurian la revolución, cuyos caminos abren. No hay médico tan ridículo que niegue una operación vital porque ello entrañe sangre y sufrimientos.

Pero una revolución, por lúcida que sea sobre los auxiliares que la advengan, debe elegir sus horizontes. Sus jefes, sus intelectuales, tienen aquí una responsabilidad capital. O bien no toman en consideración más que los éxitos técnicos de la revolución, con una indiferencia total para la cualidad de los sentimientos y de

los procedimientos utilizados, lo mejor posible, con una especie de optimismo ingenuo sobre la virtud automática de los revolucionarios. O bien conocen el asombroso poder de aceleración del envilecimiento y se preocupan, tanto de ganar batallas como de mantener globalmente la cualidad de los hombres que las viven, lo que no debe temerse denominar moral revolucionaria, si la fórmula no se emplea para negar simplemente la moral tratando de afirmar el hecho más fuerte.

Mounier, por supuesto, no se olvida de la atracción que el poder supone para los hombres: Entre los gobernantes, como dice Alain, el poder vuelve loco. Es uno de los *leitmotiv* de la anarquía, en la dirección de los semiliberales y de todos los anarquistas; que no se dé al poder su entrada en el corazón; que siempre, fuere cual fuere su origen o su forma, tiende al despotismo. «Nada es más peligroso para el hombre que el hábito de mandar», de tener razón. Gobiernos, academias, los más avanzados pierden allí «esa energía incómoda y salvaje» que hace al hombre libre. «El instinto de mando, en su esencia primitiva, es un instinto carnívoro, completamente bestial y salvaje... Si hay un diablo en toda la historia humana, es este principio de mando. El solo ha producido todas las desventuras, todos los crímenes y todas las deshonras de la historia». Se agita en todo hombre: «El mejor, el más inteligente, el más desinteresado, el más generoso, el más puro se echará a perder infaliblemente y siempre ante este oficio. Dos sentimientos inherentes al poder no dejarán nunca de producir esta desmoralización: el desprecio de las masas populares, y la exageración del propio mérito». Los mejores, los puros, se engañarán a sí mismos pensando trabajar para el bien de aquellos a los que oprimen. ¿De dónde viene la depravación? De la ausencia continua de control y de oposición, situación la más

propia para trastornar la cabeza del menos pervertido de los hombres. El más liberal, si no monta la guardia, si no se fortalece en el elemento popular y no provoca en sí mismo la crítica y la oposición, cambiará bien pronto de naturaleza.

Mounier, en definitiva, sigue de actualidad. Alguien lo ha situado entre los «profetas de nuestro siglo». Este hombre, que entendió la vida como «compromiso», que dedicó su existencia a luchar incan-

sablemente contra los mitos del momento, sigue inspirando admiración y respeto.

Cristiano de izquierdas —ha escrito F. Blázquez—, por entendernos de alguna manera, se adelantó en muchos aspectos a la doctrina actual, a la revolución creada por el Concilio Vaticano II. Hombre honrado, humilde y sincero, místico y profeta, vivió la existencia cristiana sin ficciones ni temores, sin amaneramientos.—JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA.

HENRI LEFEBVRE: *Marx*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1974; 126 págs.

Henri Lefebvre, destacado profesor de la Universidad de París-Nanterre, es, sin duda, uno de los intérpretes más fieles del pensamiento de Marx. Prácticamente, cosa que a la vista de su densa obra intelectual puede afirmarse, ha dedicado los mejores años de su vida al estudio de las tesis de Marx. Consecuentemente, obvio es el indicarlo, son numerosos los libros dedicados al pensador de Tréveris y lo más sorprendente de este quehacer académico es que, en cada uno de ellos, se nos ofrecen aspectos radicalmente inéditos, conceptos que despejan una incógnita, afirmaciones que disipan una nube. No es exagerado el afirmar que, cara al futuro, el conocimiento auténtico del pensamiento de Marx tendrá que pasar inexorablemente a través del prisma interpretativo de la aportación científica del filósofo de París-Nanterre.

Las páginas que comentamos, en primera y remota edición, fueron dadas a conocer por *Presses Universitaires de France* y, en el estricto sentido de la palabra, constituyen una aportación de urgencia para el servicio de la cátedra. La vida y la obra de Marx se sintetizan, con claridad meridiana, con la importante misión de que el universitario que se acerque al libro obtenga, sin desplegar

mucho esfuerzo, un conocimiento adecuado de esta figura que, en verdad, ha revolucionado el pensamiento político y filosófico de nuestro tiempo.

Henri Lefebvre, como perfectamente saben quienes han acudido a los cursos por él dictados, se comporta siempre dentro de una línea de honda objetividad. Por eso mismo, como ya hemos insinuado, es considerado como uno de los hombres que mejor y más desapasionadamente han traducido el pensamiento de Marx. No son escasos los lugares de esta obra en los que, efectivamente, llevado de ese amor a la verdad científica, el autor reconoce los estrepitosos fallos del pensamiento marxista, y así, por ejemplo, jamás le ha perdonado a Marx el autor de estas páginas *que atacase apasionada y violentamente a quienes le estorbasen u obstaculizasen su camino ideológico*.

Luego de la exposición de los rasgos más acusados del periplo vital de el autor de *El Capital*, rasgos moderadamente trazados —Henri Lefebvre en absoluto recarga las tintas— aun a pesar de que ciertas vicisitudes humanadas padecidas por Marx generosamente se prestan a la desorbitación, el profesor de París-Nanterre profundiza en una cuestión medular, a saber: ¿Es Marx, en el más grave

y comprometido sentido de la palabra, un filósofo? ¿Hay contenida y expresada en las obras de Marx, o implícita en las mismas, una filosofía propiamente dicha? La vacilación ante el signo interrogativo está, en la ocasión que nos ocupa, perfectamente justificado, puesto que, ya lo subraya el propio Henri Lefebvre, surge la duda de si la construcción filosófica y la concepción o visión filosófica del mundo difundidas con las denominaciones corrientes de «marxismo» o «materialismo dialéctico» ¿no habrán sido en parte o en su totalidad elaboraciones ulteriores, imputadas a Marx y basadas en discutibles interpretaciones de sus textos llamados filosóficos?

Para el autor de este libro es evidente que, quíerese o no, dentro del ámbito ideológico de la obra toda de Marx se destacan enhiestos conceptos y posiciones sustancialmente filosóficas, pero, ciertamente, esos conceptos y posiciones llegan hasta nosotros —inevitablemente— a través de lo que se ha llamado — y se sigue denominando— «marxismo». Consecuentemente, conclusión a la que llega Henri Lefebvre no sin cierta desilusión, pero con plena honestidad, *el pensamiento de Marx es imposible separarlo de su historia, de su devenir, de su eficacia práctica*. Nos guste o no, lo cierto es que la obra de Marx nos llega a través de eso que se llama el «marxismo», hecho que quita ya de por sí valor a más de una «marxología» que, no teniéndolo en cuenta, cree volver directamente a las fuentes y agrupa los textos, de buena fe y con toda ingenuidad, según intenciones de sobra conocidas y muy criticables. La gran verdad, la verdad innegable, es que, efectivamente, *la teoría de Marx ha sido más influyente que cualquier otra doctrina filosófica, incluidas las más grandes— las de Aristóteles o las de Descartes, por ejemplo—*. Dado lo extenso de su influencia, podría comparársela con una religión más que con una filosofía.

Desfigurada, transformada de mil modos, se ha introducido en toda la vida de nuestra época. *Ha entrado muy adentro tanto en la práctica política como en la cultura*. Ha originado corrientes de opinión y de pensamiento mucho más diversas de lo que generalmente se supone. Por otra parte, circunstancia por la que siempre el movimiento marxista nos ha sorprendido, la verdad es que *el marxismo no se aísla ni de las otras corrientes del pensamiento ni de una situación mundial de la cultura, de la teoría y de la realidad humana*.

Ante las diferentes posturas que en nuestros días se adoptan para interpretar y valorar adecuadamente el pensamiento de Marx —no faltan autores que descubren al *Marx joven* y lo contraponen al *Marx viejo*— no vacila en señalar el autor de estas páginas que sólo existe un camino para entender con absoluta pureza su pensamiento: «Yo creo —nos dice— que conviene leer a Marx volviendo a meter cada una de sus obras en el movimiento del conjunto, en ese movimiento constitutivo de su pensamiento, que se afirma pensamiento en acción y pensamiento de la acción y se va desarrollando en un incesante plantear problemas, descubriendo sus contradicciones y sacándoles soluciones ellas mismas contradictorias y que impulsan hacia nuevos planteamientos, es decir, que funciona *dialécticamente*».

A la altura de nuestra época y, a la vista del ingente caudal bibliográfico existente, podemos afirmar que al marxismo se le puede discutir todo menos una cosa: su originalidad. El pensamiento dialéctico marxista, se nos viene a decir en las páginas de este libro, es profundamente original con respecto a sus antecedentes, y en particular respecto a Hegel. No se contenta con extraer del hegelismo un «núcleo racional», sin transformarlo. La dialéctica hegeliana, a pesar de las mil ambigüedades del pensamiento del filó-

sofo, podía interpretarse como una justificación de la realidad existente, del Estado, de la religión, de la sociedad; aunque Hegel haya insistido en el devenir y en el dinamismo de la penetración de lo racional en lo real, su pensamiento se sistematizaba afirmando la identidad de lo real y lo racional. El pensamiento dialéctico marxista quiere ser, con la *praxis*, en la *praxis*, crítico y transformador de lo existente. *Nunca se acaba, ni se cierra: ve siempre, en lo real, el posible objetivo que puede actualizarse, realizarse.*

Para Henri Lefebvre es llegada la hora de invertir los términos, es decir, no interpretar el contenido ideológico del marxismo desde la filosofía habitual o común para hallar lo que de filosófico palpita en el pensamiento de Marx, sino, por el contrario, interpretar la «filosofía tradicional» desde el ámbito radicalmente marxista. Esto es precisamente lo que el autor verifica en la parte central de su libro y lo que, en rigor, le permite afirmar que por «filosofía tradicional» la crítica marxista entiende el pensamiento especulativo, el esfuerzo por comprender el mundo reduciendo al mínimo el estudio del hombre empírico, de la *praxis*, con lo que se determina la dirección, el «sentido» de la actividad humana. Tal filosofía no sólo no explica nada, sino que ella misma es explicada por el materialismo histórico.

La filosofía — señala el profesor de París-Nanterre—, en cuanto fruto de la actitud contemplativa y especulativa del filósofo, tiende a aceptar y a justificar el estado de cosas existentes: no cambia el mundo, sino que sólo lo interpreta. *La actitud del filósofo, consecuencia lejana de la división del trabajo y de la escisión entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, no es más que una actividad truncada, parcial, mutilada.* A título de actividad «pura» y de puramente contemplativa, la filosofía no puede pretender ser ella la actividad suprema y total, que

cubre toda la extensión de la *praxis*. Los resultados de esta actividad contemplativa no tienen en cuenta los hechos empíricos (materialmente) comprobados. No sólo no hay tal cosa como el absoluto o las verdades eternas o un más allá espiritual, sino que toda representación de un absoluto se manifiesta históricamente como un velo encubridor de la realidad y como una máscara que disimula la dominación de una clase universalizándola en lo abstracto.

Henri Lefebvre llega, pues, a la conclusión —conclusión que igualmente es sostenida por otros autores (citemos a Roger Garaudy)— de que, ciertamente, *el marxismo es una filosofía crítica.* ¿Qué se quiere decir con esto...? La respuesta no la ofrece el autor que acabamos de citar —respuesta que, a buen seguro, no suscitará el enojo del autor de este libro—: El marxismo, *filosofía crítica*, no es, a ningún grado, un positivismo o un cientifismo, que se quedan en el plano descriptivo del hecho; el marxismo expresa, desde su arranque, en la línea fundamental de toda filosofía crítica, la exigencia de *fundamentar* el conocimiento y los valores. Y asume la tarea de destruir no solamente en pensamiento, sino prácticamente en la realidad, las formas de alienación que enmascaran el fundamento real y primero de toda verdad y de todo valor: la dialéctica efectiva de la naturaleza y de la historia.

Hoy, en efecto, no cabe desconocer —algo de esto insinuábamos al comienzo— la capital importancia que el marxismo entraña como movimiento filosófico. Importancia que, en todo caso, no debe ser exagerada —es criticable, por este tenor, una página no ha mucho tiempo escrita por Roger Garaudy: «Al nivel de las relaciones del hombre con su propio porvenir, Marx —afirma el sutil pensador francés— descubrió los principios de una crítica filosófica que es no solamente un rebasamiento de la gran crítica de

Kant, fundadora de la filosofía moderna, sino una concepción del mundo y un método que polariza hoy las esperanzas o las iras de todos en este final del siglo XX.

¿Cómo se explica que el marxismo no haya tenido el destino de ninguna otra filosofía? ¿Cómo ha podido llegar a ser la levadura de todas las fermentaciones humanas, a escala del planeta entero? ¿Cómo ha podido llegar a ser, para centenas de millones de hombres, la conciencia activa de nuestro siglo? ¿Qué pensamiento ha encendido, a mediados del siglo pasado, esta llama que no ha cesado de crecer? ¿Cuál es, pues, el descubrimiento de este Karl Marx que sigue siendo, casi un siglo después de su muerte, el caudillo viviente de todas las revoluciones del mundo, de todos aquellos que prosiguen el milenario proyecto de Prometeo?

Todo eso se explica, primeramente, por el hecho de que la verdadera revolución "copernicana" en filosofía ha sido llevada a cabo por Marx más aun que por Kant: al poner en el centro de todas las cosas al hombre con su trabajo y sus combates —y no solamente al "sujeto" abstracto de Kant—, al hacer bajar la filosofía a la tierra para hacer de ella un momento de ese trabajo y de ese combate de los hombres, Marx fundó un verdadero humanismo militante, una metodología eficaz de la iniciativa histórica.

Quebrando los límites de la realidad, la generalidad de los intelectuales marxistas —los que de verdad resisten el análisis y merecen la calificación de «intelectuales»— entienden que Marx —considerado filosóficamente— se remonta, más allá de la apariencia de las cosas, a las relaciones humanas que las sustentan. Más allá de una historia que sólo

brinda a la economía positivista unas consecuencias empíricas, Marx va a descubrir, con las leyes internas del desarrollo, un *sentido*. No un *sentido* que gobierne todo el despliegue de la historia independientemente de los hombres que la hacen, sino un *sentido* que se desprende, *teóricamente*, en cada momento de la historia, de las contradicciones internas de la realidad y de la perspectiva *posible* del rebasamiento de las mismas —un *sentido* que sólo puede realizarse *prácticamente* si unos hombres, conscientes de sus posibilidades, trabajan y luchan para actualizarlas—.

Reconoce el profesor Henri Lefebvre que, en ciertos casos, la filosofía marxista se muestra esencialmente utópica. Esto, sin embargo, no es radicalmente condenable, puesto que, a la postre, en todas las manifestaciones o tendencias filosóficas siempre hay algo de irrealizable. ¿No ha contenido toda filosofía una imagen del hombre y del mundo, un proyecto respecto al hombre, utópico pero trazado a partir de elementos reales, y también una interpretación del mundo? Pretendía ser universal y total, tanto por la totalización del saber como totalizando la vida de los individuos y de la sociedad. Ahora bien, esa totalidad se ha revelado siempre incompleta, unilateral, imposible de realizar. Y, no obstante, contenía algo de real y de posible...

Acéptese, pues —demanda el profesor Henri Lefebvre en su libro—, que Marx ha sido el primer pensador que ha hecho especial hincapié en que se reconozca, pese a quien pese, que la historia de la filosofía, lo mismo que la de la religión o la del Estado, se hallan estrechamente relacionadas con el desarrollo del ser humano a través de sus esfuerzos, sus trabajos y sus luchas.—J. M. N. DE C.

BALDOMERO ORTONEDA: *Principios fundamentales del marxismo-leninismo*. Editorial Católica. México-Madrid, 1974; 738 págs.

Fuera de España existe una gran cantidad de obras sobre el marxismo-leninismo, pocas veces accesibles al interesado español. También es cierto que son pocos los españoles que conocen a fondo este problema, hecho realidad desde hace más de un siglo como doctrina; su presencia en el siglo XX como sistema político y social resulta ser amenazante por su agresividad una vez abierta otra vez encubierta, y a pesar de ello, este fenómeno no se tiene en cuenta como se debería; en España no existe ni un solo centro oficial encargado de estudiarlo a fondo, al ejemplo de otros países. Las nuevas tendencias de entrar en contacto con las potencias bajo comunismo requieren conocimientos exactos del marxismo-leninismo en todas sus manifestaciones.

Comentamos una obra que debería existir por lo menos desde hace treinta años; obra en español, fruto de un español, única de este género, hay que admitirlo. El autor recoge el hecho histórico del marxismo-leninismo y la directriz ideológica de su base más fundamental: 1. El marxismo-leninismo como tal. 2. En la U. R. S. S. 3. En la China continental. 4. En otros países. 5. El revisionismo. 6. Coexistencia o revolución. Tras un breve estudio introductorio se insertan textos de confrontación que son de gran utilidad teórica y práctica. La estructura de la obra: I. Realidades de hoy. II. Los tres principios o leyes fundamentales, de la parte «Introducción». La primera par-

te: Unidad y lucha de contrarios (primera ley: sus generalidades, contrarios externos e internos, contradicciones dialécticas, materia, tiempo, conciencia, automovimiento...). Transición de cantidad a calidad y viceversa (segunda ley: sus aspectos generales, cambio, movimiento y desarrollo cualitativo y cuantitativo, el salto dialéctico, etc...). Negación de la negación (tercera ley: negación dialéctica, desarrollo progresivo, descripción de las tres leyes, su inmutabilidad y unidad).

En la segunda parte ofrece el autor estudios sistematizados sobre las tres leyes en biología, física, química, filosofía, geología, matemáticas, para terminar con la síntesis temática, el juicio científico, diversificación y preferencias.

Especial relieve adquiere la afirmación del autor, según la cual «en función de los múltiples errores científicos, dialécticos y filosóficos que se detectan en las tres leyes o principios más fundamentales de la teoría marxista-leninista, se comprueba su ineptitud básica para resolver con equilibrio humano los grandes problemas del mundo de hoy». En efecto, el marxismo-leninismo no puede ser compartido ni científica ni racionalmente... por quienes tengan un sincero interés en penetrar en su propia naturaleza.

La presente obra cumple plenamente su función de un instrumento de orientación analítica, así como de un documento de valor excepcional, por tratarse de textos originales rusos.—S. GLEJURA.

PETER PULTE (Prep.): *Die Neue Linke*. Walter de Gruyter. Berlín-New York, 1973; 211 páginas.

La diversificación política e ideológica de los izquierdistas en el mundo de hoy ha adquirido proporciones hasta ridículas;

sólo en la República Federal existen actualmente unas quinientas organizaciones que forman parte de la llamada *nueva*

izquierda. Engloban a comunistas ortodoxos, luego a trotskistas, maoístas y anárquicos. Con frecuencia pasa que es muy difícil establecer líneas divisorias entre grupos principales y subgrupos entre sí; el denominador común parece reducirse a lo que es: izquierda, puesto que sus programas e interpretaciones son, en un principio, iguales o similares. Por la misma razón es problemático proceder a una clasificación.

La aparición de la «Nueva Izquierda» radica en los años sesenta, especialmente a partir de 1968. La presente colección documental recoge lo sustancial de los programas, puntos de vista o declaraciones de los siguientes grupos: 1. Programa de Acción de la Juventud socialista obrera alemana, de mayo de 1968. 2. Programa de base de la Unión alemana de paz, de octubre de 1968. 3. Programa de la Acción del progreso democrático, de diciembre de 1968. 4. Fracción Ejército rojo: el concepto de la guerrilla urbana. 5. Declaración de principios del partido comunista alemán, de abril de 1969. 6. Resolución final del Congreso denominado «Co-decisión en ciencia y formación para democracia y progreso», de diciembre de 1970. 7. Declaración de base de la organización estudiantil marxista Spartakus, de mayo de 1971. 8. Declaración de principios de la Juventud socialista de Alemania, de mayo de 1971. 9. Declaración de la Asociación de los perseguidos por el régimen nazi. Unión de antifascistas,

de 1971. 10. Resolución final de la Unión internacional de la Juventud, de julio de 1971. 11. Declaración programática del partido comunista de Alemania, de julio de 1971. 12. Declaración de base de la Unión marxista de alumnos, de 1971. 13. Resolución programática y Programa de Acción de la Unión de las asociaciones alemanas de estudiantes, de mayo de 1972. 14. Declaración del Buró central del partido comunista de Alemania (marxista-leninista) y de la Oficina federal de la Asociación comunista de la juventud de Alemania, de septiembre de 1972. 15. Declaración de base de la Unión socialdemócrata de enseñanza superior, de noviembre de 1972. 16. Programa de la Unión de trabajadores socialistas, de mayo de 1973.

En un principio, todos esos grupos rechazan categóricamente el orden social vigente, al que localizan con el nombre de capitalismo; en algunos casos, los programas adoptados persiguen fines concretos, en otros, sobre todo en diferentes declaraciones, las ideas resultan ser un tanto confusas e imprecisas; desde el punto de vista práctico, en varias ocasiones se reclama la necesidad de colaboración entre «todos los demócratas», *slogan* que siempre precede acciones en vista de la conquista del poder, *slogan* que practicado por el Kremlin llevó a los comunistas al poder en los países del Centro y del Este europeo entre 1944-45 y 1948.—S. G.

TEMAS HISPANOAMERICANOS

ANÍBAL PINTO (y varios autores más): *Chile, hoy*. Siglo XXI, Editores, S. A. México, 1973; 407 págs.

Desde los acontecimientos de septiembre de 1973 que desembocaron en la trágica desaparición del presidente Allende,

la nación chilena se ha mantenido casi en permanente centro de la actualidad internacional. Conviene, por lo tanto, para

evitar posibles equívocos, el subrayar que estas páginas —de título enormemente sugestivo— fueron escritas en el año 1970 y con una finalidad rigurosamente concreta: desvelar la estabilidad económica del inestable país hispanoamericano. El trabajo fue realizado por un grupo de expertos en cuestiones socio-económicas y socio-políticas pertenecientes al Centro de Estudios Socio-Económicos de la Universidad de Chile. Se trata, pues, de un trabajo serio, preciso y auténtico, sin otra finalidad que la estrictamente informativa sobre la realidad económica de la nación chilena al comienzo de la década de los años setenta.

Sin pretender trazar la historia económica del pueblo chileno, cosa imposible dada la estructura editorial del presente volumen, los autores han considerado oportuno el verificar toda una serie de análisis en torno de algunas de las circunstancias o acontecimientos socio-políticos internacionales que, cosa rara de explicar, suscitaron en el área geográfica chilena un formidable impacto. Así, no debe sorprendernos, el que se nos hable, por ejemplo, del rudo golpe que para Chile supuso la «gran depresión». Justamente, la «gran depresión», como se sabe, golpeó con más fuerza a Chile que a cualquier otra economía exportadora en el mundo. Esto tiene que mirarse contra el telón de aquellas contradicciones agudas que caracterizan el mundo de las relaciones económicas. Chile ha sido, desde siempre, un país abocado a la revolución y, efectivamente, buena prueba de la veracidad de esta afirmación la constituye el hecho de que, en todo momento, ha existido una clase social dispuesta a prender la mecha del estallido revolucionario y ha sido y es, en suerte o en desgracia, el lugar geográfico elegido preferentemente por los líderes marxistas de los pueblos de allende los mares para establecer sus posiciones ideológicas más avanzadas. Desde la perspectiva esencialmente eco-

nómica, se nos dice en este libro, Chile parece ser el país de la inflación.

Chile, hasta el momento presente, no ha tenido un líder político que fuese capaz de reorganizar la maltrecha economía y no, precisamente, por falta de buena voluntad o conocimientos adecuados. Lo que ha ocurrido es esto sencillamente: Chile es un pueblo con prisa... Consecuentemente, afirman los autores que han colaborado en estas páginas, dado el nivel y parquedad del desarrollo chileno no es posible al mismo tiempo y en uno período relativamente corto resolver los problemas básicos de la masa preterida y permitir (o promover) la asignación de los recursos disponibles conforme al patrón de gastos y aspiraciones de los grupos altos y medios.

En otras palabras, el intento de reproducir los módulos de consumo característicos de las sociedades «opulentas», aparte de sus limitaciones intrínsecas, parece incompatible con todo propósito de modificar las condicionantes básicas de la «pobreza estructural» de las mayorías urbanas y rurales.

La experiencia ha demostrado que regímenes «populistas» o «progresistas» con alguna holgura financiera pueden extender ciertos beneficios sociales a la población «marginada» o a parte de ella (vivienda, educación, asistencia médica etcétera). Sin embargo, también ella demuestra (y esto vale para casi todos los países hispanoamericanos) que esos esfuerzos no logran alterar sensiblemente las situaciones relativas al empleo regular, a los flagrantes desniveles de productividad, al acceso efectivo a las oportunidades de movilidad y ascenso, etc.

Dentro del riguroso análisis verificado por los autores de estas páginas, existe un factor que exige máxima atención, a saber: la dependencia tecnológica de Chile. En realidad, pensamos, esa dependencia no es algo que únicamente limite la economía chilena, sino, por el contrario, es fe-

nómeno natural a cualesquiera país hispanoamericano. El gran desarrollo tecnológico que vive la economía norteamericana obedece a la preocupación e intensificación de las grandes empresas monopolísticas por innovaciones que posibiliten acrecentar sus ganancias. En tal sentido se montan en el interior de las Empresas verdaderos centros de investigación que muestran el carácter cada vez más privado de la innovación y utilización de la tecnología. El monopolio de la tecnología se convierte así en una evidente realidad cuya comprensión es vital para entender la dependencia tecnológica de nuestro país. Para la gran empresa multinacional que opera en nuestra economía, su tecnología constituye un activo vital que debe ser cuidado con todo esmero. En tal sentido, la Empresa multinacional no arrienda aquella tecnología que va a la vanguardia en determinados sectores y sólo es transferida a sus subsidiarias. Su reticencia se fundamenta en el argumento de que el otorgamiento de licencias a Empresas no afiliadas significa entregarla a competidores teniendo presente la posibilidad de que la corporación decida entrar directamente en el mercado. Así, en Chile, se monta el sector petroquímico, que siendo justamente un sector tecnológico de vanguardia no podrá haberse desarrollado dentro de los marcos actuales sin la presencia del capital extranjero, de tal manera que el capital extranjero aparece en dicho sector con una subsidiaria controlada por una Empresa multinacional. Para aquella tecnología más tradicional se ha hecho común, en la última década, el arriendo de patentes por uso de marcas comerciales, de procesos, productos, etcétera.

Chile, naturalmente, tiene otros problemas tanto o más importantes que los que quedan en líneas precedentes señalados, por ejemplo, la radical variedad de sus clases sociales entre las que destaca el obrero industrial, es decir, el especialis-

ta que la sociedad tecnológica impone. De todas formas, siguiendo el criterio de los autores de estas páginas, Chile se ha encontrado, en muy poco tiempo, con la inmutable presencia de una clase social que tradicionalmente revestía muy poca importancia: la clase campesina. Quizá, en efecto, el hecho de mayor significación en los últimos años en Chile lo constituye lo que en jerga política se denomina «el despertar de la conciencia campesina». Son innegables las repercusiones que este hecho ha tenido y la necesidad de los partidos de incorporar el planteo del tema en un sitio de preferencia. Sin embargo, temores o esperanzas oscurecen a menudo la cara real del proceso. Un estudio reciente nos da pie para señalar algunos temas controvertidos.

Uno de los problemas en discusión es el del carácter que asume la conciencia campesina. Una de las hipótesis más soportadas para explicar el carácter de la conciencia campesina es aludir a la permanencia de un «paternalismo» en la relación entre patronos y campesinos. Con cierto optimismo, se nos indica en este libro, se supone que a medida que pasa el tiempo la conciencia campesina en el sector reformado se asemejará cada vez más a la de los pequeños propietarios, aun si por razones de eficiencia se crean organizaciones de cooperación, cuyo papel sería poner una institución comunitaria al servicio de los intereses de los individuos.

Por otra parte, adentrándose profundamente en el campo de las ideologías políticas, se dedica un extenso apartado al análisis de la especialísima significación que implica el llamado Frente Popular que, efectivamente, tan sugestiva influencia juega en el campo de la acción política chilena. Desde el punto de vista ideológico, la heterogeneidad del grupo obrero y la permanencia de la ideología del Frente Popular hace que se diluya al nivel del planteamiento político el punto de

vista de clase del proletariado. Este punto de vista exclusivo es reemplazado por los intereses de «la sociedad en su totalidad». Pero como estos intereses generales no existen concretamente, se sacrifican los verdaderos intereses del conjunto de la clase obrera a la defensa de los intereses inmediatos de algunos grupos. Esta política a menudo se denomina asimismo como «política realista», reservando el calificativo de «utópicas» a las que pretenden oponer la defensa y exclusividad de los intereses de la clase obrera en su conjunto.

Otra de las situaciones que Chile tiene que afrontar con especialísima entereza es la reforma agraria. Una reforma que tendrá que ser continuamente cuidada puesto que, en efecto, el campesino chileno no tiene ninguna confianza en cuanto se haga al respecto: los campesinos han vivido por muchos años y por muchas generaciones en un sistema que no presentaba otra salida que abandonar el sistema. La única alternativa para el campesino que quería progresar era la emigración. Y, de hecho, los más dinámicos emigraban a las ciudades puesto que dentro del propio sistema carecían de la más mínima posibilidad de mejoramiento. Sumada a la falta de organización, se comprende esa falta de confianza en sí mismos y en sus posibilidades.

Evidentemente, innecesario es exponer especial argumentación para demostrar la veracidad de esta tesis, Chile tropieza igualmente con un gravísimo problema: el movimiento estudiantil. En términos generales —subrayan los autores de este libro—, debemos reconocer que la Universidad hispanoamericana, al menos en la mayor parte de los países de la región, esta pasando por una etapa de crisis, reformas y reajustes que, en muchos casos involucran violentos conflictos. ¿Qué es preciso para atenuar esta extraña situa-

ción...? Desde una cierta perspectiva el proceso de reforma en la Universidad de Chile puede ser interpretado como una manifestación o, tal vez mejor, como formando parte del proceso más general de modernización de la sociedad. Las características de este proceso de modernización de la sociedad chilena impulsan pero también limitan y orientan a la reforma universitaria.

Pensamos, se nos dice a modo de conclusión, que en el caso chileno el movimiento universitario —y no exclusivamente el estudiantil— pasa por los partidos políticos. Escrito, como hemos indicado, en los primeros meses del año 1970 diríase, cuando menos ésta es nuestra opinión, que en los primeros meses de 1974 las páginas de este libro conservan toda su vigencia. Parece, en efecto, que es muy poco lo que se ha avanzado y muchos, por el contrario, los problemas que se han acumulado. Chile está —permanece— en la encrucijada.

Como perfectamente ha dicho un comentarista, efectivamente, cuatro meses después del golpe —hace referencia a la caída de Allende—, Chile sigue presentando un enjambre de problemas a los que ni podemos responder ni casi plantear. Los esfuerzos que hemos realizado para descubrir, a través de informaciones generalmente poco fiables, la verdad histórica «exprimida» de este proceso allendista que ha sorprendido al mundo, nos dejan con la sensación de haber tocado el umbral del problema y nada más. Mientras algunos opinan que la cuestión se plantea en términos casi exclusivamente ideológicos y en virtud de esta impostación los hechos se resumen fácilmente como una derrota del socialismo (pacífico o violento) y una victoria del imperialismo capitalista de los norteamericanos y las multinacionales... Chile, insistimos, permanece en la encrucijada.—J. M. N. DE C.

JOSÉ THOMAZ NABUCO: *Política demográfica para o Brasil*. Edições da Revista Brasileira de Estudos Políticos. Belo Horizonte, Brasil, 1973; 156 págs.

El descenso de nacimientos en los países adelantados como en los Estados Unidos es evidente. Con ello el envejecimiento de sus habitantes se hace palpable y la calidad del elemento humano en la configuración del Estado se deteriora. Esto puede ocurrir también al Brasil si no se sientan las bases de una clara y progresiva política demográfica, pues su amplio territorio permite un crecimiento adecuado de su población.

Desde Grecia y Roma en la antigüedad, numerosos autores se han venido preocupando por fijar el número de habitantes que conviene más a un Estado. En la actualidad no son escasos los argumentos en favor de un equilibrio entre población y desarrollo económico. Pensemos, así, en las obras de Simon Kuznets, Goran Ohlin, Ragnar Nurkse y Higgins. Aplicando tales argumentos al Brasil se observará que junto con el crecimiento del mercado es preciso un aumento de la densidad de la población, que lejos de ser un obstáculo al desarrollo, facilite el progreso. La densidad reduce extraordinariamente todos los costos. Los transportes se realizan entre distancias más cortas. Las calles alcanzan un más alto coeficiente de utilización y se aprovechan mejor las obras públicas. La Administración se vuelve también más simple y menos derrochadora del gasto público y el rendimiento de las escuelas y de los hospitales crece extraordinariamente. Todo esto se confirma en la práctica. Así, Holanda, que tiene una densidad de población altísima, tiene también las mejores instalaciones residenciales del mundo, instalaciones muy superiores, a las de Francia, a pesar de la riqueza del territorio francés y las dificultades con las que los holandeses arrancan al mar parte del territorio donde viven.

Brasil tiene que contrarrestar las cam-

pañías anti-natalistas que intentan imponerle potencias extranjeras e incluso organismos internacionales. Las tesis utilizadas son erróneas, cuando no van exclusivamente en provecho de los países ricos. En efecto, es verdad que la caída de la natalidad es una consecuencia del desarrollo, pero no existe nada que pruebe que lo contrario sea también verdad: que una reducción de la natalidad produzca desarrollo. Por el contrario, sabemos que la revolución industrial comenzó cuando la natalidad era muy alta y nunca observamos un país con reducción de la natalidad cuando comenzó a desarrollarse. Esto se observa, igualmente, en la actual Hispanoamérica. Utilizando datos contenidos en el *Anuario Estadístico de las Naciones Unidas* de 1965 se comprueba que con un crecimiento demográfico en Argentina de 1,6 por 100 anual se logró un aumento en su producto nacional de sólo 13,6 por 100; en Chile, con 2,5 por 100, un aumento de sólo 8,5 por 100, y Uruguay, con un aumento demográfico de 1,4 por 100 experimentó una caída, no un ascenso sino un descenso, del producto nacional bruto en 9,6 por 100. Por el contrario Méjico, con un crecimiento de la natalidad de 3,2 por 100 tuvo un aumento en su producción de 50 por 100, Venezuela con 3,4 uno de 49,5 por 100, Perú con 3 por 100 uno de 45 por 100 y Brasil con 3,1 por 100 uno de 36,1 por 100.

«De los análisis históricos y comparativos se desprende —concluye Nabuco— que la política demográfica del Brasil debe ser de firme progreso, dentro de los principios morales de la cultura cristiana y católica y de la libertad de cada uno, sin presiones o propagandas extranjeras que puedan influir en las decisiones tomadas. En cuanto a su orientación geográfica es adecuada la constante marcha para el.

Oeste, ambiciosa en su afán de dominar la selva, trazar carreteras, construir Brasilia. Nuestra marcha no es muy diferente de aquella de los Estados Unidos en su búsqueda del Pacífico. Y del mismo modo que ellos poblaron rápidamente el Oeste, pasando de cinco millones de habitantes en 1800 a setenta y cinco en 1900, así también debemos procurar realizar nuestro destino lo más rápido posible.»

Contra la mayoría de las conclusiones surgidas de los organismos internacionales económicos el autor pide una política demográfica para el Brasil basada, entre otros, en los siguientes postulados: 1) Declarar con nitidez la orientación demográfica a seguir. 2) Cuidar de la salud del pueblo atacando todas las enfermedades que debilitan y reducen su fertilidad. Esto se hará de acuerdo con los verdaderos principios cristianos, comenzando por los más necesitados, o sea, por el valle amazónico y no por aquellos débiles que viven en nuestras ciudades por encontrar desagradable su presencia acusadora. 3) Retrazar el proceso de urbanización ofreciendo ventajas a las industrias que se distancien de las demás. 4) Mejorar los medios de transporte, facilitando residencias en lugares más alejados y con mejores habitaciones. 5) Acelerar la deducción en el impuesto sobre la renta por susten-

to de los hijos, haciendo que en verdad se corresponda tal deducción con el costo del sustento hasta los quince años y según el nivel social al cual pertenece la familia. 6) Asegurar la educación gratuita hasta los quince años para los hijos de las personas cuya renta anual esté por debajo del nivel alcanzado para el pago del impuesto sobre la renta. 7) Vigorizar la legislación vigente contra el aborto y la propaganda de los productos anticonceptivos. 8) Difundir las casas de expositos. 9) Rechazar cualquier ayuda extranjera para restricción de la natalidad, incluso aquella ofrecida por la UNESCO, por la USAID, por fundaciones y cualesquiera otras organizaciones. 10) Promover la propaganda inversa mostrando el peligro del envejecimiento racial, especialmente en los países cercanos que lo estén ya sufriendo. 11) Ofrecer ventajas a los que deseen trasladarse de la ciudad al campo o dirigirse al interior del país. 12) Estimular la inmigración. 13) Distribuir tierras a los que quieran cultivarlas. 14) Abrir, por quince años, el cabotaje de géneros alimenticios por navíos extranjeros. 15) Demás medidas que cooperen al desarrollo de la densidad de la población y restrinjan campañas restrictivas de la natalidad.—A. E. G. D.-LL.

MICHAEL J. FRANCIS: *The Allende Victory: An Analysis of the 1970 Chilean Presidential Election*. The University of Arizona Press. Tucson, Arizona, 1973; 76 págs.

La victoria de un candidato promarxista en las elecciones presidenciales de Chile, en 1970, despertó un gran interés por el futuro del país entre especialistas y masas populares de Iberoamérica. En realidad, es prematuro dignosticar si el hecho es un fenómeno común a todos los países del subcontinente, o es una situación particular de Chile, país que siempre defen-

día la democracia formal. Allende fue demasiado lejos con su política promarxista y esta tendencia le cortó el camino hacia el establecimiento de la dictadura marxista al ejemplo de Fidel Castro en Cuba. Además, Allende estuvo rodeado de regímenes no marxistas, por lo cual no pudo contar con el apoyo necesario y en tales casos indispensables desde el exterior.

El autor tuvo la ocasión de seguir de cerca el período de la campaña preelectoral y de las elecciones mismas; Chile se encontraría entonces en muy buenas condiciones de «ingerir» los elementos de la democracia formal. La Administración Frei es tratada previamente, igual que la función del Ejército y la contradicción entre la Constitución y la Política; complementariamente figuran los polos representados por la información y propaganda, la violencia y política. Resulta que, a pesar de todo, las instituciones políticas desempeñaron un elemento un tanto neutralizador de los pasos que Allende emprendió, paulatinamente, con el fin de implantar el marxismo. En este caso habrá pruebas de que el fenómeno chileno constituye una pieza de la actual mentalidad iberoamericana.

Seguramente el autor tendrá sus propias ideas sobre el caso chileno personificado por un promarxista, no obstante, para justificarlas se apoya en algunos comentarios de la prensa norteamericana; resultado: el Presidente Frei introdujo varias reformas de gran importancia positiva, aunque pecaría de una orientación excesivamente ideológica, procedente de

la tendencia cristiano-demócrata; así algunos observadores considerarían la llegada de Allende al poder no como un triunfo de las fuerzas izquierdistas, sino más bien como una derrota de la democracia cristiana, por no haber conseguido satisfacer las reivindicaciones de las derechas, tampoco de las izquierdas. En este aspecto, puede que haya acierto, debido a que Frei no se interesaba por encontrar la tercera vía de desarrollo político y económico de Chile en forma de «centro».

Entre los tres candidatos, Allende ganó por mayoría de votos: 1.070.334 (36,2 por 100), contra 1.031.159 (34,9 por 100) de Alessandri y contra 821.801 (27,8 por 100) de Tomic; Allende (izquierdista), obtuvo el 30,5 por 100 votos femeninos; Alessandri (liberal indefinido), el 38,4 por 100; Tomic (cristiano-demócrata), el 29,9 por 100. En cuanto a los votos masculinos, la proporción es la siguiente: Allende, 41,6 por 100; Alessandri, 31,5 por 100, y Tomic, 25,6 por 100. La derrota de los cristianodemócratas era fatal, pero al mismo tiempo puede ser considerada como una excelente lección para el futuro desarrollo político y económico-social de Chile. — S. GLEJÐURA.

HISTORIA

JAMES ATKINSON: *The Trial of Luther*. B. T. Batsford Ltd. Londres, 1971; 212 páginas.

El juicio al que refiere el título de este libro es, naturalmente, la comparecencia de Lutero ante la dieta de Worms presidida por el Emperador y las ulteriores deliberaciones de ésta que concluyeron con el *edicto* o condena —cuyo contenido virtualmente íntegro se recoge en el libro— en la cual se declara a Lutero «cismático obstinado y hereje notorio» y se sacan las consecuencias de esta declara-

ción, para la fecha en que expirara el salvoconducto que se le había concedido para su comparecencia, entre otras, la de ordenar a todos los súbditos que le hagan prisionero o le denuncien a quien pueda arrestarle y se le mantenga en tal calidad «hasta que oigáis de nosotros qué acción sucesiva se debe emprender contra él de acuerdo con la ley». Como es sabido todos los episodios ocurridos entre

el 15 de enero y el 18 de abril de 1521 están muy documentados históricamente; de las distintas informaciones sobre el juicio en el libro de Atkinson se sigue la de Spalatino altamente favorable para Lutero.

La descripción del juicio de Worms llena aproximadamente la segunda mitad del estudio; la primera está dedicada a los episodios anteriores, entre ellos a los documentos pontificios de admonición o condena de Lutero —por ejemplo, un resumen de la bula *Exsurge Domine*, en páginas 83-90; en el que se aprovecha para decir de ella que tiene «todas las trazas de lo superficial y lo precipitado», cuyo «lenguaje hipócrita... es el homenaje que el vicio tiene que prestar a la virtud»; este es el talante general del libro, del que se podrían traer a colación otras muchas muestras, sobre el que insistiré en seguida... y los sucesos que las motivaron, las entrevistas con Lutero del cardenal Cayetano y la discusión pública por Lutero de su tesis con Eck en la Universidad de Leipzig (en cuanto a ésta disimulando o disminuyendo el aplastamiento dialéctico de Lutero).

Todo ello escrito de nuevo presentándolo en la forma y el tono más favorables a Lutero imaginables, hasta tal punto que el autor parece muchas veces beligerante, lo que da al libro un carácter unas veces antipático por su dogmatismo, las más ridículo por su anacronismo, cosa tanto más sorprendente cuanto el autor, protestante desde luego (profesor de estudios bíblicos de la Universidad de Sheffield) al referirse al protestantismo actual dice, entre otras cosas, que ha padecido «un sectarismo físiparo, un secularismo que identifica su propio bien con el cristianismo, un liberalismo que desemboca en un intelectualismo árido, una falta de espi-

ritualidad, y una parálisis progresiva de incertidumbre y descreimiento en la cual incluso sus teólogos son ateístas cuando no ateos; un escalofriante radicalismo, un individualismo desintegrador y un laicado que se aparta». Por supuesto, del catolicismo contemporáneo se hace también una crítica, pero mucho más suave: «aunque nunca ha perdido su encanto y sus características... está amenazado por su propio medievalismo, eclesiasticismo y autoritarismo» (ambas citas de la pág. 199).

Si se tienen en cuenta las indicaciones que se han hecho, este libro sobre el o los «juicios» a Lutero es interesante aunque sin encerrar ninguna gran novedad ni desde el punto de vista histórico, en el sentido de que no se descubren hechos nuevos, ni desde el de la reinterpretación contemporánea de los hechos. En tal concepto nada se añade a la fenomenal bibliografía sobre Lutero, continuamente enriquecida y que, por cierto, se desconoce casi por completo. Alguna referencia al sensacional libro de E. H. Erikson, continuamente reeditado desde 1958, por no hablar de otros, muchos antiguos o recientes, hubiera parecido necesaria, especialmente al escribirse en el capítulo primero con gran extensión (págs. 9-42) sobre *Lutero, el hombre y la crisis*. El autor se defiende implícitamente contra esta crítica diciendo que existen muy pocos libros dedicados precisamente al juicio a Lutero y ninguno de ellos en inglés.

Eso sí, la narración está escrita con gran soltura y suscita un interés creciente en el lector; ha sabido conservarse, pues, el dramatismo de los episodios históricos narrados, al tiempo que, aunque con parcialidad, se da una visión aceptable de los problemas teológicos planteados por las doctrinas luteranas. —M. ALONSO OLEA.

CHESTER G. STARR: *Early Man. Prehistory and the Civilizations of the Ancient Near East*. Oxford University Press. Nueva York, 1972; 206 págs.

Si es probablemente cierto que las preguntas que se formulan hoy a la historia y a la prehistoria, lo que deseamos conocer sobre nuestro pasado, es muy diferente a lo que deseábamos saber «apenas hace cincuenta años», de un lado; y si de otro «cualquier estudio sobre el hombre primitivo escrito hace más de diez años es probable que esté atrasado» (ambas afirmaciones en el prefacio y como introductorias a la bibliografía, respectivamente, de este libro), si esto es así, resulta muy ilustrativa la lectura periódica de estos libros generales sobre la prehistoria y las civilizaciones de la antigüedad; quizá más aún sobre estos últimos que sobre la prehistoria misma, porque, efectivamente, aquí sí ha variado el sentido de las preguntas que se formulan, en cuanto que éstas tienden a referirse «a la totalidad de la vida humana» única forma de que «el atributo histórico posee su íntegro sentido» como dijera Ortega («Filosofía pura. Anejo a mi folleto "Kant"», en *Kant, Hegel, Dilthey*, 4.^a ed., Madrid, 1972) de forma que, como dijera Saint-Simon, la historia tiende a ser bastante más que «el cuadro insípido de los altos hechos de la astucia y de la fuerza» (esta cita de Saint-Simon, de *L'organisateur*, se contiene en E. Durkheim, *Le socialisme*, Ed. París, 1971, pág. 130).

En cuanto a la prehistoria el dato más saliente es cómo las investigaciones van haciendo retroceder el tiempo de la aparición de los hombres o de los homínidos cuando menos; de los australopitecos se dice que parece vivían ya en África hace cinco millones y medio de años (pág. 8).

Señálase también la atención destacada

que se dedica en el libro al yacimiento del gravetiense en Dolni Vestonice, Checoslovaquia, una colonia probablemente de cazadores, habitada entre los años 27.000 y 23.000.

De las civilizaciones del «Oriente próximo antiguo» a las que se refiere el subtítulo del libro, se estudian, como era de esperar, las de Egipto, Mesopotamia y, mucho más someramente, la de Persia. Con el nuevo enfoque histórico a que se ha aludido, apenas se citan nombres ni episodios concretos, sino que se describen modos de vida, instituciones jurídicas, formas de religiosidad, desarrollos de la tecnología, cambios en las expresiones artísticas, etc.

La brevedad de los capítulos hace que el tratamiento contenido en los mismos sea de extremada densidad; lo que hace muy difícil un resumen ulterior. Por citar algunas reflexiones concretas de entre las muchas de interés.

La esclavitud en el Oriente Medio primitivo apenas se dio en el campo, poblado por campesinos libres; los esclavos en Mesopotamia vivían básicamente en las ciudades como servidores domésticos, como artesanos, y como pobladores de los harenes (págs. 94 y 95). Lo que dicho sea de paso concuerda con afirmaciones similares hechas respecto de Egipto por estudios anteriores; la población egipcia era básicamente agrícola de cultivadores libres sin presencia de esclavos rurales (A. H. M. Jones, *Slavery in the Ancient World*, en M. I. Finley, ed., *Slavery in Classical Antiquity*, pág. 11). Es claro que la noción de «libertad» no

debe ser interpretada anacrónicamente ni dársele el sentido que le asigna un contemporáneo.

-- La localización de la aparición de la agricultura y de la ganadería, «de la domesticación de las plantas y de los animales» definitivamente en el Oriente próximo hacia el año 7.000, quizá algo antes (págs. 41 y 51) fechas en las que comienzan la «revolución del neolítico», caracterizado porque el hombre pasa a ser productor de alimentos

y no mero recolector, aparte de que hacia la misma época comenzará a pulir la piedra además de tallarla.

Por supuesto se podrían citar otros muchos pasajes.

El libro contiene en sus páginas traducciones de textos antiguos (pasajes del «Código» de Hammurabi o del poema épico y mitológico de Gilgames, por ejemplo) y una selección bibliográfica con títulos en general recientes.—M. ALONSO OLBA.

JEAN LACOUTURE: *Los semidioses (Nasser, Burguiba, Sihanuk y Nkrumah)*. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1973; 360 págs.

Jean Lacouture es, como es bien sabido, un auténtico experto en cuestiones sociopolíticas. Sus principales cualidades literarias las pone, en la ocasión que nos ocupa, al servicio de la investigación de algunas de las figuras más representativas de los países del Tercer Mundo. Su obra, pues, presenta dos versiones o vertientes harto sugestivas: definir y analizar el proceso revolucionario que ha tenido lugar en algunos de los países africanos y, sobre todo, examinar la evolución del concepto del poder que estos pueblos nos ofrecen en la actualidad. El poder conserva en los pueblos del Tercer Mundo cierto matiz y cierto sentido que, por ejemplo, en la civilización occidental no es posible encontrar. Mientras que el Occidente —escribe Jena Lacouture— industrializado encarnaba sus grandes empresas en los «héroes» surgidos de las crisis y vulgarizados por los inmensos medios de difusión de que dispone; mientras que el mundo socialista hacía ondear sobre las masas obreras los gigantescos retratos de sus dirigentes, extendiendo así las semillas de una perversión que Marx no había podido esperar de sus discípulos y que se ha dado en llamar culto a la personalidad, cuando sucedía todo eso, «nuevas» nacio-

nes emergían a la superficie de la historia.

Lejos de oponer el rico anonimato de las jóvenes multitudes a las máscaras y a los fastos del universo del poder, rivalizaban con él, competían con él. Frente a los amos del mundo capitalista, frente a los profetas del mundo socialista, erigen sus propios semidioses. El fenómeno de la personificación del poder, tan característico de esta época y, más exactamente, de la década 1955-65, ha adquirido en el hemisferio Sur proporciones tropicales. Por esta razón se ha afirmado que si en Occidente, y en gran número de democracias socialistas el poder crea la personificación, en lo que se ha dado en llamar Tercer Mundo es la personificación la que crea el poder.

El hecho de que esta erupción de autoidad efervescente esté, a partir de una fecha que podríamos situar alrededor de 1965, en proceso de recesión, por razones que pueden atribuirse al fin de un cierto período de descolonización, el de la fundación de los Estados y del resurgir de identidades colectivas, no pone en cuestión su importancia en el campo de la investigación política.

La característica más notable que la

acción política de los pueblos del Tercer Mundo pone ante nosotros la constituye, sin duda, la aparición de la figura del líder. En efecto —subraya el autor de estas páginas—, la aparición de un líder puede ser un elemento decisivo en la serie de operaciones que va desde la formación del poder hasta el reconocimiento de la legitimidad. Esto es cierto si, como afirma Henri Laugier, se imponen dos grandes imperativos a las nuevas naciones: ser, lo cual supone el reconocimiento de una identidad nacional, la conciencia de pertenecer a una colectividad, de disponer de una cultura común y de compartir las mismas ambiciones, y tener, es decir, movilizar las energías y organizar el desarrollo para salir de la indigencia. Estos dos imperativos suponen el ejercicio de una autoridad. En su discurso inaugural del Collège de France, en diciembre de 1968, Jacques Berque proponía a los pueblos del Tercer Mundo un díptico diferente: ser (autenticidad) y hacer (eficacia modernizante). En el plano del poder, esta nueva concepción no modifica quizá las perspectivas. En cualquier caso, tanto en el plano del «ser» como en el del «tener» o del «hacer» esta autoridad se ejercerá tanto más eficazmente cuanto que se encarne en un personaje simbólico, creador de la identidad colectiva y movilizador de energías.

La generalidad, pues, de los pueblos del Tercer Mundo están, en la actualidad, regidos por líderes políticos que están en posesión de sugestivos carismas personales. ¿Qué importancia entraña este hecho...? Según Erikson —oportunamente citado por Jean Lacouture—, el líder carismático es aquel que ofrece al pueblo protección, identidad o ritual. El carisma, así considerado, es, en cierta medida, funcional —punto de vista que nos parece un poco trivial—. ¿No sería posible trazar una vía real del poder carismático entre las energías casi metafísicas de Carl

Friedrich y esta concepción del carisma de guarda rural o de enfermero?

Efectivamente, no puede existir carisma sin finalidad. No puede consistir únicamente en la protección. La finalidad no puede ser más que el cambio-revolución, que puede manifestarse como un retorno a los orígenes. El liderazgo carismático es, por definición, dinámico, y, por destino, normativo. Claro está, y así lo puntualiza el autor del libro que comentamos, que pueden existir verdaderos y falsos carismas: El poder carismático tiene sus detractores y sus límites, incluso en los sectores de opinión y en los campos en los que podría existir la tendencia a reconocerle una cierta autenticidad. Instintos populares, organizaciones políticas, élites intelectuales, sentimientos feudales e intereses diversos pueden aliarse en su contra. Su capacidad de resistencia permite —pero no por sí sola— medir su autenticidad. Ni la duración ni el éxito permiten distinguir con certeza los carismas verdaderos de los falsos. Hadj Messali en Argelia, el jeque Taalbi en Túnez, así como Rachid Ali El-Kilani en Irak y Ruben Um Nyobé en el Camerún, se hallaban dotados de un ascendiente de este tipo, sin transformarlo duraderamente en energía política. Las relaciones de fuerza no estaban a su favor. Por la misma razón, lo que nos interesa sobre todo es la prueba que ha de pasar el carisma desde el momento en que se hace «rutinario», encarnado en el poder. Entonces es cuando se hace más difícil medir el liderazgo. Iniciador del poder, del que es, en cierta manera, su fulgor, se rodea con tal rapidez de los instrumentos represivos y de las seguridades que le proporciona el aparato estatal, que resulta muy difícil apreciar qué es lo que contribuye a mantener este tipo de liderazgo, si el genio propio del «héroe» o la vigilancia de sus pretorianos.

De todas formas, rigurosa puntualización que el autor verifica en otro lugar

de su obra, no se piense que el fenómeno del liderazgo es propio de nuestra época, no obstante su fulgurante proliferación, sino, por el contrario, cuenta sobre sus espaldas toda una serie de siglos: La personificación del poder, tan antigua como el ejercicio mismo de la autoridad política —¿acaso no era el monarca helénico la «ley encarnada»?— ha adquirido una nueva dimensión a mediados del siglo XX. Maurice Duverger habla, a este respecto, y para señalar claramente la universalidad del fenómeno, de «paudemia», las razones son muy diversas y de sobra conocidas para que sea necesario detenerse en ellas.

Sin embargo, debemos recordar el papel fundamental que ha desempeñado en este aumento de autoridad la violencia de los conflictos que hacen tambalearse desde hace medio siglo tanto a la sociedad internacional como a las sociedades nacionales, enfrentando no solamente a listados y naciones, sino a clases y civilizaciones. Sin convertir en ley azarosa una observación de este tipo, se puede observar que la intensidad del poder es, por regla general, proporcional al peligro. Cuanto más grave es, más tiende la autoridad a afirmarse y a hacerse profética. Se observa, además, que si bien el poder tiene tendencia a aumentar, le repugna disminuir. La acumulación es constante: es una de las observaciones de Bertrand de Jouvenel con más fundamento.

Es curioso el advertir, y así lo hace Jean Lacouture, que el líder de la emancipación postcolonial no se siente en absoluto desviado de su impulso hacia el poder por el recuerdo de las tradiciones antiguas. La referencia a las democracias aldeanas, al papel de las hermandades o de las corporaciones, llama más la atención a los sociólogos o a los historiadores que a los fundadores del Estado. Estos dan a su función un sentido plenamente creador: no se consideran en absoluto sucesores. Y si a veces dan a la

palabra «revolución» su sentido original de retorno al pasado y una interpretación, que es la de recuperación más que la de descubrimiento, no consideran que por eso hayan de asumir una herencia de inhibiciones. Incluso en los casos bastante raros, en los que las colectividades precoloniales no están marcadas por el principio de autoridad o en los que la tradición habría podido desempeñar un papel de separación y de equilibrio de poderes, el liderazgo pleno emerge de la descolonización como una evidencia.

De todas formas, he aquí otra curiosa advertencia, las diferentes vicisitudes socio-políticas sufridas por la mayor parte de los países africanos les han predisuesto, quíerose o no —y aunque parezca profundamente extraño—, a la institucionalización del líder político: El universo de las nuevas naciones está poblado de símbolos, por no decir de genios y grifos. El neocolonialismo es el más temible y el más misterioso de estos monstruos. Contra este principio viscoso, debilitador, hay que erigir un principio claro, vigorizante: el rostro del héroe nacional. En cada escaparate de la capital, donde se exponen los productos extranjeros, cuya importación arruina a la tesorería del nuevo Estado (whisky, artículos de París...), se colgará la imagen purificadora del líder, y de esta forma será exorcizado este vergonzoso comercio y tranquilizada la «nueva clase» que se deleita con él.

Pero esta necesidad de claridad y purificación no es solamente simbólica. El pueblo confía en el personaje central, iluminado por mil fuegos, digno responsable del destino colectivo, ofrecido a todas las miradas, para resistir a las presiones y a las infiltraciones de la influencia extranjera. Es necesario confiar en alguien, y el líder encarna perfectamente el genio nacional, está demasiado preocupado con hacerse digno para no ser el justo por el que todo será salvado.

Por otra parte, como es bien sabido,

existe una tesis sumamente importante, a saber: el poder personificado tiene toda la apariencia de la eficacia. Cuando adquiere conocimiento de un hecho o de un problema —proyecto de una presa, condena a muerte de un inocente, hambre en una provincia alejada, oferta de negociación por parte de los rebeldes fronterizos— el líder se apodera del informe, convoca a algunos expertos, telefona al ministro de Justicia, al gobernador de la provincia o al general que manda en el sector amenazado, llama al presidente del Banco Nacional. Veinticuatro horas más tarde está en el lugar, da sus órdenes a los salvadores, recibe al jefe de los guerrilleros, aprueba el plan del dique (no sin antes hacer algunas correcciones inspiradas). He aquí al banquero extranjero deslumbrado, al rebelde sometido, al condenado perdonado —y los hambrientos alzan su voz para aclamarle—.

Entonces comienza la segunda fase. El líder tiene conciencia de haber actuado. Los Zliss han recibido su visita: es como si ya tuvieran el trigo. El rebelde kurdo ha sido oído: la paz está al llegar. A la presa del Sebu, vista con anticipación, sólo le queda ser construida. Y el *raïs-malik-zaim* puede ya emprender nuevas tareas. Ha abierto el camino a los expertos, ha dado el impulso; ahora le toca a su gabinete concluir lo empezado. El líder se va a presidir un mitin, a recibir a un líder-hermano...

Pocos líderes, ciertamente, tienen plena conciencia de las intrigas y de las prácticas que se desarrollan en su nombre. Citemos, sin embargo, este suceso auténtico. Gamal Abdel Nasser recibe la visita de un camarada de estudios, que ha llegado a ser (sin su protección) un importante industrial. El visitante se queja de la corrupción que tiene lugar en la Administración, en el Ejército. Nasser le interrumpe: «Te agradezco tus indicaciones y procuraré hacer uso de ellas; pero dime, ¿cuánto has pagado para que mi

secretaría te conceda esta entrevista...?».

Cuatro son las personalidades políticas que Jean Lacouture estudia en las páginas de su obra: Nasser, Burguiba, Sihanuk y Nkrumah. Del líder egipcio nos dice, entre otras muchas cosas, que, efectivamente, Nasser nunca se dejó llevar por los excesos de un Nkrumah o de un Sukarno. No sólo porque conservó en el recuerdo un pasado reciente, sino también porque este buen musulmán estaba en guardia contra todo intento de autoedificación, sacrilegio mayor. El puritanismo no preserva de los excesos de este tipo, como testimonió Cromwell. Pero, en este aspecto, el Islam es un buen antídoto. En cuanto a la tradición faraónica, aunque solapadamente impregne la práctica del poder, sigue siendo considerada por los egipcios musulmanes como fruto del peor de los paganismos. Musolini gustaba de ser comparado con César, y Stalin, con Pedro el Grande. Nada indignaba tanto a Nasser como que se le considerase un «moderno faraón».

Burguiba, a juicio de Jean Lacouture, es poseedor de una de las personalidades más firmes del inquieto ámbito geográfico del mundo africano: La idea que Habib Burguiba se hace de su vocación es de una temeraria nobleza. A veces sugiere una comparación (que podría ser sacrilega, si no estuviera hábilmente matizada) con la misión del Profeta. «El, asumiéndolo, tenía conciencia de ser guiado y sostenido por Dios, cuyo ángel Gabriel le transmitía las órdenes que él ejecutaba. No tenía por qué inquietarse de las consecuencias de sus actos. Ese no es, por desgracia, mi caso, pues nada me asegura que mi primer movimiento será el bueno.» Claro que es cierto que le queda el segundo... «Habib Burguiba no es sólo el jefe del Estado que logra lo que se propone, el hombre político que triunfa, el líder que arrastra; es mucho más que eso: es el que habita en cada uno de nosotros, que está presente en cada uno

de nuestros actos, que nos inspira nuestra conducta, que orienta nuestras acciones nobles y generosas... —palabras de Moncef Jaafar—.»

A juicio de agudos comentaristas de política internacional, algunos de esos comentarios son recogidos en estas páginas por Jean Lacouture, Sihanuk —a quien le consagra un importante apartado— no tiene rival para afirmarse como el blanco de los ataques extranjeros, el escudo viviente de la independencia nacional, la encarnación necesaria de la identidad colectiva contra los riesgos de licuefacción y de disolución de la personalidad khmer... Sihanuk expresa y desempeña la estructura, la permanencia vital, la continuidad renovada y renovadora, contra el sistema (conjunto de mecanismos y de reglas inertes, depósito de tradiciones y de mecanismos sociales).

El líder «correctivo» de tipo «sihanukiano» es la revelación constante y el movimiento perpetuo. Se mantiene en pie como un ciclista, por la velocidad y el impulso, pero también por la adaptación al principio histórico y social, al enraizamiento. Es la continuidad movilizadora o, mejor dicho, movilizada.

Ya en las páginas finales de la obra se inserta un documentado análisis sobre la figura de Kwame Nkrumah. Si hay una autoridad carismática desde el momento en que existe la creación de un doble tipo de relaciones (del jefe a los discípulos, de los discípulos a la masa), de un sistema de significados, de un modo de poder, de una autoridad normativa, una dinámica de cambio social y cultural, la encontramos en el Kwame Nkrumah de los años 1949-1954. Un populismo institucionalizado, un nomadismo fundador, una aptitud profunda para modelarse sobre una tradición y para moldear un porvenir, una demagogia poderosamente sugestiva: estos son los atributos de Nkrumah de los años 1950, como los de su

exacto contemporáneo Burguiba. Con más audacia en la visión, menos cultura y capacidad creativa en el ghaneano.

Nkrumah quiso ser revolucionario: pretendió, por tanto, cambiar al hombre. Pero, a diferencia del inspirador de la revolución cultural, nunca negó los «valores tradicionales» ni las aportaciones religiosas. Más curioso aún: este africano no se contentó con incorporar a su bagaje ideológico las prácticas y creencias africanas, sino que buscó sus valores en el Islam y en las tradiciones «eurocristianas», de los cuales está impregnado el «consciencismo». Nunca intimidado por las audacias del sincretismo, se definía en todas las ocasiones como «marxista católico». Y en todas las iglesias del país, hasta el 24 de febrero de 1966, los fieles eran exhortados a rogar «por el triunfo de Kwame Nkrumah sobre sus enemigos espirituales y temporales».

¿Cuál es la conclusión que nos depara el libro de Jean Lacouture? Inevitablemente, afirmación que se puede verificar con cierto tono dogmático, una sola: que el poder personificado no sólo amenaza la integridad, la salud física, la estabilidad intelectual del héroe, sino que condena a las masas a una resignación temible para todos.

No es, finalmente, tan sólo en el terreno del «liderazgo» y del control de la autoridad donde se debe poner en duda el valor y la eficacia del poder personalizado. Hay que cuestionarlo también en un terreno en el cual pretende estar a salvo: el de la pedagogía. Hemos insistido en su función de identidad, en su contribución a la unidad: personaje-símbolo, personaje-pivote. Le hemos reconocido también una indudable fuerza impulsora. Pero cada uno de estos méritos está unido a un período dado, el de la aparición del Estado, que es difícil de medir en el tiempo. Sin embargo, estamos tentados de medir esta fase de alumbramiento del Estado-nación por la égida del líder-pre-

ceptor: sería el período histórico que conduce a una generación de estudiantes del papel de agitadores de masas contra el poder colonial al de administradores de los ciudadanos de su país emancipado.

Hay algo que, todavía, no está perfectamente claro, a saber: que al invertir a un hombre de todos los poderes, de todos los prestigios, se está, posiblemente, intentando detener la dialéctica social,

bloquear en su nombre, en su cabeza y en su leyenda un movimiento cuyas consecuencias son imprevisibles. La promoción del héroe sirve a los intereses de una clase social, aunque aparentemente parezca amenazarlos, aunque haya destruido ya una parte importante de los privilegios, ya que este grupo espera transcender a través del líder la lucha de clases...—JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA.

FRANCIS DVORNIK: *Gli Slavi. Storia e civiltà dalle origini al secolo XIII*. Ediz. italiana riveduta ed aggiornata a cura di Milan S. Durica. Liviana Editrice. Padova, 1974; XX-397 págs.

El título original de la presente obra es: *The Slavs. Their early History and Civilization* (Boston, 1956), y es considerada como una de las más importantes sobre la historia y la civilización de los pueblos eslavos, desde sus orígenes hasta el siglo XIII. En su totalidad representa un magnífico cuerpo de conocimiento y fuentes sobre el mundo eslavo, que hoy día se divide en tres grandes troncos: 1. Eslavos del Este (rusos, ucranianos, bielorrusos). 2. Eslavos occidentales (polacos, eslovacos, checos y serbios lusitanos, estos últimos encuadrados en Alemania Oriental). 3. Eslavos del sur (eslovenos, croatas, serbios y búlgaros). A partir de 1944-45, todos los pueblos eslavos fueron incorporados a la esfera ruso-soviética en virtud del criterio de ser, precisamente, eslavos.

La cuna de los eslavos era la amplia área territorial extendida al norte de los Cárpatos entre la actual Eslovaquia, Polonia, Ucrania y parte de Bielorrusia. Con las subsiguientes migraciones de pueblos fueron extendiéndose en todas las direcciones, hasta tomar posiciones más o menos las mismas que existen hoy día en su poder; muchos eslavos habían sido asimilados o absorbidos por otros pueblos, y también muchos pueblos extraños

fueron eslavizados a través de los siglos. Unos conectarían con la civilización del imperio bizantino, otros adoptarían la civilización occidental. La división original fue mucho más radical entre el mar Báltico y el Adriático, zona que durante largo tiempo fue conocida por el nombre de Gran Moravia, con el centro entre Eslovaquia y Moravia.

Por el año 906 cae el imperio granmoravo bajo la presión de los nómadas magiares en una batalla cerca de Bratislava; no obstante, el impacto de la civilización eslava sobre los magiares fue decisiva: los conquistadores magiares adoptan todos los instrumentos de la civilización eslava y poco después incluso se convierten al cristianismo —por el año 1000—. Mientras tanto, la civilización eslava seguiría desarrollándose durante bastante tiempo con autonomía, dentro de los principios señalados por el cristianismo.

A través de doce capítulos, el autor estructura su obra de la siguiente manera: I. Orígenes y migraciones de los eslavos. II. La sociedad eslava primitiva. III. Los francos, el Bizancio y los primeros Estados eslavos. IV. El imperio moravo y los apóstoles griegos. Constantino-

Cirilo y Metodio. V. Después de la destrucción del imperio moravo; Alemania y las nuevas potencias de Bohemia y Polonia. VI. Los eslavos del Sur, los francos, el Bizancio y Roma. VII. La sociedad y la literatura paleo-eslava; la influencia bizantina. VIII. La Rusia de Kiev. IX. ¿Federación en el seno del imperio romano de Otto III o formación de un gran Estado eslavo?. X. Los eslavos, el imperio y el papado. XI. Los eslavos del Báltico y del Elba; los vendos. XII. El ocaso de Polonia y de Bohemia: occidentalización de su cultura.

Junto a unas fuentes verdaderamente

interesantes de procedencia eslava y no eslava, la obra dispone de catorce mapas que acompañan la historia de ese gran mundo eslavo, hasta las guerras napoleónicas casi olvidado por el Occidente. En cuanto al mundo hispano, excepto trabajos fragmentarios, de origen siempre extranjero, o relativos a los últimos cincuenta o sesenta años, no existen obras de autores españoles. Ya desde este punto de vista la obra de Dvornik en su versión italiana se brinda como un medio para cubrir al menos en parte esa gran e incomprensible laguna de obras básicas sobre los eslavos.—S. GLEJDURA.

E C O N O M Í A

K. K. F. ZAWADZKI: *La economía en los procesos inflacionarios*. Editorial Labor, S. A. Barcelona, 1974; 270 págs.

El autor pertenece —o pertenecía— al Departamento de Economía de la Universidad de Newcastle upon Tyne. Digo que, a lo mejor, «pertenecía» porque el libro fue comenzado en 1953, luego interrumpido y, finalmente, reanudado y posiblemente completado en 1958. La traducción española ha tardado, pues, dieciséis años. Y por el tema que trata no ya dieciséis sino tan sólo media docena de años serían decisivos. El libro, hay que subrayarlo, es magnífico. Se destina a economistas, pero también a quien se interese por la economía sin ser un profesional. No hay fórmulas matemáticas; sólo sentido común y constatación empírica.

Económicamente los años en que el autor escribió fueron años felices, y más felices aún los que siguieron. Pero bien pronto se popularizarían vocablos y surgirían otros nuevos que son los que preludian el nivel semidemencial de inflación de los últimos años. No extrañe, por tanto, que no aparezcan ni «eurodó-

lares», ni «stagflation», ni horrores por el estilo. De hecho, el autor se encara con lo que venía siendo una inflación de algunos puntos por año y no los 15, 20 o más por 100 actuales. Es decir, que la obra observa más la inflación moderada de hace años que la «inflación violenta» de los últimos. Por eso tampoco aparece la «indicación» con que ya ciertos autores prestigiosos tratan de paliarla o incluso neutralizarla.

Lerner, Hansen, Smithies, Holzmann, Brown y Pigou sirven de punto de referencia y de partida en cuanto han tratado ampliamente el fenómeno de la inflación, constatarando sus mutuas diferencias en la apreciación que de ella tienen, pero también sus puntos comunes. Se extraña el autor de que Pigou considerase que un proceso inflacionista pudiera tener lugar incluso con desempleo en todos los factores de producción. ¡Lo que hace el profeta de Pigou es descubrir, sin darle

nombre, a la *stagflation*, al estancamiento con inflación! Pero el autor se queda con la definición de Turvey sobre la inflación, como la más satisfactoria: «...Un proceso resultante de la competencia por mantener la renta real total, el gasto total, y/o el *output* total a un nivel que se ha hecho materialmente imposible, o al intentar aumentar cualquiera de ellos hasta un nivel materialmente imposible». Es, como se dice vulgarmente, aquello de «el último, el tonto».

A lo largo de dieciocho densos capítulos seguidos de notas, Zawadzki aborda la inflación en todas sus facetas y contactos: naturaleza, procesos inflacionistas diversos, estabilización, velocidad, precios, relación real de intercambio, país banquero, exportación-importación, expansión, efectos, ahorro e inversión... Muchos aspectos de la inflación siguen siendo misteriosos. Incluso lo que puede

haber de inflación importada. «Una inflación lenta tiende a volver optimistas a los empresarios, y les hace pensar en la expansión, pero una inflación violenta genera una gran incertidumbre sobre el futuro, perturba muchas relaciones y acuerdos económicos establecidos, y, en consecuencia, dificulta la planificación racional y a menudo promueve políticas «secretas». He aquí, en breves palabras, todo un diagnóstico de nuestro tiempo. Sólo pueden acostarse con la inflación aquellos que no salgan malparados de ella; para los demás es suicidio a plazos. Leyendo un libro como éste lo mismo se identifica la economía con una ciencia social que se percata de cuán largo trecho le falta para llegar a ser ciencia. Más bien parece la ciencia de los que pueden más sobre los que pueden menos. Pero esto también es la política. Otra ciencia social.—TOMÁS MESTRE.

C. M. CIPOLLA: *La decadencia económica de los imperios*. Alianza Editorial. Madrid, 1973; 224 págs.

Varios profesores universitarios, bajo la dirección del profesor italiano C. M. Cipolla, han abordado la nunca fácil tarea de diagnosticar algunas de las causas principales en virtud de las cuales los más grandes imperios del mundo clásico y medieval conocieron un radical crepúsculo. La primera de las cuestiones que, lógicamente, se ponen sobre el tapete es la referente al hecho de la decadencia: ¿Por qué los imperios decaen y se hunden...? ¿Qué «leyes» o «mecanismos» regulan este ciclo aparentemente fatal que parece reproducir en gran escala el ciclo ontogénico de la vida y de la muerte? El problema ha preocupado a filósofos e historiadores de todos los tiempos. Y entre otros —subraya el profesor Cipolla—, me ha preocupado a mí, nativo de un país que por dos veces a lo largo de su historia ha entrado en la decadencia.

Siempre que examinamos el caso de imperios decadentes, echamos de ver que sus economías, por lo general, se están tambaleando. Las dificultades económicas de los imperios en decadencia presentan notables analogías. No es absurdo tratar de identificar estas analogías con tal de que tengamos presente que las historias individuales se caracterizan por elementos importantes de originalidad.

A primera vista parece que la decadencia económica puede definirse fácilmente como la inversa del crecimiento económico. Esto no sería un círculo vicioso porque en tiempos recientes el crecimiento económico ha sido definido con satisfactoria precisión, pero no sería correcto. Teóricamente, el crecimiento puede continuar de modo indefinido. La decadencia, no.

Para el profesor Cipolla, en rigor, la

decadencia de los grandes imperios es un fenómeno natural. Claro está, subraya, que para poder declinar un imperio, tiene primero que crecer. El crecimiento significa un aumento de rentas. Significa también un aumento de consumo, tanto privado como público. En general, cabe suponer que la mejora del nivel de vida es experimentada inicialmente por círculos pequeños y relativamente privilegiados, pero el proceso está llamado a extenderse eventualmente a sectores de la población cada vez más amplios. Hábitos y conjuntos de valores tradicionalmente asimilados pueden retardar el cambio en los patrones y niveles de consumo de la mayoría. Los moralistas quizá prediquen el valor ético de un nivel de vida de abajo y estable. Oligarquías egoístas pueden intentar reservarse las ventajas del desarrollo económico. Los celosos en materia de religión y otros grupos de fanáticos pueden envenenar la vida a sí mismos y a los demás tratando de canalizar toda la renta adicional hacia la construcción de templos e iglesias o de armamentos y maquinaria. Pero a la larga las masas están llamadas a superar tales resistencias.

¿Cómo luchar contra el fenómeno de la decadencia? He aquí, efectivamente, otra de las sugestivas interrogantes que se insertan en el libro que ocupa nuestra atención: ¿Qué se puede hacer para revitalizar una economía en decadencia y aumentar la productividad nacional? Esta es una forma moderna de expresar el problema que los arbitristas españoles se plantearon a lo largo del siglo XVII. El problema económico que agobiaba al Bajo Imperio romano, al Bajo Imperio bizantino, a la Italia del siglo XVII y a la Holanda del XVIII, no era diferente del de la España del siglo XVII. No obstante, al menos en la primera fase de una decadencia, el problema no parece ser tanto el de unos factores visibles y crecientes —capital o mano de obra— como el de

cambiar los modos de hacer las cosas y mejorar la productividad. La supervivencia del imperio exige tales cambios básicos. Pero es típico de los Imperios maduros el dar una respuesta negativa a este reto.

Es evidente, sin embargo —nos indica el profesor Cipolla— que algunos Imperios fueron capaces de crecer y desarrollarse sin ser realmente innovadores en el plano económico. El Imperio español es un ejemplo magnífico. España en su conjunto, en vísperas de la conquista, era fundamentalmente un país subdesarrollado incluso en términos de la tecnología y la economía de aquellos días. A comienzos del siglo XVI, Guicciardini escribía que la pobreza reinaba en España «no tanto por la calidad del país sino porque los españoles por naturaleza no son inclinados a las artes». En 1552, el embajador veneciano Badoer escribía: «No creo que haya otro país menos dotado de hábiles trabajadores que España.» El Imperio español nació de los inesperados y accidentales rendimientos de la conquista.

Tan sólo existe una solución para paliar la decadencia, a saber: cambiar las estructuras sobre las que el Imperio se apoya. Claro es que, denuncia el profesor Cipolla, el cambio implica un esfuerzo imaginativo. El cambio choca con los intereses creados. No es difícil explicar por qué el cambio encuentra, por lo general, oposición. Sería sorprendente que no la encontrase. La tendencia a resistirse al cambio viene reforzada por las instituciones existente. No hay duda de que las instituciones en general tienen una expectativa mucho más larga que la que merecen, y esta es la razón de que se produzcan revoluciones. Una vez creada una institución, resulta difícil modificarla o eliminarla. Debido a su crecimiento y desarrollo pretérito, un imperio se caracteriza inevitablemente por un gran número de instituciones en plena esclerosis. Impiden el cambio por el hecho mismo de su existencia. Además, prestan valioso apoyo a

esa parte de la población que se opone al cambio por unas razones o por otras. Las rigideces institucionales reflejan rigideces culturales. Las personas conservadoras y los intereses creados se agrupan en torno a las instituciones obsoletas, y cada elemento refuerza poderosamente al otro. Las minorías innovadoras están llamadas a ver frustrados sus esfuerzos por esta combinación.

Los Imperios, en no pocos casos, han tenido bien a la vista las dramáticas experiencias de otros Imperios y, sin embargo, no han querido extraer conclusiones: Mientras un Imperio está floreciente, sus miembros muestran una fuerte inclinación a engañarse ellos mismos acerca de su expectativa de vida. La Historia no ofrece ningún ejemplo de Imperios indestructibles y, sin embargo, la mayoría de los pueblos están convencidos de que lo que sucedió a los Imperios anteriores no puede suceder al suyo. Al actuar así muestran simplemente una falta de imaginación, una ingenua incapacidad para imaginar nuevas situaciones ante las cuales sus gustos, inclinaciones e instituciones serán cada día más inadecuadas. Una vez que se inicia la decadencia hay todavía gentes optimistas que niegan todavíamente la realidad, pero el número de los que se dan cuenta de lo que está sucediendo aumentará, por fuerza, de modo progresivo. Entonces algunos tratan de racionalizar los acontecimientos y construyen teorías generales en torno a ellos...

En las páginas centrales del libro se nos habla, como ejemplo concreto de cuanto antecede, de varios de los Imperios que mayor auge conocieron y que, a la postre, llegaron a la más increíble de todas las situaciones decadentes. Respecto del Imperio romano se nos indica que, en efecto, la crisis del siglo III siguió a una superexpansión del consumo global que tuvo lugar en la Época de los Antoninos y que excedía de las posibilidades de la economía. El predominio de la idea del

Estado del bienestar impuso poco a poco sobre el Estado grandes cargas y tareas que resultaban desproporcionadas a las posibilidades de su renta, sobre todo cuando terminadas las guerras de conquista desapareció la contribución de los tesoros adicionales.

En cuanto al Imperio de Bizancio no existen tampoco sustanciales diferencias con lo acontecido en Roma, a saber: las dos fuentes principales de ingresos eran los impuestos sobre la tierra y los derechos de aduana, y aunque el pago se exigía con todo rigor, la cantidad que se recaudaba de los primeros era insuficiente, y los segundos iban desapareciendo con rapidez. Además, el Gobierno de Bizancio se aferraba a su pompa y esplendor tradicionales, que durante tanto tiempo había constituido la base de su política, y estaba decidido a mantener las apariencias, por lo que cada vez le resultaba más difícil equilibrar gastos e ingresos.

Muchos otros casos, más o menos similares, son objeto de minucioso análisis a lo largo de estas páginas, por ejemplo, la decadencia del magno Imperio español. Piensa el autor, como conclusión final (nos referimos al profesor Cipolla exactamente ya que, efectivamente, otras ilustres plumas colaboran en la realidad material de este libro), que, en rigor, las innovaciones socio-económicas son importantes no por sus resultados inmediatos y efectivos, sino por su significado potencial para un futuro desarrollo, y el potencial es muy difícil de determinar. La innovación es para la sociedad lo que la mutación es en biología. No todas las mutaciones son buenas. Algunas son sólo experimentos pobres y desafortunados. Sólo la selección natural nos dirá, al cabo del tiempo, qué mutaciones son buenas y cuáles son malas.

En definitiva, considera el profesor Cipolla, cuanto más orgulloso se siente un Imperio maduro de su herencia cultural, más difícil resulta a su pueblo, desde el punto de vista emocional, cambiar a nue-

vos modos de ser y a nuevos métodos de hacer las cosas, bajo la presión de la competencia exterior y de crecientes dificultades. Muchos sentirían sinceramente que someterse a un cambio tal equivalía a admitir la derrota. Y, por lo tanto, el cambio, que sería la única esperanza de supervivencia, viene irónicamente a equipararse a una rendición. He aquí, sin

duda, la enorme carga emocional que comporta la gloria imperial, a saber: guardar las apariencias en todo momento, no mostrar la más pequeña fisura del declive interno, mantenerse enhiesto por encima de todo. En la decadencia de los Imperios, como muy bien se nos indica en estas páginas, existen innegables efectos paralelos.—J. M. N. DE C.

FILOSOFIA

CLAUDE CUENOT: *Ciencia y fe en Teilhard de Chardin*. Colección Rotativa. Plaza Janés, S. A. Barcelona, 1973; 122 págs.

La figura de Teilhard de Chardin ha llenado, quíerese o no, los tres últimos lustros de la teología de la filosofía cristiana de nuestro tiempo. En rigor, cosa que debemos de señalar, su impacto ha sido mayor en el campo teológico. Campo en el que, ciertamente, muy a punto estuvo de revolucionar y conmover hondamente las constantes tradicionales del mismo al poner de manifiesto, con todas sus cualidades y desventajas, la célebre «teología de la ciencia». Su pensamiento extremadamente original, novedoso y excitante dio lugar, como era de esperar, a incuestionables interpretaciones sumamente difíciles de admitir. Teilhard de Chardin jugaba peligrosamente con conceptos tan graves como *la creación, el mundo, el hombre, la evolución*, etc. Por otra parte, como casi siempre acontece en el campo de lo estrictamente científico, la generalidad de sus elucubraciones se apoyaba sobre la exigüamente segura base de la hipótesis. No es peyorativo, por lo tanto, y más adelante expondremos más convincentes razones para justificar la veracidad de lo que ahora enunciarnos—, considerarlo como el expositor de una *teología radicalmente vacilante*. Es, lo afirmamos cons-

cientes del riesgo que esta aseveración comporta, *el teólogo de las probabilidades*. Y, como es bien sabido, no es aconsejable el levantar el edificio de una teología y de una filosofía sobre los inciertos cimientos de una simple y audaz teoría. Basta recordar aquí, a este respecto—ya lo ha hecho en otro lugar García de Cortázar—, las palabras del Papa Pablo VI sobre «las fantasías y ambigüedades» de este hombre inteligente, apasionante, lírico y agudísimo que se llama Teilhard de Chardin.

La divulgación, pues, de su pensamiento—en la doble vertiente que queda apuntada— produjo el fenómeno interpretativo más curioso de los últimos veinte años. Inmediatamente, sin estar suficientemente claras las razones más elementales de tan extraña situación, todo el mundo—pensadores, teólogos, juristas, sociólogos, políticos, pedagogos, etc.—se lanzó a dar su versión ideológica de lo que Teilhard de Chardin suponía o significaba en el ámbito intelectual. Tuvo lugar entonces, ciertamente, el más extraño de los fenómenos, a saber: su pensamiento que, paradójicamente, sin las notas auxiliares de los esforzados e improvisados intérpretes se podía más o menos entender y valo-

rar adecuadamente comenzó a desvirtuarse, a recargarse de densas brumas y, sobre todo, a quebrar la órbita de la normalidad. Los vanguardistas —que en ninguna época ni momento suelen faltar— supieron aprovechar la ocasión y, consecuentemente, utilizaron el pensamiento del sabio jesuita para sus inconfesables fines privados. Teilhard de Chardin pasó, en muy pocos meses, de ser un pensador más o menos aceptable, teológica y filosóficamente hablando, a constituirse en indiscutible oráculo de toda una generación de estrafalarios esnobistas que, efectivamente, en no pocos de sus escritos encontraban las soluciones ideales para casi todas sus angustias y problemas. Esto, sin embargo, no quiere decir que la obra del inquieto y sugestivo pensador no haya sido examinada desde perspectivas más competentes. Lo que tratamos de poner de relieve es que, justamente, la poderosa fuerza del fenómeno al que nos venimos refiriendo ha sido —y hablamos en tiempo pasado puesto que el fenómeno comienza a remitir muy sensiblemente en la década de los años setenta— tan penetrantes que, incluso en los más altos niveles académicos, ha originado trascendentes colisiones o, lo que viene a ser lo mismo, la toma de partido entre los estudiosos más encumbrados. Teilhard de Chardin, por lo tanto, suscita el más agudo de los enojos, o, por el contrario, el más increíble de los apasionamientos. Parece, pues, oportuno el indicar que, efectivamente, entre los principales críticos y comentaristas de Teilhard de Chardin descuellan, sin duda, hasta 1968, Henri de Lubac, Émile Rideau y Pierre Smulders, los tres jesuitas y amigos suyos. Fuera de la Compañía de Jesús lo han juzgado con competencia y objetividad, además de monseñor B. de Solages, Claude Tresmontant y Crespy; con menos Claude Cuenot —el autor, precisamente, de la obra que inspira nuestro comentario—, muy apasionado en favor

de Teilhard, aunque bastante conocedor de detalles.

Conviene, en todo caso, el recordar que si bien Teilhard de Chardin como filósofo o teólogo ha dejado tras de sí una estela nimbada de mil incomprensiones y mil aspectos polémicos como ser humano, como hombre en el más comprometido sentido de la palabra, su recuerdo se torna —así lo ha escrito el padre Eustaquio Guerrero, S. J.— profundamente luminoso: «Muchos de sus hermanos y amigos testifican en favor de su excelencia y finura de espíritu, de su talento, de su prestancia personal, de su trato sencillo, cordial, optimista y encantador, de su alta y religiosa estima por todos los positivos valores del mundo, de su amor a Cristo, a la Iglesia, a la Compañía de Jesús y a todos los hombres, para que todos se hermanen en Cristo y consigan la unión con Dios, único término añorado por él como fin dichoso de la Evolución.»

Cabe, evidentemente, preguntarse: ¿Es posible llegar al conocimiento perfecto del pensamiento de Teilhard de Chardin? La respuesta es negativa puesto que diversas circunstancias se oponen a ello: los textos inéditos que todavía es preciso sacar a la luz, la adecuada interpretación de algunas claves jeroglíficas empleadas personalmente por el autor y, naturalmente, los simples bosquejos trazados por el eminente jesuita, tanto en el área filosófica como en la teológica, y apenas si han sido posteriormente desarrollados. La conclusión, aunque lleve implícita la desilusión a no pocos de sus partidarios, es tajante: «Hoy quizá no es posible todavía un conocimiento exhaustivo de Teilhard, porque no se han publicado todos sus escritos. Además, los publicados no nos manifiestan con toda claridad el pensamiento del autor. ¿Por qué? Primero, por la imprecisión de su lenguaje. Segundo, porque quizá los redactó —esto es, algunos o muchos de ellos— sin intención de que fueran publicados, sino para obli-

garse él, escribiendo, a clarificar y profundizar sus ideas, como es corriente aún en serios escritores, con miras a volver después sobre lo escrito y darle la última mano, lo cual él no podría realizar. O bien, quiso escribir, en tales o cuales ocasiones, para comunicar a ciertos amigos su pensamiento, pero no para comunicarlo al público indiscriminado; a lo menos, sin antes dialogar con los destinatarios y pensarlo más detenidamente. De lo que hay indiscutibles ejemplos.

»Por esto es posible que, aún después de publicarse todos los inéditos, no podamos precisar, a lo menos en todos sus matices, las ideas exactas de Teilhard.

»No sería temeridad pensar que la publicación de ciertos inéditos suyos, que no pudo revisar, o de hecho no revisó, porque no quería, quizá, que se publicaran, sea una violación de su intimidad. El mismo Lubac confirma todo esto y añade que muchos de los ensayos de Teilhard habrá que considerarlos hoy sólo como documentos útiles para el estudio de un pensamiento que se va formando, y no como expresiones de un sistema ya perfectamente formado.»

* * *

Teilhard de Chardin, como con ejemplo agudeza demuestra en estas páginas Claude Cuenot, es el filósofo y el teólogo de la ciencia. Toda su obra está escrita bajo esa preocupación, que es también la gran inquietud del hombre en nuestro tiempo, y, lógicamente, nada tiene de sorprendente que el esfuerzo que entrañan sus principales meditaciones gire sobre la relación hombre-ciencia-técnica. Imposible resulta el «entender» el pensamiento del padre de la *teoría del punto omega* si, efectivamente, nos olvidamos de que el hombre de nuestro tiempo —y Teilhard es un hombre de nuestro tiempo (nace en 1881 y muere en 1955)— se encuentra ávido —como en época alguna del pa-

sado— de un saber absoluto que le entregue algún modo de respuesta a aquellas cuestiones que entrañan el sentido de su existencia. *Este saber lo solicitará de la ciencia* —de imposibles síntesis científicas—, del ocultismo... o de formas diversas de «falsa moneda intelectual». Ante todo, de síntesis del saber científico al modo de los tratados de *rerum natura* de antaño. Las extrapolaciones de conceptos científicos a visiones cosmogónicas estilo Julián Huxley, más o menos lindantes con la *science-fiction*, son un buen ejemplo de esta «falsa moneda intelectual», cuyos ensayos han sido siempre desdichados y estériles. Otro intento de satisfacer esta exigencia de un saber absoluto es el de los fenomenólogos. Los «mitos doctorales» de un saber apoyado en aparentes evidencias esenciales, que, por un principio idealista, no alcanzan nunca la realidad como tal...

«El inmenso vacío —ha dicho un autor— que estas respuestas dejan en el espíritu de los hombres determina en ellos la tendencia, en su estado ya puro, hacia los mitos o fábulas pseudo-filosóficas. Aquí el papel de las mezclas audaces de ciencia, filosofía y teología propias de las *gnosis* de todos los tiempos. Los gnosticismos de la época helenística-romana, las síntesis emanatistas del medievo árabe (Iben Arabí, sobre todas), y, en el mundo cristiano, Jacobo de la Boehme y Fichte, característicamente. Pero, en nuestro tiempo, y en la forma culminante que corresponde a una avidez máxima de tal producto, el gran mito teilhardista, *teología-fiction* por excelencia.»

Pero, ciertamente, si nos fijamos detenidamente en el pensamiento filosófico y teológico de Teilhard al punto advertiremos que el mismo está matizado por una honda inquietud dramática —así lo pone de manifiesto en su libro Claude Cuenot—, a saber: conquistar una explicación aprehensible por los sentidos de nuestro destino y del paso del hombre por el

mundo. Desde esta perspectiva, ni existe mito ni exageración alguna en las «respuestas» que el autor de *El medio divino* ofrece: «Así, la existencia humana es genuinamente trágica. No por razones accidentales, por peligros exteriores, que puedan acosarla. No tan sólo por el aplastamiento de sus proyectos ante una voluntad más fuerte o un destino ciego, como en el héroe griego, sino porque ser hombre consiste en una gran tragedia. Significada por el haz de anttesis que venimos señalando. Apertura frente al enciaustramiento, transcendencia imaginativa frente a la finitud de origen y de fin. Lucha, pues, entre lo humano como ser rebosante siempre en persecución de un más allá, de una plenitud superadora, y una ontología que lo encierra brutalmente en sus propios confines. Afán de conquista encadenado. Siempre ser metafísico, siempre huyendo del límite, y siempre insulado en su prisión existencial.

»Más aún, en el centro de la existencia humana se instala este conflicto perenne, machaconamente, en cada instante. Si la vida humana es finita como un segmento, aun por debajo de la plenitud de éste, jamás conviven sus partes. Jamás es el hombre dueño de enseñorear este breve trecho de su existir, que se convierte, al inclinarnos sobre él, en fugacidad.»

* * *

En honor a la verdad, así lo afirma Claude Cuenot con la intencionalidad de desmentir las críticas heterodoxas que recaen sobre Teilhard de Chardin, la figura estudiada en estas páginas no descubren la importancia de la ciencia y su inequívoca dimensión filosófica puesto que el problema que ahora registra una candente actualidad, a poco que se profundice en sus orígenes queda demostrado que ya en otras épocas fue, igualmente, eje central de la preocupación humana. «Fue el Renacimiento el que, de manera

insistente, empezó a plantearlo. En efecto, el cristianismo, en la Antigüedad, había adoptado, pura y simplemente, la cosmología de su tiempo, con su geocentrismo y su jerarquía de esferas encajadas unas en otras, y en la Edad Media había conservado esta cosmología, limitándose a bautizarla. Pero el siglo XVI, era de la disociación, rompió esta armonía con dos descubrimientos fundamentales: por una parte, el de gran cantidad de tierras desconocidas cuyos habitantes no conocían a Cristo, y de otra, el del heliocentrismo, debido a Copérnico. Ya en el siglo XVI, algunos "filósofos de la naturaleza", como Giordano Bruno, atacaron a la religión, pero fue el siglo XVII el que asistió a los primeros choques graves entre los dos poderes espirituales, la ciencia y la fe: Galileo, partidario del heliocentrismo, fue condenado por la Inquisición, y la investigación científica, en los países católicos, salvo en Francia, fue ahogada en su mayor parte durante varios siglos. Por fortuna, en Francia, país galicano, la situación resultó más matizada. Pascal fue un gran sabio, Descartes se mostró lo bastante prudente para no pelearse con la Iglesia, los jesuitas se volvieron cartesianos y la Sorbona, ciudadela de la reacción y del oscurantismo, no pudo inhibir el progreso científico.

»Pero en el siglo XVIII francés, el movimiento científico francés estuvo casi totalmente al margen de la Iglesia, que condenó a los "filósofos" y los enciclopedistas herederos de los "libertinos" del siglo XVII hijos a su vez del Renacimiento. En el siglo XX, a pesar de la presencia de grandes sabios católicos como Lapparent o Branly (o espiritualistas como Pasteur) la ciencia triunfante asume la pretensión de sustituir a la religión.»

Es claro que a la ciencia puede el sabio acercarse por dos caminos: el camino de la fe y el camino de la duda. Así, pues, la filosofía teilhardiana es la de un sabio que se interroga sobre los resortes exis-

tenciales de la ciencia; pero —nos asegura Claude Cuenot— es su fe cristiana lo que lo ha llevado a interrogarse, porque la fe, en conjunto, es una pregunta formulada por el hombre y una respuesta de Dios, al menos tal como el hombre la comprende. Y esta fe de Teilhard, lejos de perjudicar a la ciencia, se limitó a iluminarla y a prolongarla, o más exactamente, a revelar sus profundidades. El investigador es como un hombre encerrado en una cueva. La verdad sólo brilla para él como un débil rayo de luz: Teilhard le ha revelado que este fino haz de luz procede del gran sol de Dios.

Consecuentemente, en relación con el tema que nos ocupa, no constituye afán de sensacionalismo alguno el subrayar que la ciencia moderna no ha dicho nada nuevo al hombre. «La ciencia moderna ha sido un resorte fundamental para abrir ante el hombre la nueva idea del cosmos y la vida como proceso total. Mas, en el fondo, tal concepto ha sido anticipado por el pensamiento bíblico.

»Es mostrable cómo la ciencia física moderna resulta también posibilitada por la revelación antiguo-testamentaria y su difusión en la cultura cristiana, aunque esta idea pueda desconcertar a más de uno. Sin embargo, es preciso recordar que la idea decisiva de la nueva ciencia en el Renacimiento, la captación de la ley natural, había quedado presa en el mundo griego, reducida al dominio de lo astronómico. La gran revolución de la ciencia natural moderna se encuentra en la extensión de ese concepto de ley, desde el universo astral, al dominio todo de la naturaleza. Mas la aristotélica contraposición de lo sublunar y lo celeste proyectaba esta concepción del orden sobre los cielos, dejando la tierra sumida en el azar. Contraposición empapada en el espíritu helénico adorador de los cielos, el mismo que persiguió a Anaxágoras cuando se atrevió a afirmar la unidad de nuestro suelo y de la materia astral, creyendo percibir una

blasfemia impía. En este sentido negativo ante la materia más inmediata está presente también otro gran motivo helénico: el dualismo. Recordemos cómo Aristóteles no hace, según la penetrante visión de Jaeger, sino trasladar cosmológicamente, fiscalizar el radical dualismo de Platón. Y estos motivos son rotos por el pensamiento cristiano, asentado sobre la revolucionaria idea de creación, afirmación de la bondad de la materia y de la unidad del Cosmos. Todo el Universo resulta legible racionalmente, como huella del logos divino. Así, bajo la extensión antes recordada del concepto de ley, podemos percibir la acción de este mundo nuevo de ideas cristianas.»

* * *

Lo que encontramos en Teilhard de Chardin, en definitiva —esta es la tesis más significativa de cuantas expone a lo largo de las páginas de su libro Claude Cuenot—, no es una angustia radical sino una angustia que es uno de los términos de una dialéctica ardiente, cuyo otro término es la esperanza, puesto que, enfrentado con el dolor de la evolución o angustia cósmica, todo el pensamiento de Teilhard se dirige a superar el miedo, a justificar la confianza existencial.

El mundo, para Teilhard de Chardin, no es completamente oscuro, el valor estriba en retener ambos extremos de la cadena, tesis y antítesis, y en buscar tensioneramente la síntesis que debe ser hallada únicamente en Jesús crucificado y transfigurado. Con Teilhard, la angustia no es, como con Kierkegaard, un salto de lo finito a lo infinito; es la voluntad de atravesar lo finito hasta el mismo final, la aceptación de la propia presencia en el mundo con toda la terrible impotencia de hombre. *Somos viajeros entre un origen y un término que no conocemos.* El hombre es terriblemente poderoso e impoten-

te. La angustia de Teilhard es la voluntad de atravesar el mundo. Para Pascal, Jesús está en agonía hasta el fin del mundo; para Teilhard el hecho humano es más parecido a las estaciones de la cruz que a un idilio.

Lo que profundamente nos desorienta en Teilhard de Chardin, y algo de esto se nos insinúa también en las páginas finales del libro, es esa especie de endiablada trama teológica y filosófica en virtud de la cual el inquieto jesuita, en no pocas ocasiones, nos habla como filósofo cuando es preciso hablar como teólogo o se pronuncia como teólogo cuando, ciertamente, es preciso hacerlo como filósofo.

Estas dos dimensiones se confunden, se entrecruzan, se mezclan constantemente en Teilhard de Chardin provocando la desorientación, el estupor o la perplejidad en sus lectores. Ocurre que Teilhard, aunque de un modo altamente original, es un fenomenologista. Aspira a alcanzar una comprensión del hombre a base de considerarlo en su *milieu* o medio ambiente, y desea no abstraer nada, no dejar de lado nada de este medio ambiental de espacio y tiempo. Toma —señala Claude Cuenot con gran acierto— el Cosmos entero y su obra es, esencialmente, una historia universal que va más allá de los períodos históricos.—J. M. N. DE C.

M. BUNGE: *Teoría y realidad*. Barcelona, 1972; 303 págs.

Mario Bunge, el conocido filósofo de la ciencia argentino, emigrado de su país desde la primera etapa peronista, presenta en este libro quizá una especie de síntesis-resumen de las conclusiones a que ha llegado en sus diversos trabajos en torno a la naturaleza de la ciencia: establecer la cual comporta también una exigencia ética. En efecto, dado que el mundo actual está basado, en gran medida, en el conocimiento científico una concepción errónea no sólo impediría progresar sino que ocasionaría pérdidas irreparables. Y no sólo eso, sino que, en caso de aplicarse indebidamente las teorías científicas, la propia Humanidad se destruiría.

La ciencia actual no se detiene ya, en efecto, en los límites de lo que tradicionalmente se llamaba naturaleza (equivalente, casi siempre, al objeto de la física), sino que la biología y la sociedad en sus diversas facetas son objeto —en cierto modo preferido— de la actividad científica. Ahora bien, la peligrosidad de la ciencia resulta patente cuando se cae en la cuenta de que en modo alguno se trata de un saber acumulativo y que, por lo

tanto, impondría hasta cierto punto, una dirección, sino que —en ello suele insistir Bunge en sus obras— «hoy el progreso científico se mide por el progreso técnico mejor que por la acumulación de datos», pues «la ciencia contemporánea no es experiencia sino teoría más experiencia planeada, conducida y entendida a la luz de teoría» que suelen formularse en lenguaje matemático: «las teorías específicas son, en efecto —escribe el autor—, modelos matemáticos de trozos de realidad». Lo cual plantea muchas cuestiones, responder a las cuales intenta la presente obra reseñada. Por cierto que destaca cómo, para su cabal comprensión, es preciso tener en cuenta el trasfondo social en que la ciencia adquiere su estatuto definido.

El concepto de modelo introduce, por decirlo así, a la obra del filósofo argentino. Aquél aparece a consecuencia del abandono de la idea inductiva de la ciencia y el auge paralelo del constructivismo: «Empezamos a comprender que el fin de la investigación no es la acumulación de hechos, sino su comprensión, y que ésta

sólo se obtiene arriesgando y desarrollando hipótesis precisas.»

Esta empieza por deslindar rasgos comunes a una clase de individuos, resultando, pues, objetos-modelos como el *coro* o el *homo sapiens*, modelos conceptuales de cosas o hechos que, no obstante, si se pretende injertarlos en una teoría, tienen que ser revestidos con determinadas propiedades. Rechaza, en efecto, Bunge lo que él mismo ha llamado el «mito de la simplicidad». Las teorías científicas no son simples, sino complicadas. Comienzan, ciertamente, por un proceso de simplificación, pero se complican luego al adquirir rasgos más complejos, como se ve claramente en el caso de los modelos que tienen por naturaleza a progresar en complejidad. Resume muy bien Bunge las diversas concepciones de los modelos, destinados, cada uno de ellos, a morir más pronto o más tarde. Observación, intuición y razón combinados son el origen de los modelos teóricos cuyo objeto es ser contrastados. En el capítulo o artículo segundo se ocupa de los modelos teóricos propios de las ciencias de hechos, sean estos naturales o sociales, y a continuación de las teorías fenomenológicas en sus diversos niveles. Estas dan lugar a las «teorías de la capa traslúcida», prohibidas, sin embargo, por el positivismo tradicional. En parte con razón, debido a la excesiva consideración otorgada a la teoría fenomenológica en detrimento de la teoría representacional cuando precisamente las teorías no fenomenológicas suelen ser superiores a aquéllas.

Trata luego del grado de madurez de la investigación científica, que depende de la

profundidad y de la estructuración lógica de las ideas implicadas, asunto referente, en verdad, a la cualidad y no al número o cantidad, reputando, pues, la idea pura y simple de la simplicidad en la evolución de teorías y especificando los requisitos ideales que debe reunir cualquier teoría para decidirse por ella. En el capítulo siguiente aborda la cuestión del realismo de las teorías, con referencia especial a las físicas, continuando con consideraciones acerca del valor de los conceptos, analogía, simulación y representación. Ahora bien, una grave cuestión, que constituye el tema de otro capítulo, es la de la relación teoría-experiencia.

Acéptase, por lo general, que todas las teorías científicas dependen de otros tipos de pruebas que las empíricas; pero esto suele entenderse como la confrontación de las precisiones teóricas con los datos empíricos, sin tener en cuenta que a su vez éstos se relacionan con otras teorías.

El penúltimo capítulo, sobre predicción y planteamiento, está destinado a discutir la idea general de que «previsión tecnológica» equivale a profecías sobre el desarrollo tecnológico, y a fin de dilucidarlo acude a la consideración de la naturaleza de la acción racional e informada. Discute, pues, Bunge el estatuto de la futurología y sus pretensiones de independencia y autonomía científica.

Versa el capítulo final sobre la «filosofía de la investigación científica en los países en desarrollo», rebatiendo ahí, por ejemplo, la creencia popular de que las ciencias naturales deben tener preeminencia sobre las ciencias del hombre.—D. N.

GERARD BONNOT: *Han matado a Descartes: Einstein, Freud y Pavlov*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1974; 331 págs.

La gran tesis que a lo largo y a lo ancho del libro que suscita nuestro comentario se defiende no es otra que la

siguiente: muy pocas veces el científico, el artista y el escritor genial tienen plena conciencia o una idea lo suficientemente

clara de lo realmente extraordinario de sus obras. Por otra parte, conclusión no menos valiosa a la que llega el doctor Gerard Bonnot, pocos son también los que se precupan por las intimidades, por las características, por los detalles que acompañaron, casi como inmóvil decorado de fondo, a aquel «momento estelar» que desembocó en el hallazgo científico fuera de serie, en la composición de la sinfonía de estremecedor mensaje o en el sutil manejo de versos de calidad y armonía irrepetible. El hombre ejemplar, especialmente en el área científica —tres son los egregios ejemplos que se nos brindan en estas páginas (Einstein, Freud y Pavlov)—, resulta totalmente incomprendido. Casi nadie se interesa por la intimidad de su vida, por sus rasgos comunes a tantos otros hombres y sí, en cambio, su descubrimiento, su aportación lírica, su creación filosófica despierta la atención de sus semejantes. Diríase, y no constituye una exageración, que al hombre genial no le pertenece, en rigor, el fruto de sus innumerables vigiliias y dolores...

Efectivamente, señala el autor del libro que comentamos, fuera de un estrecho círculo de especialistas, ¿quién se preocupa de los efectos lejanos de un descubrimiento científico, de los resultados de una teoría pura? ¿Quién se dedica a explorar ese género de causalidad, a demostrar hasta el límite sus consecuencias? ¿Dónde se enseña?

Contar una historia es anudar los hilos dispersos de una causalidad, seguirlos hasta el secreto nudo en que se entremezclan, descubrir la red que dibujan. No se puede una librar fácilmente de Einstein, de Freud o de Pavlov reduciéndolos a simplificaciones o confiándolos al estante de las monografías técnicas. Son hombres que actuaron. Sobre nosotros. Sobre este siglo. Y mucho más profundamente que los dirigentes militares, que los hombres políticos, que los filósofos o los magnates de la industria. Mucho más profundamente

de lo que ellos mismos creyeron. Los combatientes son los últimos en poder juzgar lo que se arriesga en una batalla, las perspectivas estratégicas que ofrece. Nuestros hombres se contentaron con luchar. Con ocupar el terreno que les había asignado el azar de la vocación. Sin advertir que unían sus esfuerzos para ganar una de las más duras batallas de nuestra cultura: una determinada idea que tenemos desde hace siglos de la razón y las relaciones que el hombre debe establecer con ella.

Antes de proseguir adelante es preciso señalar que, quíerese o no, el genio científico es distinto del resto de los genios. La razón de esta categórica afirmación es obvia: la ciencia no tiene prisa. Ya lo hemos dicho; su naturaleza consiste en avanzar por sus pasos contados. Pero tiene a su favor el tiempo y nunca se deja apartar de su objetivo. Que no es lo útil ni lo provechoso, sino lo verdadero. No había asumido solamente la tarea, como se creyó al principio, de trazar un nuevo mapa del Universo, aunque fuera más exacto que todos los que le precedieron; ni siquiera de acrecentar en proporciones fantásticas nuestros recursos y nuestro poder, como les gusta afirmar a nuestros letrados internacionales y prebendados.

Tiene razón el instinto popular contra la prudencia de los letrados. En efecto, ante nuestros ojos se produce una mutación. Fundamental. Definitiva. No, desde luego, una segunda revolución. La misma, la de Galileo, que se creía terminada, moderada, confiscada por la industria, pero cuyo genio subversivo continúa actuando subterráneamente y que al fin ha llegado a término. Detrás de toda esa chatarrería de calderas, de condensadores, de bombas, correas y engranajes, bajo ese farrago de hilos eléctricos y tubos, de teorías o de ecuaciones, estaba en juego la verdad. Ya que la ciencia, de entrada, se definía como una manera nueva de aprehender el mundo, fue preciso que tam-

bién ella cambiara, progresivamente, la totalidad de las relaciones que el hombre mantenía consigo mismo. Y no sólo con los objetos que se fabrican, que se compran y que se venden. Ya está. El hombre ha cambiado, cambia, se verá obligado a cambiar. Si no su naturaleza, al menos algo que se le parece mucho.

La primera figura que se examina en estas páginas es la del singularísimo Albert Einstein: «Tiene usted suerte —le dijo un día Bergson—. ¡Adquirir una fama universal con teorías tan difíciles que no habrá más de una docena de personas en el mundo capaces de comprenderlas!» Hablaba con conocimiento de causa. Cuando pretendió por sí mismo discutir la teoría de la relatividad, hubo de suprimir ese pasaje de las reediciones de su obra; en opinión de los matemáticos, su análisis probaba sobre todo que las ideas de Einstein habían resultado inaccesibles para él. Pero el común de los mortales no es filósofo. Por el contrario, la oscuridad, el misterio, aumentaban el prestigio del sabio. Qué importa si no era posible seguirle en sus demostraciones con tal de que los iniciados, sus iguales, le rindieran armas. Al profano le era suficiente saber que había trastornado toda certeza, que hacía juegos malabares con las nociones menos discutibles, las mismas que sirven de punto de referencia en el desorden de las apariencias, el tiempo, el espacio, la materia y la energía, con tanta facilidad como el poeta con las palabras. Más aún, había ampliado el campo de lo posible multiplicando los universos, añadiendo nuevas dimensiones a lo real, ni más ni menos que un Arthur Rimbaud o un André Bretón.

Fue, se insinúa en otro lugar de este libro, el apóstol de la sencillez. Durante toda su vida Einstein se mostró como el más apacible, acomodaticio, servicial, de los hombres, con tal de que no se pretendiese cambiar su profunda naturaleza. Ahora bien, nada parece haber sido más

esencial en él que esa necesidad de establecer una relación directa, inmediata, casi carnal con la verdad. No podía decidirse a recibirla del exterior ya elaborada, sin examen. Incluso era incapaz de aceptar las cosas más pequeñas mientras no las hubiere comprobado por sus propios ojos.

A veces se ha saludado la obra de Einstein como acta de excarcelación, la autorización final para soñar libremente. Los poetas creyeron poder reivindicarlo en virtud de la técnica de la amalgama. Hablando estrictamente, nada más falso. Por el contrario, Einstein permanecerá en la historia de la ciencia como quien repudió por completo el soporte de la imaginación. Y sacar efectos de estilo del vértigo de lo incomprensible es todavía una manera de engañar. Para una ínfima minoría de privilegiados, la física nunca se afirmó tan precisa, tan rigurosa, tan rica en lo que es preciso llamar significados, aunque éstos choquen contra nuestras costumbres mentales.

Pero es cierto que al despedir a los poderes de la imaginación, Einstein les dio una cierta forma de libertad. ¿Por qué prohibirse los sueños, para qué, incluso, mantenerlos bajo tutela, cuando estamos seguros desde ese momento de que nada tiene de esencial, de que han perdido su poder de revelación? ¡Viva la escritura automática y la pintura abstracta! La libertad de lo insignificante tiene la ventaja de carecer de límites. Y el retiro, si no el sueño, de la razón ha engendrado extraños monstruos de los que el hombre honrado no tenía la menor idea.

* * *

En Freud, segunda de las personalidades que se glosan en las páginas del libro que comentamos, tenemos el ejemplo del genio que tiene que dar mil rodeos hasta encontrar la clave de su propia vocación. Efectivamente, se nos indica, no basta amar la ciencia de lejos, ni siquiera

querer servirla con todo el corazón. En cualquier sector avanzado de la investigación Freud quedaba desclasificado. Pero todo es relativo. En su tiempo balbucía la biología; con mayor razón la fisiología. Bajo la bandera del arte, la medicina abarcaba una mercancía disparatada en la cual supervivencias mágicas se daban la mano con un empirismo sumario. Nada impedía, pues, a Freud, que había pasado de la anatomía del sistema nervioso a la psiquiatría, imponerse en ella. Muy inteligente, trabajador infatigable, dotado de una inagotable curiosidad espiritual, poseía incluso todas las cualidades requeridas para figurar entre esos grandes patronos que provocaban la admiración del siglo y cuyo esplendor tenía tanto que ver con la cultura, el talento expositivo, la amplitud de sus actividades, como con el rigor de los conocimientos o con la eficacia práctica.

Por un extraño destino, naturalmente muy difícil de explicar, Freud encuentra la realización de toda su existencia fijando la atención en el hombre —en la intimidad humana—. No nos sorprende, pues, que el autor de este libro subraye efectivamente que, quierase o no, los trucos de la historia tienen decididamente un aire familiar. Queriendo fijar la verdad sobre bases indiscutibles, Einstein la transforma tan profundamente que el hombre ya no puede reconocerla como suya. A Freud le interesa sólo el individuo. Y termina por despojarlo de ese sentido de la responsabilidad que lo definía a sus propios ojos, para arrancarle el bien después de lo verdadero. Siempre es peligroso emprenderla con las fronteras de una cultura. A fuerza de ahondar se corre el peligro de derribar algunos de los puntales que son indispensables para su equilibrio.

Al cabo del tiempo comprendemos mejor que ambos hombres, sin quererlo, se limitaron a sacar las consecuencias del triunfo de la ciencia. Profetizan a la orilla del siglo. O más bien, demuestran a

aquellos que tienen oídos para oír, que el hombre, tal como es entendido, no sobrevivirá a la nueva ideología. Ese acuerdo entre humor y razón, lógica e imaginación, en el cual buscaba su realización, ya no tiene sentido. El físico ha cortado los lazos que lo unían concretamente al universo. El psicólogo le ha retirado el control de su propia sensibilidad.

Pero concluir de ello que el hombre desposeído, desmembrado de ese modo, ha dejado de existir en cuanto tal es todavía una manera de referirse al pasado. Y olvidar que la ciencia no había dicho su última palabra.

* * *

La tercera figura que el doctor Gerard Bonnot analiza es la de Pavlov, uno de los científicos más ejemplares que han existido y, sobre todo, un hombre eternamente fiel a su propia ideología. Quizá no siempre declaró públicamente todo lo que pensaba, pero es seguro en todo caso que jamás escribió una frase contra su convicción íntima. Incluso su formación de sabio, obligado siempre a buscar lo más decididamente posible una verdad que se oculta, se lo prohibía. Su estilo posee esa voluntaria simplicidad, esa transparencia rayana en la vulgaridad, que van bien a las memorias de la experiencia. Incluso cuando habla de sí mismo. «En conclusión, debo considerar que mi vida ha sido feliz y lograda. He obtenido el máximo de lo que puede esperarse de la vida, la plena justificación de los principios con los cuales la inicié. Soñaba con encontrar la alegría de vivir en el trabajo intelectual y en la ciencia; la he encontrado y todavía la encuentro... He renunciado a los intereses materiales de la vida, a los medios, astutos a veces y no siempre irreprochables, que los procuran; esta renuncia no sólo no la lamento sino que, por el contrario, es uno de mis consuelos actuales.»

¿Para bien o para mal? A ojos de muchos, la obra de Pavlov es un atentado contra la libertad individual, una empresa de deshumanización y de esclavitud. De las dos lecturas a que se prestaban los reflejos condicionados, se elige la más fácil, la que se adecua a las peores intenciones del hombre, a sus más arcaicas sujeciones. Y hay que convenir en que el desencadenamiento de violencia insensata que ha caracterizado los últimos decenios parece dar crédito a esta interpretación. Pero fue Lenin el que puso la violencia al servicio de la razón, Hitler el que erigió la histeria colectiva en procedimiento de gobierno. No cabe la menor duda de que los campos de concentración fueron una tentativa de condicionamiento que sobrepasa los límites del horror. Pero culpar a Pavlov del humo que vomitaban las chimeneas de Auschwitz es tan injusto como imputar a Einstein las cenizas de Hiroshima. Pues no se puede elegir entre las dos lecturas. No se excluyen, se complementan. El hombre ha sabido siempre que debía adaptarse a las circunstancias. De grado o por la fuerza. Al dilucidar el mecanismo de esta adaptación, Pavlov le ofrece, por el contrario, la posibilidad de imponer la evolución necesaria, de sustituir por la astucia y la violencia la razón y el libre consentimiento.

Hemos insistido en los sueños prometeicos que alimentaba Pavlov. No queremos decir que influyeran esencialmente en el rigor de su trabajo científico. Pero la ciencia inútilmente es universal en sus conclusiones; sigue siendo obra de sabios, es decir, de individuos singulares. Que se sirvan de ella para imponer su visión del mundo tanto como la sirven a ella. Si no se hubieran adaptado a las reglas del razonamiento científico, de la experimentación y de la demostración exacta, ni Einstein, ni Freud, ni Pavlov nos interesarían. No por ello dejan de dominar desde muy arriba el oscuro mundo de los laboratorios. Con su genio, se dice. Pero el genio, a fin

de cuentas, ¿no es en ellos esa parte que escapa al orden impersonal de los lógicos? El misticismo de Einstein. La despiadada lucidez de Freud. No ocurre de otro modo con Ivan, hijo de Piotr Dmitrievich Pavlov, a pesar de todo el trabajo que se tomaba por esconder su lámpara bajo el celémfu. Pues caracteriza el siglo, más allá de la neuralgia y de la psicología, merced a su sueño de tratar un día al ser vivo, y al hombre, como un objeto.

* * *

El sabio, el hombre ejemplar, el hombre irreplicable, se queda, y no pocas veces, en la mitad del camino. Ninguno de los tres hombres —Einstein, Freud y Pavlov— llegaron completamente al término de su empresa, ninguno consiguió someter la totalidad de nuestra experiencia a los principios que había establecido. Queda, pues, un lugar para los aficionados al pasado, en los márgenes, en esa frontera insegura en donde adversarios impenitentes y herederos abusivos se han apresurado a hablar de fracaso. Nada les prohíbe, en todo rigor, defender un espejismo de verdad, una sombra de moral, un resto de libertad. Es tan difícil convencerlos de mala fe como demostrar que Dios no existe. Pero la fuerza de un pensamiento reside en lo que éste afirma. Es imposible negar, si uno es honrado, que Einstein, Freud y Pavlov han abierto a nuestra comprensión nuevos campos de la realidad, que las herramientas intelectuales que forjaron con esa finalidad dan, asimismo, cuenta de los conocimientos adquiridos antes de ellos. En el combate tienen la ventaja de la ofensiva, y de la fecundidad. Mientras que resulta difícil descubrir cómo el antiguo ideal podría asimilarse a ellos, o al menos acomodarse a ellos. Le son tan extraños que los tres hombres tuvieron, en uno u otro momento de sus vidas, que renegar explícitamente de él para continuar su

camino. ¿De qué serviría encarnizarse defendiendo conceptos que ellos vaciaron de su contenido? Puede sostenerse, por el contrario, que al cambiar su forma, salvaron su contenido.

La conclusión final de estas páginas no admite duda alguna, a saber: incluso en la obra más genial del ser humano parece existir cierto matiz de frustración. Ninguna de las grandes empresas del hombre llega nunca hasta el cielo, sucumbe antes frente a obstáculos que no habían sabido prever. Y ese día tendremos una verdad nueva. Más rica, más total, más plenamente humana. Quizá. Probablemente. Pe-

ro no podemos adivinar ni el día ni la hora. Llegará a nosotros como un ladrón; padeceremos su asalto en la angustia y la contradicción antes de reconocerla. Como Galileo, cuando inauguró la revolución científica. Como Einstein y Freud y Pavlov cuando se vieron obligados a presentar batalla al recuerdo de Descartes para conquistar su propia verdad.

Todo verdadero pensamiento es, indisolublemente, no sólo rebelión, sino también conversión y metamorfosis; el espíritu está condenado a hacerse camello, y después león, antes de aprender a bailar.—J. M. N. DE C.

V A R I O S

DIONISIO RIDRUEJO: *Entre literatura y política*. Colección «Hora H», núm. 38. Seminarios y Ediciones. Madrid, 1973; 240 págs.

Nos encontramos ante una obra integrada por una serie de escritos —artículos, ensayos, prólogos y manifestaciones, según el propio autor— en los que se entremezclan la preocupación política y el quehacer literario. Brotan dichos escritos, según se explica el mismo autor, de la zona de penumbra donde el interés por los temas literarios y políticos se funde, aunque no falten pasajes literarios sin segunda intención ni escritos que sólo tienen por objeto comunicar ideas o reflexiones sobre situaciones políticas o sociales.

El libro se halla dividido en tres partes, tituladas, respectivamente: «Entre literatura y política», «Notas del tiempo» y «Preguntas y respuestas», que, a su vez, se encuentran fraccionadas en escritos de muy diverso tipo, como ya dijimos. La primera parte está integrada por un total de once escritos de muy diverso tipo. Hace referencia el escrito inicial —quizá el más interesante de esta par-

te— a la evolución de la vida intelectual española en el primer decenio de la postguerra. «Esta etapa se caracteriza por tener su arranque en una conmoción de vastas proporciones que, en su primer momento, no deja sobre el solar español sino residuos de la etapa precedente, aunque también, naturalmente, hay alumbramientos y promociones.» La investigación y la enseñanza —apunta Ridruejo— se convierten en esta década en empresas oficiales de un Estado dogmático que con frecuencia las delega a una Iglesia de cruzada. Se va a producir en esta época un retrotraimiento a épocas pasadas de supuesta o efectiva plenitud para buscar el modelo óptimo, lo cual es para nuestro autor contradictorio, pues la nación es concepto contemporáneo y en alguna medida naturalista, mientras que los nacionalismos extremos han sido en nuestro siglo movimientos retrospectivos de un culturalismo flagrante. En una triple circunstancia basa Dionisio Ridruejo la aparición de las

primeras manifestaciones de «contestación» en la atmósfera intelectual: la improbabilidad de poder desrealizar al hombre; la falta de fe del sistema en cualquier imagen cultural —afirmación ésta que no podemos aceptar en absoluto, y que consideramos excesiva y desproporcionada— y la flojedad de las barreras aislantes.

Tras lo dicho, Ridruejo llega a la conclusión de que a lo largo del decenio de los cuarenta se suceden tres etapas diferentes, que se pueden caracterizar como el inconformismo, la independencia y la contestación condicionada. A modo de síntesis, destaca cómo en el período 1939-50, y también en la década siguiente, la política ha incidido sobre la vida intelectual española más intensamente que en cualquier otro tiempo de nuestra historia, si se exceptúa, quizá, la década de 1823 a 1833.

En el segundo escrito de esta primera parte, titulado «Hojas de cartera», el autor contempla una serie de fenómenos que van a tener su importancia en la década de los años cincuenta: el neorrealismo italiano, el socialismo también italiano, la tradición, el intimismo literario, el expresionismo... Con respecto a este último, afirma lo siguiente: «Al igual que las realidades culturales se refieren unas a otras y todas a una situación histórica, la actitud impresionista en el arte corresponde a una actitud de conformidad en el orden que hay en el mundo o la esperanza de que ese orden no necesite de nosotros para perfeccionarse. Por el contrario, la actitud expresionista indica una actitud de ruptura o disconformidad con el mundo y la conciencia de que hay que transformarlo». También dentro de este escrito hay referencias al pensamiento y actividad intelectual de algunas personas pertenecientes a muy diversos campos: filosófico (Javier Zubiri), artístico (José Llorens Artigas) y literario (Pasternak).

Mucho más breves que los anteriores son los escritos que los siguen. Están dedicados, fundamentalmente, a la contemplación de algunos de los rasgos esenciales de determinadas facetas del pensamiento de destacados intelectuales. El primero de ellos es Marañón, «cuya gran influencia ha tenido como instrumento su doble actividad pública de escritor y médico; actividades que han hecho de él la persona que realmente era: el hombre de inacabable comprensión y espíritu de equilibrio, autor de la confianza que había de cosechar entre la gran masa». «Marañón —que, según Ridruejo, fue un liberal, sobre todo porque puso en el centro de todos los problemas sociales y políticos el elemento que para él tenía mayor fuerza redentora y operativa: el de la conducta individual humana— no se convirtió en autoridad social efectiva por la mera acumulación de sus múltiples cualidades ni por el mero despliegue de sus actividades públicas, sino por su ética decisión de servicio y por su manera, más ética aún, de entender el servicio público como obra de la propia e irreductible libertad.»

Los escritos siguientes están dedicados a Antonio Machado —que ha renacido veinte años después de su muerte, y sigue siendo el más actual de los poetas españoles; quizás, porque Machado ha podido enfrentarse con la totalidad de los problemas que interesan a la vida del hombre: desde el religioso al político, desde el estético al social—; Ramón Menéndez Pidal («cuyo privilegio de longevidad sirve a los demás para creer, algo más firmemente que antes, en la vida como crecimiento, en la vida específicamente humana que, por otro nombre, llamamos espiritual»); Ausias March —al que, a los 500 años de su muerte, considera Ridruejo como el primer gran poeta humanista de la península—; Curzio Malaparte (uno de los vanguardistas de la aventura italiana del fascismo, lo que,

no obstante, no le impedirá volver en una etapa subsiguiente a las fuentes de la tradición italiana humanística y europeizante); André Philip —el famoso autor de *La Démocratie Industrielle*, investigación de carácter práctico, en la que se relacionan dos factores-problemas que la ciencia política actual considera inseparables: el del desarrollo económico y el de las relaciones de producción, que implica el más acentuadamente ético de la condición obrera; este profesor francés queda incluido, por medio de su libro, en la corriente de humanismo contemporáneo, pudiendo resumirse toda su vida de pensador y político, en la búsqueda de la refundición liberal-socialista — Y, por último, Ignacio Silone (el escritor italiano, dirigente de las Juventudes Socialistas y uno de los primeros miembros del P. C. I., «cuya obra literaria no ha sido sino una investigación para esclarecer el verdadero significado de su rebeldía juvenil, de su "salida de seguridad", profesando en el partido de la revolución proletaria, y de las razones de su ruptura con ese partido, cuando comprendió que se habían cancelado de sus fines todo gusto de libertad y todo aliento de justicia»).

Completan esta primera parte dos escritos que llevan por título «El hombre y su historia» y «Sobre la juventud española». El primero de ellos —prólogo al libro de Francisco Fernández Santos, del mismo título — parte de la necesidad de contar con el condicionamiento histórico-temporal y el sentido social de toda obra literaria. A este respecto, se plantea el autor el tema de las «generaciones», dándonos algunas interesantes ideas sobre las mismas: «una generación —nos dice— no se define nunca por la coincidencia de sus miembros en ciertas ideas, sino por la toma común de conciencia en cierta situación». Distingue después hasta cuatro generaciones distintas, manifiestas y activas, conviviendo en España en el año

1960. El segundo escrito a que antes hacíamos alusión contiene algunas ideas de interés acerca de la juventud española: «La repolitización juvenil empezó a explicitarse en España hacia 1953 y tuvo una sonada expresión en febrero de 1956, con los disturbios estudiantiles de Madrid. Si la tradición familiar ha dirigido esa toma de conciencia en ciertos casos, ha sido la convivencia grupal de los jóvenes en determinadas organizaciones, en la Universidad, en el taller y hasta en el Seminario, la que se ha hecho explícita en todos ellos».

La segunda parte de la obra («Notas del tiempo») está compuesta por un total de siete escritos, también, y al igual que la primera, de muy diverso cariz. En el primero de ellos («La congelación del mundo»), se plantea el autor, aunque de modo indirecto, la situación actual de la democracia. «Es muy posible que sin la tensión internacional, sin la política de poder, sin el egoísmo agresivo de los fuertes, ni la energía nuclear ni la navegación interplanetaria serían hoy aún perspectivas reales para la vida de los hombres. Pero es del todo innegable que esa misma tensión de poderes está acreditando ante el mundo su virtud congeladora y paralizante. Y no sólo en orden al aprovechamiento humanitario de los nuevos recursos, sino también en otros órdenes, como la congelación del proceso político-social de la democracia, la espera de los pueblos hambrientos y desheredados...». Ya en 1931 —nos recuerda Rídruejo — el profesor Lasky publicó un famoso libro bajo el título de *Crisis de la democracia*. Para nuestro autor, esta crisis consistía en el convencimiento de que el sistema democrático no era capaz de salir —en el orden económico-social— de la fase liberal, esto es, en el convencimiento paradójico de que la democracia no podía realizarse democráticamente. En definitiva, el mundo tiene muchos problemas concretos, referentes a la vida de los

hombres, que resolver. Por ello, y en palabras de Ridruejo, «hay que ser oportunos si se quiere que la oportunidad de poner al mundo por caminos de paz y de razón no quede malgastada. Y la tensión de ideologías, al transformarse en conflicto de poderes, la malgasta».

El siguiente escrito («El santo y su milagro») —muy breve— contempla superficialmente la labor del Pontífice Juan XXIII: «que ha representado por primera vez, en estado de plena aceptación, la imagen de un Pontífice despojado de poder temporal, asumiendo ese despojo como un enriquecimiento que vuelve a poner a la Iglesia en su condición original y auténtica».

Dos de los escritos de esta segunda parte hacen referencia a Europa («Europa integrada» y «¿Qué Europa?»). En el primero, se plantea como requisito *sine qua non* para la unificación de Europa, el que ésta posea los esquemas convenientes para el logro de una planificación del pleno desarrollo homogéneo, pues, en otro caso, la nueva Europa podría ser una mera cicatrización en falso de los problemas existentes. «Los problemas internos de las sociedades europeas no serán superados en la sociedad europea general más que si ésta los hereda, los hace suyos, los sincera para resolverlos en la integración de la nueva clase democrática y hace de esa resolución su propia empresa».

En el segundo de los escritos referentes a Europa, se examina, de una parte, las fases seguidas en la constitución de los diversos organismos supranacionales europeos (CECA, CER y EURATOM), y de otra, y de manera muy concisa, las instituciones de estos organismos. A continuación, el autor se hace las preguntas referentes al cómo y al para qué de esta construcción europea: «Los pueblos de Europa —se autocontesta el propio autor— deben integrarse no sólo

para subsistir, sino también para homogeneizar el progreso a escala planetaria. El rol mundial de Europa debe ser el de ayudar a una concepción universalista del progreso y a una función conciliadora de las tensiones internacionales».

Completan esta segunda parte tres escritos de menor interés. En el primero («Invención o evasión») el autor rompe una lanza a favor de la necesidad, en todos los campos económico-político-sociales, de tener imaginación e invención, rechazando al mismo tiempo la evasión. En el segundo («Panorámica del conformismo»), se plantea la controversia «conformista-inconformista», que es resuelta del siguiente modo: «el conformista no es necesariamente el que cree en el orden al que se acomoda, sino el que, aun considerándolo defectivo, no puede o no osa imaginar ni esperar otro mejor. El inconformista es, en cambio, el hombre que usa su razón crítica en función de una espetanza de perfeccionamiento o transformación del mundo, empezando por afinar la propia conciencia». El tercero y último escrito («Una reflexión liberal») está redactado con motivo de la muerte del millonario y anarquista italiano Feltrinelli. Quizás lo más notable de este escrito sea la defensa que su autor nos hace del diálogo como modo de entendimiento entre las personas: «Minorías y masas han de dialogar como personas. Es el diálogo de personas el que ha de ocupar el espacio vacío entre las quimeras inalcanzables y la conformidad con los bienes detentados».

La tercera y última parte de la obra («Preguntas y respuestas») se limita a recoger una entrevista, realizada al autor del libro, que vio la luz en una revista semanal nacional, el 10 de julio de 1971, y en la que Dionisio Ridruejo expone sus personales puntos de vista sobre una serie de cuestiones fundamentalmente políticas.—FRANCISCO FERNÁNDEZ-SEGADO.

RAIMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA: *La nueva ley Sindical*. Real Academia de Jurisprudencia y Legislación (Anales), núm. 1. Madrid, 1973; págs. 79-109.

Con pleno acierto, antes de proceder a examinar la célebre ley Sindical española, el autor procede a señalar lo que podríamos considerar como las más notables peculiaridades del sindicalismo español: El sindicalismo español no es de tipo reivindicativo y contestatario, sin que ello suponga abandonar aquella posición. Es un sindicalismo de colaboración de participación, de integración, de presencia permanente en las decisiones políticas del Estado; un sindicalismo, en definitiva, institucionalizado. A la fórmula del sindicato libre en el Estado libre, ha sustituido la de un sindicato que no está fuera, ni contra el Estado, sino al lado de él, integrado en él, sin ser un órgano del mismo. De aquí el que muchas de las críticas que al sindicalismo español se hacen parten de la base equivocada de juzgarle con criterios aplicables a otros sindicalismos, pero que son incompatibles con la naturaleza del sindicalismo español.

La ley Sindical española, como es bien sabido, suscitó en su momento la atención de todos los estamentos sociales de nuestra nación y, especialmente, el correspondiente a la Iglesia católica. El autor, con algún detenimiento, nos recuerda, entre otras muchas cosas, que el Episcopado español abordó el tema sindical en varias ocasiones, pero la declaración más precisa y extensa fue el documento elaborado por la Comisión Episcopal del Apostolado Social, y aprobado por el Pleno de la Conferencia en la asamblea que se celebró el 21 de julio de 1968, recordando los principios de la doctrina social de la Iglesia ante la proyectada ley Sindical, documento que se denominó: «Algunos principios cristianos relativos al sindicalismo». Posteriormente, ya en la discusión del proyecto de ley en las Cortes, el arzobispo de

Zaragoza, monseñor Cantero, explicó la naturaleza y el alcance de esos mismos principios, si no con las siguientes palabras, sí con los siguientes conceptos: «Desde un punto de vista doctrinal, decía, lo vital del pensamiento orientador de la Iglesia en materia sindical, se centra en cuatro principios: el de representatividad, el de autonomía, el de participación y el de libertad. Esos cuatro principios son consustanciales a todo sindicalismo auténtico moderno, son exigencias no sólo políticas, sino éticas, morales y jurídicas de una organización sindical que se diga inspirada en la doctrina social de la Iglesia».

Justamente, cosa harto evidente, tan poco podía faltar en la monografía que comentamos un profundo recuerdo para la Organización Internacional del Trabajo que, en efecto, tuvo o jugó un importante papel en el entramado previo del proceso de elaboración de la ley. «También creo oportuno exponer el contenido del informe sobre la situación laboral y sindical española, del grupo de estudios de la OIT, redactado en 1969 como consecuencia de la invitación que le hizo el Gobierno español. El grupo de estudio señaló al Gobierno, que después de todas las consultas y estudios realizados en España, sugería como conveniente, que la ley Sindical cumpliera las cinco condiciones siguientes: «en primer lugar, que todos los cargos investidos de autoridad deberían ser llenados por elección. En segundo lugar, que convendría que la ley asegurase la autonomía y la igualdad de las asociaciones de trabajadores y de las asociaciones de empresarios. En tercer lugar, que la ley asegure que todos los funcionarios designados por la Organización Sindical estén sujetos a la autoridad de

los dirigentes elegidos, y que el patrimonio de la organización sea aplicado en beneficio de sus miembros y administrados por sus dirigentes. En cuarto lugar, que la organización, si bien sometida a las leyes del Estado, no esté sujeta a la dirección y control de ningún movimiento político. En quinto lugar, la ley debería garantizar una libertad de expresión y de reunión de los asociados».

Naturalmente, es obvio profundizar en esta cuestión, Fernández Cuesta se detiene a considerar el laboriosísimo proceso que implicó la aprobación de la ley Sindical: La ley Sindical —escribe— ha sido uno de los proyectos de ley a los que se presentaron en las Cortes mayor número de enmiendas por los procuradores, lo que constituye un claro exponente del interés público por la cuestión. Los escritos, presentados en número de 1.159, contienen 5.154 enmiendas, encuadrados en tres tomos con 2.995 páginas.

Resultará difícil extraer los principios que informaban las enmiendas a la totalidad del proyecto de ley, que, en general, se situaban en la propia filosofía del proyecto, por lo que en lugar de optar por combatir el proyecto en su totalidad, no aportaron la contribución posible a la mejoría del texto inicial. El contenido de las críticas que en esas enmiendas se hicieron al proyecto, en general se refiere a la incongruencia, entre los principios que establece y la parte dispositiva del articulado. Algunas también alegan que el proyecto viola en algunos casos y olvida en otros los principios contenidos en las leyes Fundamentales, en la doctrina social de la Iglesia y en las recomendaciones de la Organización Internacional del Trabajo. Pero todos estos defectos, en la medida en que pudieran estar justificados, quedaron salvados en lo sustancial, primero en los debates de la comisión, pues, como ésta declaró, carece de la necesaria justificación la manifestación de que se vulneran los Principios

del Movimiento simplemente porque no se acepte una determinada interpretación de unos criterios morales, cuya aplicación a las realidades temporales es de la competencia de los laicos, según el propio Episcopado declara. Y porque habría de identificar a la OIT con un grupo de estudio que ha preparado un informe cuyas recomendaciones, en definitiva, no pasan de ser las opiniones de dicho grupo de expertos.

Fernández Cuesta subraya, además, la finalidad por la que nacen los sindicatos: Los sindicatos nacen por la integración individual de los empresarios, de los técnicos y de los trabajadores, para cumplir tres finalidades específicas: la defensa de los intereses profesionales, la participación en la vida sindical y la participación en la vida comunitaria de la nación.

Para el cumplimiento de estos fines se establecen, con carácter obligatorio, las agrupaciones, integradas en las uniones de empresarios y técnicos y trabajadores, y dentro de estas agrupaciones podrán constituirse, con carácter voluntario, asociaciones profesionales para la defensa de sus intereses peculiares, determinados por la actividad económica o especialidad profesional de quienes las constituyan, según el esquema que se establezca por cada sindicato. Estas asociaciones sindicales tendrán reconocida la igualdad y la independencia de cada una respecto de las otras. Se constituirán mediante expresa declaración de voluntad de quienes las promueven, con el porcentaje del censo sindical que se fije en los estatutos. Estarán abiertas a todos los sindicatos comprendidos en su ámbito profesional y territorial. Podrán existir dentro de cada sindicato tantas asociaciones como actividades específicas con intereses peculiares existan en el mismo, pero una vez inscrita una asociación, no se podrá inscribir otra dentro de la misma actividad económica o especialidad profesional.

Fernández Cuesta señala, en otro lugar

de su monografía, las rigurosas circunstancias que imponen o implican la tarea de matizar, desde la perspectiva de la ley Sindical, el concepto de «asociación»: El concepto de asociación, que se puede considerar desde el punto de vista histórico, desde el punto de vista jurídico o desde el punto de vista sociológico, no es uniforme. No se deben confundir las asociaciones en las que sólo juega la voluntad para adherirse por razones de afinidad subjetiva, sin más limitaciones que la de que el fin sea lícito, con aquellas otras en las que existe un nexo objetivo, determinado por la previa especificación del fin, en las que juegue la voluntad, pero no de manera exclusiva.

En definitiva, lo importante, más que la unidad o pluralidad de asociaciones, es la libertad de los sindicatos para actuar dentro de esa asociación, y así vemos cómo existen asociaciones con carácter único y excluyente, los colegios profesionales de abogados, notarios, etc., y ninguno de sus miembros se considera ofendido por la falta de pluralidad colegial. Lo que sí es preciso es que, dentro de esa asociación, haya un margen absoluto de libertad, no libertad de asociación, sino libertad de actuación. ¿Puede haber varias asociaciones profesionales sin libertad de actuación, y una sola verdaderamente libre? No hay, pues, que confundir la libertad con la unidad.

Ya en las páginas finales de la monografía que comentamos, el autor se hace una sugestiva pregunta: ¿Qué defiende la Organización Sindical española? La defensa de los intereses privados de tipo económico y social está encomendada a la Organización Sindical, con posibilidad de antinomia con el interés público. En esta situación, ¿cómo puede ser que el presidente de la Organización Sindical, representante del mundo del trabajo, sea elegido por la propia Administración para que forme parte de ella como ministro? Y en el problema de la distribución de

la renta, veremos que también esta distribución puede repercutir en el propósito de incorporar al Gobierno al citado presidente de la Organización Sindical.

Claro está, y así lo reconoce el autor de esta monografía, que es excesivamente poderosa la Organización Sindical para dejarla en absoluta independencia de actuación, pero sin aceptar aquella famosa frase que decía que «lo que es bueno para la General Motors es bueno para los EE. UU.». Lo que sí es verdad es que lo que sea bueno para la Organización Sindical tiene muchas probabilidades de ser bueno para España. ¿Por qué vamos entonces a creer que cuando surja una discrepancia entre la Organización Sindical y el Gobierno, sea éste siempre el que tenga razón? Al nombrar presidente de la Organización a un miembro del Gobierno, se habrán liquidado las escasas situaciones conflictivas entre ambas instituciones, pero habrá quedado debilitada la integración de los encuadrados.

Llega Fernández Cuesta a la conclusión de que, quíerese o no, es fundamental la armonía entre el Estado y el mundo sindical, a saber: en las leyes fundamentales figura el principio de subordinación de los intereses individuales y colectivos al bien común, lo cual lleva aparejada la necesidad de la subordinación de la Organización Sindical al Estado. Si el sindicalismo tiene una fuerza en todas partes, colosal y extraordinaria, y más aún en España, no puede constituirse en una fuente de posibles conflictos y de ataques a la soberanía estatal, y, por consiguiente, no admitir esa relación entre el sindicalismo y el Estado sería ir en contra de la propia finalidad y misión de éste, que, en definitiva, no es más que la de ser el soporte jurídico sobre el cual descansa el poder político soberano, poder político en que han de reflejarse todas aquellas fuerzas sociales y efectivas de

un país, pero que el Estado ha de regular de manera que nunca puedan servir de base de conflicto, sino que se enmarquen y se muevan dentro de los límites de la Constitución.

El Estado debe ser árbitro de todas esas fuerzas, debe incluso, cuando una sea oprimida, independizarla de las que la oprimen. El Estado, en definitiva, tiene como misión la de defender la existencia, la seguridad y la paz del ser colectivo. Consecuencia de esto es que no cabe admitir dentro de él ninguna otra fuerza capaz de poner en peligro su autoridad soberana, ni puede admitirse, por tanto, la feudalización del poder.

La autonomía como la representatividad no son derechos absolutos, han de estar limitados por la convivencia social y por el bien de la comunidad; están integrados en una escala axiológica cuyo grado superior es el bien común, del que es gestor y guardián el Estado.

El ejercicio de la autonomía requiere

una regulación heteronómica: no hay nadie tan autónomo que pueda establecer en un contrato los pactos que tenga por conveniente, sin una ley que le reconozca esa autonomía. La autonomía se entiende en función de los fines, de unas funciones y en el marco de la ley. La autonomía de una entidad, pues, no es una autonomía para todos los asuntos pensables, sino en función de su misión y objeto. Ello quiere decir que si la Organización Sindical tiene medios para cumplir determinadas funciones en su seno, el Estado tiene que respetar el que cumpla esas funciones como sus propios órganos acuerden, pero cuando la autonomía de esa organización no es bastante para resolver sus problemas, esa entidad tiene que dirigirse al Estado pidiendo su apoyo, y el Estado debe prestárselo, pero ha de tener un interlocutor válido, que es el que recoge la iniciativa y el que devuelve la respuesta.—JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA.

CARLOS ROJAS: *Azafía*. Editorial Planeta. Barcelona, 1973; 342 págs.

Carlos Rojas, independientemente de ser un destacado novelista, cultiva con alguna asiduidad y no poco acierto la investigación histórica. Ha dedicado especialísima atención al episodio de la guerra española de 1936 —le debemos dos títulos más sobre el tema enunciado: *¿Por qué perdimos la guerra?* y *Diez figuras ante la guerra civil*— y, dentro de la misma, sus preferencias se han centrado sobre el bando de los no vencedores. Grupo, como es bien sabido, sobre el que, casi hasta nuestros días, ha venido imperando una absoluta confusión. Confusión originada, al margen de los acentos peyorativos que la leyenda se complace en depositar sobre la memoria de quienes no resultan triunfadores en una contienda bélica, por la falta de ob-

jetividad de no pocos autores al entender el análisis de la estructura y de la dinámica interior de este bando. No es de extrañar, pues, que para un amplio número de los integrantes de las generaciones españolas que ahora alcanzan su plenitud biológica e ideológica el acontecimiento de 1936, concretamente en lo concerniente a quienes militaron en la otra orilla, se presente como algo borroso, difícil de precisar y, sobre todo, lejano. Y es curioso que esas densas nieblas se deban, precisamente, a la increíble e infinita bibliografía existente sobre el tema. Por otra parte, curiosidad que no debemos olvidar, el 90 por 100 de las obras consagradas a glosar los acontecimientos que se sucedieron desde 1936 a 1939 en las tierras de España responden

a la catalogación de *novelas*. Pudiera pensarse, con no escasa oportunidad, que la novela otorga una generosa licencia a la amplitud de vuelo de la imaginación de un autor. Imaginación, además, que no le compromete. Tampoco le obliga a la comprobación estricta de la veracidad del dato ni, por supuesto, a proceder, en las aseveraciones, con un mínimo de honestidad —de aquí la fabulosa eficacia de esos personajes secundarios en cuyos labios, impunemente, se puede poner la palabra, la frase o el juicio deseado—. Está, por lo tanto, perfectamente justificada la desconfianza de bastantes críticos y lectores sobre todas aquellas páginas que pretenden ser, a un mismo tiempo, fruto de la fantasía y expresión histórica. He aquí, sin embargo, un libro al que, según nuestro parecer, tan sólo le sobran tres o cuatro líneas para ser —como lo es— un excelente ensayo histórico. No comprendemos, y lo confesamos públicamente, las razones que han impulsado a Carlos Rojas a considerarlo como novela —y, al parecer, novela de éxito, puesto que sobre la misma ha recaído el Premio Editorial Planeta 1973—.

Don Manuel Azaña ha sido, afirmación de la que asumimos toda la responsabilidad, una figura lamentablemente incomprendida —por propios y extraños—. Estudiar su personalidad es importante y, sobre todo, hacerlo con la limpieza y radical imparcialidad que denota el autor de estas páginas. Por lo pronto, he aquí un dato harto elocuente: Carlos Rojas no traza el retrato de un hombre en su plenitud, en el momento culminante, en su hora triunfal, sino, por el contrario, en la amarga hora de la desilusión —el exilio a Francia y los últimos meses de su vida—. Los momentos en los que el que fuera, afortunado o desafortunado (poco importa esto al discurso del libro), Presidente de la República tiene amplias horas para meditar que «aquello» hubiera podido «ser» de otro modo. Es importante,

pues, advertir que Carlos Rojas ni le *glorifica* ni le *condena*. Y es que, en rigor, el político español presentaba flancos para el incienso y para el repudio. Como es bien sabido, Azaña fue, aunque efímeramente, la esperanza de España. Y no existe exageración alguna en nuestra consideración si evocamos las palabras de alguien tan poco sospechoso como el propio José Antonio. Ciertamente —subraya el Fundador de la Falange—, «hubo un momento en que pareció que el señor Azaña iba a ser el hombre de la República. Cuando se formó el Gobierno del 14 de abril, una de sus figuras menos conocidas para el público era el ministro de la Guerra. A las demás se las conocía de sobra y —fuera, si acaso, de las socialistas— no parecían prometer mucho: llegaban al Gobierno con una vejez de estilo desconsoladora. Los Domingos y los Albornoces atufaban a viejo republicanismismo de club, más apollillado que los morriones de 1822. Y en cuanto al grupo intelectual y a la juventud universitaria de la revolución, o se les había dejado en un semisilencio extraoficial o se les relegaba a puestos secundarios. El primer Gobierno de la República nació teñido de mediocridad de charanga: era un anticipo muy estimable de los que hemos tenido después de 1933.

»Pero de pronto surgió Azaña. Su aparición parecía el augurio de un cambio de estilo. *Azaña no era popular: era un intelectual de minoría; un escritor selecto y desdeñoso; un dialéctico exigente, frío, exacto y original*. Desde que había surgido ante las candelas de la actuación pública resonante se había mostrado como aparentemente libre de la mediocridad colectiva y como absolutamente despectivo para las aclamaciones. *Era, sin duda, un sujeto político del mayor interés: un hombre llegado al primer puesto de mando, casi sin compromisos ni esfuerzos, en una época singularmente propicia, y que preparaba el instrumental para recortar un pueblo a su talante. Los viejos radica-*

lës y radical-socialistas no tenían nada que revelar; este ateneísta arisco y misterioso podía, acaso, realizar experiencias sorprendentes.

»¿Cuál fue la causa del fracaso de Azafía? Es posible que se sobrepusiera quién sabe qué antiguo resentimiento individual a sus condiciones de político. Es posible que esas condiciones externas —y extraordinarias— de político se malograran en la inutilidad por falta de un aliento fecundo. *Azafía o la infecundidad* podría llamarse el ensayo que sobre él se escribiera. Todo un juego complicado y preciso de palancas y ruedas dentadas..., pero sin motor.

»Azafía se entregó a una especie de esteticismo de la política que acabó por ser un esteticismo de la crueldad. Sus mejores obras, las que no fueron simples torpezas agresivas, fueron filigranas inútiles. Como con un sentido deportista de la Historia, realizaba sus jugadas por el deleite de la jugada misma, no por el resultado; imitaba a esos campeones de la carrera a pie, por ejemplo, que no corren por la meta —donde no les espera nada—, sino por el recorrido. Su política fue, de esta suerte, una política monstruosa. Para los que no podían percatarse del alambicamiento estético que encubría, era como una tortura diabólica e ininteligible; *España pasó por las manos de su dictador como por las de un masajista asiático, entre fascinada y atormentada; el día que salió de su poder experimentó el alivio de quien vuelve al reposo...*»

Y, efectivamente, el paso por el Poder también lesionó la sensibilidad del gran hombre que, como un nuevo Don Quijote, anhela, ya en las tierras del exilio —y así se narra en las páginas de este libro—, olvidar el nombre de un lugar llamado España. La trama central de la novela ideada por Carlos Rojas —y que muy bien pudo suceder así— no es, en rigor, otra cosa que un canto a la desilusión que el Poder suscitó en el alma del político. Des-

ilusión del gobernante que, paradójicamente, le inclina a cierto misticismo: a pensar que, acaso, lo realmente importante del ser humano estriba en su otro yo —la libertad interior—.

En cualquier caso, nos atrevemos a sostener esta tesis, la novela —démole este título puesto que así lo recaba el autor— de Carlos Rojas exige cierta preparación indispensable en el lector que se aproxime a la misma. Son bastantes y muy complicadas las «situaciones» políticas que se describen y, ante todo, el valorar con total desapasionamiento la figura del protagonista central. Por eso mismo, entendemos, parece oportuno el tratar de exponer algunas de las razones por las que se han escrito estas páginas. El propio autor, en una sugestiva entrevista concedida a la revista *Índice* —número 341, noviembre 1973—, a raíz de otorgársele el Premio Planeta, adelantaba lo siguiente: «Para la gente de nuestra generación, que es la suya y la mía —sugería al entrevistador—, la guerra civil es una vivencia al revés, en el terreno individual y colectivo. Digo vivencia al revés, porque honradamente no sé como puede ser "vivencia" semejante tragedia nacional. De todas formas, mi apasionado interés por ella pervivirá mientras subsista. Por otra parte, como todos sabemos, hasta tiempos muy recientes la versión de la guerra civil ha sido dada única y absorbentemente desde el punto de vista de los vencedores, lo cual no es *historiar*... Sólo añadiré, para concluir, lo que ya dije en mi libro *¿Por qué perdimos la guerra?*: una contienda civil examinada desde el punto de vista de los vencidos tiene la indudable ventaja moral de aportar consigo un *examen de conciencia*, que el triunfalismo de los vencedores, sean éstos quienes fueren, hace imposible por su misma razón de ser.» ¿Es suficiente la explicación que nos ofrece el autor...?»

De todas formas, reiteramos esta actitud, seguimos pensando que no se puede

llegar al umbral de este libro, por agresiva que sea la publicidad editorial desplegada en torno del mismo, sin unas cuantas ideas clarificadoras de quién era don Manuel Azaña y de lo mucho que, en una importante hora de España, significó. No sin razón se habló, durante muchísimo tiempo, del *mito Azaña*. En efecto, ha dicho de él el historiador De la Cierva, «su extraordinario talento dialéctico y la notable habilidad que revelaba en la polémica, esgrima en la que fue un maestro consumado, llegaron a convertirle en el hombre-símbolo de la República del 14 de abril, más discursista que constructiva, desde su nacimiento. Esta fue la gloria abrumadora del señor Azaña, pero también su enorme responsabilidad. Acabó por formarse en torno a él un mito fabuloso...» «Salvando sus reformas militares, que todos aplaudimos —subraya uno de sus coetáneos—, pero sobre la *eficiencia* de las cuales habría algo que objetar, ¿qué otra labor realmente fructífera puede atribuirse a su haber de gobernante? Contra la opinión que todavía prevalece en el exilio entre sus partidarios más fanáticos, don Manuel Azaña fue en la República, porque él era grande, un fracasado. Tal es mi convicción y creo que ese será el dictamen de la Historia al juzgar objetivamente al hombre público que tuvo en sus manos una de las más excepcionales oportunidades de haber intentado transformar *sustancialmente* la vida colectiva de su pueblo y la dejó escapar diluída en pompas de jabón.»

Pero, naturalmente, no acaban ahí sus torpezas. La más grave, impropia de un político de su talla, es la referente a la elección de los hombres que tuvo a su lado. Desde esta perspectiva, como perfectamente subraya De la Cierva, fueron infinitos sus fallos. No hace falta aducir testimonio alguno para esta acusación, que se encuentra plenamente probada en los impresionantes diarios ínti-

mos del hombre de Alcalá de Henares, por los que desfilan una interminable procesión de personajes designados casi siempre con un mote, un insulto o una feroz crítica actual o retrospectiva. Semajante defecto, gravísimo en un político situado en las circunstancias vitalmente creadoras en que la Historia puso a Manuel Azaña, se manifestó en una serie de graves consecuencias cuyo análisis nos llevaría demasiado lejos, pero que puede concretarse en dos ejemplos claves: la realización de la policía militar después de las leyes «quirúrgicas» y la esterilización *demagógica* de la reforma agraria republicana.

Las disensiones latentes en la familia militar se agudizaron más y los colaboradores que Azaña tomó prestados del régimen anterior, en un loable intento de *continuidad* jerárquica, tuvieron que romper con él. El más peligroso de todos ellos fue el que había sido subsecretario del Ejército, en el Gobierno de Berenguer, y jefe del Estado Mayor Central, en el de Azaña, general Manuel Goded Llopis, quien, después de su ruptura, volvió a su segunda profesión *conspiratoria*, que le llevaría a convertirse en uno de los principales personajes de la gran conjuración en los años siguientes.

De todas formas, con inmenso dolor —don Manuel Azaña era hombre sincero y sensible—, se vio en la necesidad de tener que reconocer lo terriblemente desastroso de su gestión: «Algunos lamentarán que en España no hubiese de verdad una revolución a fondo, capaz de tomar las riendas del Poder, que hubiera conducido a la República a la victoria. En todo caso —dirán— las cosas no habrían podido salir peor de como han salido. Es juego fácil discurrir sobre experiencias imaginarias. Si los hechos, observados rigurosamente, significan algo, es manifiesto que el remedio de una revolución "creadora" no habría servido de nada. Las dificultades en que se ha estrellado

la República eran de orden internacional y de orden técnico (militar e industrial). Dantón y Carnot que resucitaran, no las habrían resuelto, dada la situación de Europa y dados los recursos con que se contaba en España. La Revolución triunfante se habría encontrado ante las mismas dificultades, y algunas más, nacidas de su propio triunfo. La República —siendo iguales las otras circunstancias— se habría perdido lo mismo. Acaso la guerra se hubiera terminado antes. Dudosa compensación, porque en esas condiciones, la guerra misma, y su conclusión, no habría sido menos onerosa para quienes la han padecido, para los defensores de la República y para el país en general...»

* * *

Lo primero que es preciso agradecer a Carlos Rojas es, a nuestro parecer, el repudio realizado de cualquier aspecto o detalle que pudiera entrañar un matiz de tendenciosidad, de doble intención, de desfiguración de la realidad. La honestidad del autor está plenamente probada y, como ya hemos insinuado, no estamos en presencia de un libro en el que el incienso perfume al protagonista central. El tema, la gran tesis y la no menos importante conclusión a la que, salvando espinosos obstáculos, llega el autor, la constituye el retrato psicológico de un hombre que, a solas consigo mismo, medita en la terrible desilusión que el Poder que ha tenido plenamente en sus manos le ha originado. Tampoco las tintas se recargan, tampoco la pérdida del Poder se interpreta como el drama de que el cielo se juntase con la tierra, tampoco el protagonista central vive agónicamente. Se trata, por el contrario, de algo que ni sus más fanáticos seguidores hubieran podido imaginar: el descubrimiento del desdoblamiento espiritual del ser humano y, sobre todo, el atisbo de esperanza de sí, en definitiva, la verdad plena y rigurosa comienza más

allá de la tierra. He aquí, ciertamente, la zozobra final de don Manuel Azaña; *preso de la más sutil de las inquietudes teológicas*.

Pero, lógicamente, mientras llega el momento supremo del tránsito del político exilado la novela exige una acción, una estructura, un esquema ideológico. Dentro de esa acción, estructura y esquema, el autor vierte, el 95 por 100 de las veces, el material que el propio protagonista le brinda —no han circulado excesivamente las *Obras Completas* de Azaña—. Se trata, como es fácil de imaginar, de conceptos u opiniones sobre el ser de España y sobre el extraño carácter de los españoles. La novela, observada desde esta perspectiva, constituye un excepcional documento. Se dicen cosas que, acaso, no nos agradan, pero no por ello dejan de ser ciertas. El tono general de la obra es de absoluta sinceridad, lo que, en verdad, no es poco...

Una de las primeras cosas que con todas las consecuencias se destacan, a través de un habilidoso enredo dialéctico entre Azaña y Negrín, es el caos absoluto que siempre imperó entre los republicanos: «El Gobierno republicano se hundió en septiembre del 36, agotado por los esfuerzos estériles para restablecer la unidad de dirección, descorazonado por la obra homicida y suicida que estaban cumpliendo, so capa de destruir el fascismo, los más desafortunados enemigos de la República. Durante los tres primeros meses de guerra, se hizo en Madrid un destrozo fabuloso de víveres. Formaba parte del jolgorio general. Quemar gasolina y agotar los almacenes fue la diversión mayor. Hay que haberlo visto...» «Era el placer del derroche, un signo de la vida nueva. Previsión regular no hubo ninguna. Cada cual hacía lo que le daba la gana. *La traición puede ser sofocada y castigada; pero una alucinación colectiva se disipa difícilmente...*» (pág. 17).

A las pocas líneas de la descripción que

antecede el lector se encuentra ante otro claro testimonio del por qué, y esto está fuera de dudas, la República jamás habría podido triunfar —la desmoralización de su Presidente era absoluta—: «No cabe duda. Pero la contienda mundial nos haría sier-vos de otros amos, sabe Dios hasta cuando. ¿No advierte usted que para el mundo no contamos? *La guerra civil nos puso en primer plano en la actualidad; pero nunca acabaron de creer en nosotros.* Quizá no les falte razón. Nuestro país es una excepción semántica. Traduzca al idioma de cualquier otro ciertas palabras, por ejemplo: Universidad, obispo, escuadra, masonería, escuela, reforma agraria. La representación que adquiere el extranjero de nosotros, a través de tales términos, es absolutamente falsa» (pág. 19).

Dentro de los diferentes soliloquios de don Manuel Azaña existe uno particularmente interesante —el que contiene su reflexión sobre el Poder—: «¿Qué representa el Poder por dentro? —me pregunta el obispo, sentado a mi cabecera—. Usted lo tuvo y lo perdió, señor Presidente. Sólo usted puede detallármelo.» El Poder, ilustrísima, es morir poco a poco en un cuarto de hotel de Montauban, que paga por caridad el embajador mejicano en Vichy, sólo y abandonado de todos. *El Poder, repito, es acabar a merced de la limosna ajena,* porque el Gobierno francés prohíbe incluso a este criminal fallecer en la Embajada de Méjico. Si me sacan vivo del hotel, para llevarme a Vichy, me detendrán en la ambulancia. Si me sacan muerto, ignoro qué harán conmigo. En todo caso, esto es el Poder» (pág. 29).

De todas formas, quiérase o no, la impresión que Carlos Rojas deduce, y creemos que no intencionadamente, sobre el Presidente de la República española es la de un hombre que vive en constante desilusión, en perpetuo deseo de olvidar absolutamente todo, de acelerar los acontecimientos... «En cuanto acabe la guerra, de cualquier modo que sea, si salvo el

pellejo tengo resuelto liquidar mi vida política para siempre. Me iré al país más lejano donde se hable nuestra lengua, porque no sé otra, y trataré de olvidarme de este matadero. A usted le aconsejo que haga lo mismo. Aquí no aprendéremos nunca a tratarnos como hermanos. Preferimos devorarnos como hienas» (página 87).

La imagen que Azaña tenía de España era, en verdad, sumamente triste, dolorosa y realista. Tristeza, dolor y realismo que estuvo en sus manos modificar sustancialmente y, sin embargo, prefirió olvidar. «¿Por qué nacimos en tierras de odios, en tierra donde el precepto parece ser: odia a tu prójimo como a tí mismo?», me decía el pobre Unamuno la última vez que nos vimos, poco antes de la catástrofe. Sonreí. El me detestaba entonces y por un momento lo había olvidado. Retórico, como tantas veces (su retórica era autenticidad), parafraseaba un libro, *Abel Sánchez*, inspirado precisamente en el *Cain*. Sonriendo todavía, le dije entonces: Se equivoca usted. El precepto aquí (en este país de cuyo nombre no puedo acordarme ahora) es odiate a ti mismo como odias al prójimo. *Mientras no consigamos todos convivir en paz, nosotros los intelectuales viviremos de prestado*» (pág. 95).

Resulta un tanto curioso que, ciertamente —casi en las últimas páginas del libro— se nos venga a decir algo tan seriamente extraño como lo siguiente: la guerra española fue un accidente. «El miedo a una revolución lanzó a los rebeldes a un levantamiento, que provocó precisamente cuanto ellos querían impedir. La revolución, a su vez, fue incapaz de detentar el Poder y sólo sirvió para hacernos perder la guerra. A la vista de tales contradicciones, la locura es la única sensatez, y el resto, el mundo todo, es butlería sangrienta. *Por demente, sin duda, afirmé yo siempre que ninguna política podía fundarse en el exterminio del enemigo.* No sólo porque moralmente es una

abominación, sino porque, además, es del todo irrealizable. La sangre, injustamente vertida por el odio, con propósito de exterminio, renace y retoña en frutos de maldición. Maldición no sobre quienes la derramaron, sino, absurda y desdichadamente, sobre el propio país que la ha absorbido para colmo de su desventura» (página 237).

La desorientación del Presidente de la República era tan grande que, como subraya el autor de estas páginas, ni la idea de la libertad pudo coímar su ansia interior: «La libertad es el mayor descabello. No somos libres de rehusar el nacimiento ni la muerte. Unamuno quería eternizarse, con su chaleco puesto y su perro a la vera. "Yo —le dije una vez— sólo reclamaría el derecho a decidir mi concepción." Por cierto, monseñor, si me diesen a optar entre reencarnarme como fui, con idéntica vida e historia, o no volver a ser, ignoro de veras cómo determinaría mi sino. Supongo que muchos muertos se verían en parejo dilema. Lo cual prueba de forma incuestionable que la libertad no existe y es, además, del todo innecesaria» (pág. 239).

Luego, pues, de muchas páginas se llega en este libro, como gran colofón, a la tesis de que, efectivamente, *en una guerra civil jamás puede existir un vencedor*. «En una guerra civil no se triunfa sobre compatriotas. El exterminio de los vencidos es siempre imposible. Tarde o temprano resurgen entre los vencedores al compartir la sangre y la lengua. Esto es lo que el marxismo no comprende al proclamar la lucha de clases. Las revoluciones han sido en toda época combates fratricidas entre unos esclavos que querían quebrar sus cadenas y otros pagados para remacharlas. Un proletariado revolucionario por naturaleza es mero mito. De ser cierto, desdeciría de los obreros y campesinos vueltos verdugos. Sobre la clase como ideal, se cimentan las cárceles de toda Dictadura, incluida la del proletariado. Del

pánico, en última instancia, deriva tal exclusivismo: eterno terror del prójimo, en defensa de los propios privilegios» (página 257).

Nos hubiera agradado, en todo caso, ver insertado en estas páginas —no importa que se trate de una novela— un juicio analítico sobre la República, es decir, sobre lo que la misma supuso desde la perspectiva popular. Tal vez compense la ausencia de este juicio unas palabras de Ortega y Gasset —al que con muy poco acierto se alude en la novela (pág. 173)— en las que resume, posiblemente, la causa esencial del derrumbamiento del aparato republicano: la carencia del fervor que por la República tuvieron los partidos políticos. «Yo no veo en los partidos políticos actuales la decisión de traducir al signo positivo la República y hacer posible que, de este modo, la adhesión a ella de los españoles se haga afirmativa. Por eso creo que la situación es más peligrosa de lo que se supone. De ordinario, sólo se considera como peligro la actuación de fuerzas declaradamente hostiles al nuevo Estado, y como, en efecto, esas fuerzas o no existen o son de escaso fondo, los políticos republicanos creen hallarse en el mejor de los mundos. Pero en España no hay que temer nunca a las fuerzas hostiles, sino a la falta de densidad en la adhesión del gran torso colectivo...»

Para el filósofo madrileño, tal vez por esto muy pronto los responsables políticos de la República le cobraron acerbado odio, la República, en rigor, sólo tenía planteado un problema —problema en el que quedaban englobados muchos otros—, a saber: *la construcción de un nuevo Estado*.

Sentiríamos enojar al autor de estas páginas si subrayamos que, efectivamente, *Aguña* es, en el fondo, un libro más —posiblemente con perfiles más acusados que otros semejantes— sobre la guerra española del año 36. En estas páginas se habla, tema inevitable al parecer, de la tradicional *agresividad* española y de la apatía de

no pocos de nuestros hombres. Las páginas de Carlos Rojas que, como indicamos son un modelo de prudencia y de objetividad después de todo, entrañan un auténtico peligro, a saber: que inauguren

una serie que aún está inexplorada. Muchos de los protagonistas de la gran contienda, de esta y de aquella orilla, tienen también su novela privada. ¡Por favor, que nadie la escriba...!—J. M. N. DE C.

Varios autores: *Regionale Verflechtung der Bundesrepublik Deutschland*. R. Oldenbourg Verlag. München-Wien, 1973; 312 págs.

Obra del *Forschungsinstitut der Deutschen Gesellschaft für Auswärtige Politik*, es decir, del Instituto de Investigación de la Sociedad Alemana de Política Exterior, su principal cometido es el examen de los problemas relacionados con la incorporación de la República Federal a las Comunidades Europeas y a la OTAN. El objetivo consiste en presentar la interrelación del sistema nacional germano-federal, por un lado, con los sistemas internacionales regionales más amplios, por otro. Dicho de otra manera, cómo la República Federal se va integrando en Europa, y la zona militar del Atlántico.

Tiene gran importancia esta empresa por ser la República Federal Alemana una potencia de segundo grado; su ejemplo puede servir de guía para otros Estados medianos, siempre que se trate de un proceso de integración internacional. Actualmente, en 1974, Alemania ocupa el primer lugar en la integración regional europea debido a su estabilidad financiera, económica en general y a un régimen democrático que, a pesar de sus errores, no está expuesto a la desintegración. Las opiniones de los distintos autores no son unánimes, a pesar de ello existen líneas de exposición cargadas de gran esfuerzo y voluntad de integración.

Objetivamente, se observa una falta o ausencia de formación teórica respecto a la necesidad de la unión europea no solamente en Alemania, sino también en otros países miembros de la CEE y, por supuesto, en los que esperan su entrada. Dos

corrientes se manifiestan al respecto: 1. Necesidad de integración con la tendencia de restringir el grado de acción de los Estados nacionales en lo máximo, al menos en ciertos terrenos. 2. Aún estamos lejos de una Comunidad europea deseada, puesto que cada Gobierno intenta influir en los órganos comunitarios a su manera, siempre defendiendo los intereses nacionales, en primer y último lugar. Esta disparidad podría remediarse mediante una intensa formación teórica de la población europea.

La interrelación y hasta la interdependencia de los Estados miembros para con la CEE es, hoy día, una realidad que no puede ser negada con argumentaciones dialécticas acusándose unos a otros. Se trata del porvenir de Europa y dentro de la misma de todos sus pueblos. El factor cuantitativo ha de conducir hacia la calidad política, económica, social, cultural, etcétera. El Mercado Común como objetivo económico no es, todavía, Mercado Común Europeo Occidental, aún menos europeo.

Realmente, poco o nada sabemos de la interrelación de las burocracias nacionales y comunitarias. Según acabamos de señalar, no hay formación comunitaria dentro y fuera de las respectivas administraciones nacionales; se teme que la participación en el proceso de integración es sólo una continuación de la actividad administrativa nacional «con otros medios». Tampoco como contrapeso es posible hablar de la «autocracia europea», a pesar de

que tanto la Comisión como el Consejo de Ministros deciden sin control democrático, lo cual induce a la exigencia de ampliar las competencias del Parlamento europeo. Son dos extremos que no resuelven nada, aunque, sin duda alguna, existe una relación de causa entre la «democratización» y «bien común transnacional».

La cuestión fundamental parece ser la de siempre: relación entre economía y política, difícil establecer una línea de de-

marcación clara. Existen opiniones de que bien pudiera optarse por la orientación político-social hacia dentro, pero hacia fuera debería elaborarse una concepción europea frente a los Estados Unidos y al Tercer Mundo. La tesis de que la política sigue a la economía no se ha verificado. La política debería ser fortalecida para no caer en contradicciones y desarrollarse en un factor dinámico de la integración europea.—S. GLEDURA.

FRANCISCO NEVISTIC (Dir.): *Studia Croatica-XIV/48-49*. Carlos Pellegrini, 743. Buenos Aires; 108 págs.

A. Schweitzer (Premio Nobel): «Tanto en nosotros como en los demás, no apetezemos otra cosa que no sea vigor en obra productiva, y nos resignamos al abandono de todo ideal más alto». Cabe recordar esta frase precisamente en relación con «el mundo sin barreras ideológicas o el agonizante elemento ético de la civilización», según afirma el director de la presente publicación, de nacionalidad croata, radicado en la República Argentina.

Se trata de Tito —como candidato para el Premio Nobel de Paz, para 1973—. Jacques Maritain, el famoso escritor católico francés ya fallecido, debió «haber muerto con una desilusión y una amargura más en los últimos momentos de su vida, si es que los filósofos-creyentes pueden experimentar sentimientos de esta naturaleza. Todavía en vida pudo leer que tanto el Kremlin como Londres habían propuesto a Tito para el Premio Nobel de Paz, correspondiente al año 1973». Maritain se había equivocado al creer que en lugar del maquiavelismo se afirmaría la política «sin barreras ideológicas». Ya se sabe que la coexistencia pacífica admite toda clase de manejos en la escena tanto nacional que internacional, menos una política sin barreras ideo-

lógicas, es decir, no admite una coexistencia internacional en el campo ideológico.

Basta recordar los acontecimientos de la segunda guerra mundial, y especialmente a su raíz, cuando Tito era ya dueño absoluto de lo que hoy día es la Federación yugoslava, cuya creación costaría unos trescientos mil muertos (la tragedia de Bleiburg, por ejemplo, etc...), siempre con el correspondiente beneplácito de los aliados de entonces (y en parte, de ahora), los ingleses, para que resultara infantil creer en que Tito era o es un prohombre de la defensa de justicia y de democracia. Los actuales problemas interno-nacionales de Yugoslavia, especialmente en relación con el conflicto de nacionalidades (croatas-servios-eslovenos-albaneses...), no han sido resueltos por el comunismo del mariscal, tampoco podrán ser resueltos por los rusos o por los checos. Es una auténtica tragedia en la vida internacional de la segunda postguerra...

Queremos decir, que dicha tragedia consiste en que se proponga al dictador de Yugoslavia como candidato para el Nobel de Paz, cuando su vida se verifica mediante destrucción. Claro está, la política lo justifica todo, en primer lugar, en la escena internacional. Tampoco Picasso.

pintó la tragedia de Bleiburg --sobre las matanzas masivas de los croatas entre Yugoslavia y Austria, en 1945--.

Entre los estudios de la presente publicación destacan, además del que se refiere a Tito como candidato..., los referentes al fenómeno croata como entidad política y nacional, unitarismo como máscara de hegemonía (en la Yugoslavia del «mariscal») o el carácter estatal de Croacia y las recientes enmiendas constitucionales. Noticias, comentarios, documentos, literatura política, etc..., completan el cuadro de las exposiciones de diferentes autores, cuyo objetivo es el de ofrecer una imagen lo más fiel posible de lo que en los últimos años está pasando en la Yugoslavia de Tito, cuyo último problema --el de la sucesión al estilo soviético--

no esta resuelto aún, problema que, quiérase o no, afecta a la conservación o descomposición del régimen actual, que es y pretende ser comunista. A pesar de que en Occidente se tenga otra idea. Pese a ciertas diferencias con Moscú, ni Tito ni Belgrado han «traicionado» al llamado movimiento internacional comunista. No obstante, el Occidente, no del todo, por supuesto, opina lo contrario.

El lector interesado en cuestiones balcánicas encontrará en esta publicación (normalmente trimestral), unas fuentes sólidas de buen juicio respecto a la política nacional e internacional yugoslava, asimismo sobre la cuestión de nacionalidades desde el punto de vista histórico y actual, sobre la economía, la literatura y otros temas.—S. G.

The first part of the paper discusses the general theory of the firm, which is based on the idea that the firm is a collection of individuals who are organized in a way that allows them to coordinate their activities and to make decisions about the production of goods and services. The second part of the paper discusses the theory of the market, which is based on the idea that the market is a collection of individuals who are interacting with each other and making decisions about the exchange of goods and services. The third part of the paper discusses the theory of the economy, which is based on the idea that the economy is a collection of firms and markets that are interacting with each other and making decisions about the production and exchange of goods and services.

The general theory of the firm is based on the idea that the firm is a collection of individuals who are organized in a way that allows them to coordinate their activities and to make decisions about the production of goods and services. The firm is a collection of individuals who are organized in a way that allows them to coordinate their activities and to make decisions about the production of goods and services. The firm is a collection of individuals who are organized in a way that allows them to coordinate their activities and to make decisions about the production of goods and services.

The theory of the market is based on the idea that the market is a collection of individuals who are interacting with each other and making decisions about the exchange of goods and services. The market is a collection of individuals who are interacting with each other and making decisions about the exchange of goods and services. The market is a collection of individuals who are interacting with each other and making decisions about the exchange of goods and services.

The theory of the economy is based on the idea that the economy is a collection of firms and markets that are interacting with each other and making decisions about the production and exchange of goods and services. The economy is a collection of firms and markets that are interacting with each other and making decisions about the production and exchange of goods and services. The economy is a collection of firms and markets that are interacting with each other and making decisions about the production and exchange of goods and services.